

Security Ward 8

El destino de
Michael

N.Q.PALM



EL DESTINO DE
Michael

N. Q. Palm

Copyright © N.Q. Palm

Obra Registrada Safe Creative: 1908291799520

Diseño y portada: N.Q. Palm

Primera Edición: Septiembre 2019

Correo electrónico: nqpalmescritora@gmail.com

Twitter: @NQPalm

www.facebook.com/NQPalm

Instagram: @NQPalm_autora

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente inventada. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

Índice:

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Biografia

“Te quiero, pero no puedo luchar contra el destino.

Disfrutaré de tu recuerdo de vez en cuando

que seguirá alterándome.”.

Mario Benedetti.

Prólogo

Tres semanas después de volver de Brasil.

La relación que Michael tenía con Theresa era bastante tradicional, él iba a buscarla siempre que estaba en la ciudad o ella podía y también la ayudaba con pequeñas reparaciones en la casa de acogida. Ya hacía unos años que se conocían y la cosa iba lenta, pero segura. No avanzaban tan deprisa como a él le hubiera gustado, pero ya había tenido un tropiezo en el pasado por ir demasiado deprisa y aún arrastraba las secuelas. Así que se conformaba con eso de ir conociéndose poco a poco.

Theresa era una mujer de los pies a la cabeza, con las ideas claras y muy atractiva. Lo que hacía que cuando su cuerpo estaba debajo del suyo se volviera loco, literalmente.

En la cama se entendían perfectamente, pero la veía bastante reacia a dar un paso más. No sabía si había tenido malas experiencias como él o era su carácter introvertido que no la dejaba avanzar.

Pero se había enamorado de ella y no tenía derecho a atosigarla.

Sus ojos la buscaron y se sintió mal. Ella estaba hablando en ese momento mientras él divagaba.

¿Qué se había perdido?

Michael miró a Theresa poniendo ahora interés en su discurso, aunque le estaba costando asimilar las palabras. Hacía un momento hablaban de los chicos del centro y de repente la conversación había dado un giro inesperado.

—... y es por eso que no creo que sea una gran idea salir conmigo.

«¿Qué?»

—¿Me estás rechazando cuando apenas hemos empezado nada serio? —
No pudo evitar sonreír.

¿Estaba bromeando?

Ella lo miró frunciendo el ceño y después fijó su mirada detrás de él, donde todas las botellas de alcohol destellaban bajo las luces del bar.

—Te estoy hablando en serio —dijo Theresa a la nada.

Sí, llevaba un par de chupitos de whisky en el cuerpo, pero no estaba borracho. Sus sentidos seguían intactos y en alerta.

Sí, la había oído bien.

Joder, las oportunidades que había tenido de salir con ella se podían contar con los dedos de una sola mano. Theresa estaba casada con su trabajo, el centro de acogida de menores no tutelados y, a todas luces, la competencia era dura para él.

—Mírame —exigió cogiendo su muñeca suavemente.

Estaba sentado en un taburete y ella permanecía de pie a su lado con aire incómodo.

—¿Theresa? —Intentó que sus ojos volvieran a él.

Cuando al fin lo hizo, se acercó a ella.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó directamente en su rostro.

—Totalmente, no desearía que te sintieras mal por mi sinceridad.

—¿Que me sintiera mal?

—Eso he dicho.

Perfecto. Era una chica fantástica, la mejor amiga de Mia, y había llamado su atención inmediatamente cuando su excompañera de equipo se la presentó. Mia ya le había hablado de su reticencia a salir con hombres. Algo que, por cierto, se lo había tomado a la ligera. ¿Qué mujer no quiere tener una cita romántica?

«Pam», le dijo el cabrón de su cerebro. «Vale, esa no cuenta», se contestó a sí mismo.

Pero el resto de mujeres sí, ¿cierto? Y, maldita sea, él había hecho todo lo posible por que se sintiera cómoda. Ni siquiera había intentado acostarse con ella hasta dos meses después de su primera cita, cuando con otras chicas terminaba en la cama dos horas después de haberse conocido.

Theresa había calado hondo en su pecho.

—¿He hecho algo que te haya molestado? —preguntó cauto e intentando memorizar las veces en las que habían quedado. Nada, nada le hacía pensar que hubiera hecho algo para fastidiar las pocas citas que habían tenido.

—No, no se trata de eso —dijo tirando de su mano— ¿Puedes llevarme a casa?

¿Ni siquiera quería que la tocara?

—Sí, claro. —Pero no se movió—, ¿estás segura de que ya quieres volver? Solamente son las nueve.

Durante la cena ya la había notado rara.

—Sí..., por favor.

Joder.

—De acuerdo, deja que pague y nos largamos.

Salieron al exterior y dieron la vuelta a la esquina caminando uno al lado del otro en silencio.

Le abrió la puerta del coche en cuanto llegaron y ella entró. No pudo evitar repasarla de arriba abajo. Llevaba unos vaqueros ceñidos que abrazaban sus curvas y una camiseta estrecha debajo de la cazadora de cuero.

Se obligó a apartar la vista y a entrar en el coche.

—¿Me lo explicarás por el camino? —inquirió mirándola con una mano apoyada en el volante.

Tenía unos preciosos ojos azules y una melena castaña ondulada que le llegaba a media espalda. Era realmente bonita.

—Sí.

Arrancó el motor y se incorporó a la calle en dirección a la casa de acogida, que estaba un poco apartada de la ciudad.

—¿Qué coche es este? —se interesó ella de repente.

Sabía que estaba retrasando hablar con él.

—Un Aston Martin Vanquish.

Ella abrió los ojos con la sorpresa. Hoy había decidido sacarlo a pasear, no lo hacía a menudo debido al vandalismo callejero. Y nunca lo llevaba cuando iba a ver a su familia; no quería que lo juzgaran. Sobre todo, su madre, que bastante lo hacía ya.

—¿Te lo puedes permitir? —En cuanto soltó la pregunta se tapó la boca con la mano—. Lo... lo siento, eso ha sido muy grosero por mi parte y ha estado fuera de lugar.

Él sonrió al verla tan avergonzada.

—No te preocupes. El hecho de nombrarlo ya destila opulencia y ostentabilidad. Pero es un modelo de hace unos años, lo compré de segunda mano. Simplemente me di un capricho.

—No debería...

Volvió a desviar los ojos de la carretera un segundo.

—No pasa nada, Theresa, tranquila. No me ha molestado.

Ella estaba nerviosa, más que otras veces en las que habían salido, y algo le decía que esta sería la última vez que saldrían a solas.

¿Por qué hoy le parecía una mujer vulnerable? En todo lo demás era una mujer con las ideas claras.

—¿Quieres hablar de nosotros? —preguntó.

Ella se retorció las manos y clavó la vista al frente, a la carretera poco iluminada que ahora tenían ante ellos. Siempre se había mostrado segura de sí misma, lo que le hacía pensar que estaba intentando hacer el menor daño posible con sus palabras.

—Eres compañero de Mia y nada me gustaría más que esto funcionase...

—¿Pero?

—No funcionará —sentenció.

Pero... si no le había dado ni siquiera la oportunidad de pasar más tiempo con ella. Siempre estaba ocupada y de cinco veces, solo una accedía a salir con él.

—¿Cómo sabes...

—Estoy enamorada de otra persona. Lo siento, Michael. Tal vez no debería haberte dado esperanzas.

Ahora sí que se estaba cabreando.

—¿Estás con él? —interrogó demasiado brusco.

—A medias... —No parecía muy convencida.

Ya lo tenía claro.

—¿Estabas utilizándome?

Ella abrió los ojos al mirarlo, él no la miró, pero por el rabillo del ojo podía ver sus bonitas facciones.

—¿Utilizándote? ¿Para qué?

—Para ponerlo celoso. No soy idiota, Theresa.

Ella se mordió el labio.

—Tal vez..., un poco, sí. Ahora soy consciente.

La sangre abandonó su cara. Joder con la mosquita muerta. Bueno, no. Ella estaba siendo sincera. Aunque lo estaba jodiendo.

—¿Y ha dado resultado? —No estaba siendo amable, pero a estas alturas le importaba una mierda.

O conocía mujeres presentadas por su madre, insípidas en su mayoría, o conocía a mujeres en bares a las que solo les interesaba pasar un buen rato, aunque de eso no se iba a quejar demasiado. Para una vez que encontraba a una mujer interesante e inteligente, como era Theresa, esta va y le planta en la..., ¿qué importaba en qué número de cita estaban?

Fantástico.

—No lo sé...

Ya estaban llegando a la casa y dejó de hablar o de preguntar. No quería más detalles.

—Lo siento, siento que esto no haya salido bien —dijo ella al salir del coche.

Parecía asustada.

—Yo también.

La observó mientras ella se mostraba vacilante.

—¿Estás bien? —preguntó a pesar de querer salir a toda velocidad de allí.

—Sí.

—Perfecto.

Arrancó en cuanto ella cerró y la vio mirar hacia el coche a través del retrovisor. Su rostro reflejaba tristeza, suponía que igual que el suyo. Ni siquiera le había pedido más explicaciones.

Había otro y punto.

Vaya mierda.

Golpeó el volante y después de maldecir su mala suerte subió el volumen de la radio. Arctic Monkeys inundó el habitáculo mientras conducía de vuelta a casa. Hubiera podido ir a emborracharse, pero pedir un taxi para volver a su apartamento y dejar su coche aparcado en la calle no era una opción.

Theresa le gustaba, desde que se la había presentado Mia no había dejado de fijarse en ella. Nada le había hecho sospechar que tuviera a alguien más en su vida y, aunque ahora sabía que no se había tomado la relación demasiado en serio, se sentía a gusto con ella y pensó que tal vez, solo tal vez, podían llegar a algo más.

Mierda, solo le faltaba llorar como un puto bebé.

Se habían acostado bastantes veces y tener a esta chica entre sus brazos le había hecho olvidar muchas cosas. Asuntos del pasado, que siempre pensó que estaban enquistados, ahora empezaban a ser menos dolorosos y más llevaderos.

Recordaba con claridad la primera vez que se habían acostado. Saborear el cuerpo de Theresa había sido un placer que hacía años que no degustaba. Era tan dulce y tan receptiva que entrar en ella se había convertido en una adicción de la que, por cierto, no había podido disfrutar tan a menudo como le hubiera gustado.

Con solo besarla ya se había hecho una idea de lo maravillosa que era. Theresa era una chica que llamaba la atención, aunque ella no era demasiado consciente de ello. Y a él le gustaban así, naturales y preciosas.

Como lo había sido..., había dejado de pronunciar su nombre hacía años.

Capítulo 1

Dos días después.

—Digamos, que se ha esfumado —dijo Killian en pleno debate sobre la deserción de Adrian Tavalas.

—Puede que necesite ayuda. —Lo defendió Ian.

—Se largó sin dar demasiadas explicaciones, ¿recuerdas? —aportó Matt.

Ian se removió en su asiento. Estaban en la sala de operaciones, esperando a Slade.

—Tuvo que pasar algo...

—Sí, Ian. Algo pasó, que se olvidó de que tenía compañeros —murmuró Jacob, el doctor de la unidad, bastante desmotivado con respecto al tema.

Ian había llamado varias veces al teléfono de Tavalas y siempre había obtenido la misma respuesta muda. Ahora ya no daba señal de llamada y una voz metálica le informaba de que el número no existía.

—Y a todo esto..., ¿qué piensa el jefe? —preguntó Pam.

—El jefe no se pronuncia —contestó Slade entrando en la sala con una carpeta negra que dejó caer sobre la mesa.

Caso cerrado.

Michael había estado escuchando, pero no dio su opinión. Lo cierto, es que sus pensamientos no distaban mucho de los de sus compañeros. Ese cabrón se había perdido en Brasil y no sabían nada más.

En definitiva: le importaba una mierda.

—Aylan, pon las imágenes en la pantalla —pidió Slade.

Un tipo trajeado de unos sesenta años con una mujer a su lado, muy elegante y muy adicta al bisturí, apareció en la pantalla junto a una chica de unos treinta muy guapa; de cabello rubio y ojos claros, aunque no podía definir el color ya que no era un primer plano. Se parecía a su madre, que en otra época debió ser preciosa.

Algunos silbidos de admiración inundaron el espacio. Pam negó con la cabeza.

—Sois incorregibles.

—¿Quiénes son? —preguntó Dan apoyando una mano en la pierna de su chica.

—Joyerías Hitman, ¿conocéis la cadena? —preguntó el jefe.

—No —contestó Michael.

Y no era el único, todos negaron saber de qué les estaba hablando el jefe.

—Espera un momento, esa chica aparece en un spot publicitario anunciando joyas, ¿es esa cadena de la que hablas? —preguntó Killian.

—Esa chica es modelo e hija de los Hitman. Se llama Carleen. Sus padres son Jessica y Brandon. Fueron de viaje a Israel hace un par de años.

Michael frunció el ceño.

—¿Y siguen allí?

—No.

Varias portadas de periódicos aparecieron en la pantalla gigante.

—¿Tienen problemas? ¿Era un viaje de placer? —preguntó Elijah.

—No. Fueron a conocer a la familia del novio de la chica —señaló la pantalla—. ¿Recordáis el atentado en un hotel de Tel Aviv? Fue por aquella época.

Algunos asintieron.

—¿Es el hotel donde estaban ellos? —Ian parecía contrariado.

—Sí, salieron con algunas heridas, pero vivos.

—¿Y que tiene eso que ver con nosotros? —Se interesó Wyatt.

—Hubo varios muertos y muchos heridos fueron repartidos por diferentes hospitales. Poco a poco fueron identificando a cada uno de ellos y, sorpresa, entre los ingresados que no lograron superar la gravedad de sus heridas había un agente de la CIA. Todo esto destapó una trama interesante que la agencia ha guardado con el más estricto secretismo.

—¿De qué se trata? —preguntó Matt.

—De robo de documentos confidenciales. Me falta información, pero nos va llegando.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Ian.

—En un par de días, en cuanto nos actualicen los datos. Mientras, tenéis ocho horas por delante de entrenamiento, distribuidlas como queráis.

Dan y Pam se levantaron y se marcharon. Matt, Jacob, Ian, Elijah, Wyatt y él fueron a los vestuarios para empezar el entrenamiento y Killian, Slade y Aylan se quedaron en sus asientos, supuso que para tratar algún asunto

relacionado con el caso.

Le iría bien concentrarse en algo más que no fuera la manera en que habían ido las cosas con Theresa.

Llevaban una hora dentro del pabellón en el cual los paneles de contrachapado estaban dispuestos de manera que simulaban una casa con diferentes habitaciones tomada por secuestradores. Los habitantes de la supuesta casa estaban dentro y necesitaban ayuda.

Se puso los auriculares y se parapetó a un lado de la puerta de entrada trasera junto a Wyatt. A la señal del hombre derribó la puerta y Wyatt entró delante de él situándose a la izquierda por lo que él fue hacia la derecha.

Killian era el que distribuía a los personajes en los diferentes rincones de la casa y el muy cabrón era bastante creativo.

Una silueta recortada en la madera salió como un resorte de la esquina en el pasillo y ni siquiera disparó. Se trataba de un tipo armado con un rifle de asalto y lo apuntaba directamente a la cabeza.

«Mierda».

—Estás muerto, Michael. Continúa.

Miró hacia arriba, hoy era Ian el que hacía el seguimiento desde la pasarela que estaba por encima de sus cabezas. Desde esa posición podía ver a sus compañeros, ya que no había techo en la casa que estaban fingiendo asaltar.

La mirada de Ian era interrogativa mientras estaba plantado cerca de la baranda metálica con los pies algo separados, la cabeza erguida y las manos enlazadas a su espalda. El muy capullo le guiñó un ojo sin cambiar su semblante severo, así que volvió a lo suyo moviéndose con más cautela.

Pero su mente no dejaba de tirar de los recuerdos.

Theresa y él habían ido a cenar a un restaurante italiano, había sabido por Mia que la pasta le gustaba mucho. La velada fue agradable, aunque él no dejaba de notar cierto desinterés en ella. Esquivaba preguntas personales y no hacía más que mirar el reloj.

Intentó por todos los medios no sentirse un completo idiota. Ninguna mujer había querido salir corriendo de una cita con él. Se consideraba un buen tío y nunca había ido más lejos de lo que la chica quisiera hacer. Sin embargo, con Theresa parecía pisar terreno pantanoso. Toda la puñetera velada había estado concentrado en no cagarla. La mujer que tenía delante era preciosa, pero parecía estar a punto de romperse.

Pero resultó que había otra persona implicada y él sobraba en la ecuación. Decidió dejar de pensar y concentrarse en el entrenamiento.

De refilón, vio al enemigo de pie ante una chimenea de cartón. Se giró y apretó el gatillo.

—¿En serio? —La voz de Ian volvió a resonar en sus oídos.

¿Eso iba por él? Dio un último vistazo a su objetivo antes de continuar, pero lo que vio lo dejó petrificado en el sitio. La abuela, que sostenía una tarta de crema y arándanos en sus manos, yacía en el suelo con un disparo en la frente. Se acercó y levanto la figura recortada en cartón mirándola con incredulidad. ¿Qué le había llevado a disparar a la pobre mujer?

¡Joder!

—Ahora ya sé a quién no debo dejar al cuidado de mis hijos.

Se giró cabreado, más consigo mismo que con Ian.

—Tú no tienes hijos —masculló.

—Abandona el recinto. No estás concentrado y terminarás muerto... otra vez.

Eso ya lo sabía.

Salió de nuevo hacia los vestuarios y se cambió de ropa. Al fin y al cabo, no había sudado ni una gota. Ya terminaría de hacer las horas de entrenamiento en otro momento. A poder ser, solo.

Subió a su coche y salió en cuanto la puerta dejó el suficiente espacio como para salir sin rozarla. El teléfono móvil que llevaba conectado al coche cortó la música de fondo para empezar a sonar. Miró de reojo la pantalla a su derecha mientras enfilaba la carretera secundaria que lo llevaría a la autopista y vio el nombre de Elijah. No contestó y dejó que sonara hasta que la música de la radio volvió de nuevo a invadir el espacio.

Ya era tarde, casi la hora de cenar, y decidió ir a ver a su familia. Hacía más de un mes que no veía a su madre y eso era bastante peligroso. Él era el pequeño de los tres hijos que habían tenido sus padres y al que menos tenían en casa, algo que su madre no tardaba en recriminarle a todas horas. Eso y que tenía que tener pareja e hijos antes de que ella fuera demasiado mayor para cuidarlos.

Sonrió, su madre era todo un personaje que tendía a volver loco a su padre. Pero una gran mujer que siempre había mantenido a la familia unida. De religión judía, mantenía una estrecha relación con los otros miembros de la sinagoga a la que sus padres acudían cada semana. De hecho, las reuniones

familiares distaban mucho de ser íntimas, siempre había algunos invitados con hijas en edad de casarse.

Qué casualidad.

—¿Mamá? —preguntó en cuanto puso un pie en el jardín delantero de la casa familiar.

Su madre estaba de espaldas y arrodillada en el suelo hurgando entre las pequeñas plantas llenas de flores.

—¿Zani? —Giró la cabeza y en su arrugado rostro pudo ver la felicidad reflejada en su mirada —¡Cariño! ¡Qué alegría!

En su familia siempre lo llamaban por su verdadero nombre.

Su madre ya no era tan ágil como antes y la vio intentar levantarse de prisa sacándose los guantes.

—Espera, no te levantes.

—Está bien —dijo soltando un bufido y volviendo a su posición.

Se agachó a su lado y, pasando un brazo por encima de sus hombros, besó su mejilla. Inhaló el perfume característico de su piel y recordó las innumerables veces que se iba a dormir con el olor de su madre impregnado en su propia mejilla cuando era un niño.

—¿Cómo estás? —indagó, cuando ella acarició su mano.

—Agarrotada, pero feliz de verte. Has tardado más tiempo esta vez. Ese jefe tuyo... ¿no se estará aprovechando de ti?

Él frunció el ceño.

—¿Por qué haría eso?

—Porque mi chico es alto, fuerte y muy guapo. Seguro que quiere que siempre des la cara —repuso.

Su rostro decía que eso era lo más obvio del mundo.

Soltó una carcajada.

—Slade nunca haría eso. Mamá, no trabajamos como modelos, ¿recuerdas?

Aunque sus padres tampoco sabían toda la verdad, para ellos, él trabajaba en una empresa de seguridad que protegía a ricos y famosos. Una verdad a medias, ya que alguna vez había tenido que hacerlo.

Las que sabían cuándo estaba fuera del país por una misión eran sus dos hermanas mayores, alguien tenía que poder localizarlo en caso de urgencia familiar.

—Ayúdame a levantarme —pidió alargando la mano—. Te quedarás a

cenar, ¿verdad? — Había cierto tono autoritario en la pregunta.

Cuando estuvieron incorporados la observó, se veía frágil; estaba muy delgada y bastante más encorvada que antes. Al mirarla detenidamente tuvo la sensación de que habían pasado años entre sus visitas, aunque en realidad no fuera así. Siempre que volvía al país iba a visitar a sus padres.

Su nacimiento había sido un «accidente», ella tenía ya cuarenta y dos años cuando él vino al mundo. Pero nunca notó que eso fuera un problema para sus progenitores. Lo quisieron y mimaron exactamente igual que a sus hermanas mayores.

Su nombre, Zani, significaba «regalo de Dios» en hebreo.

—Sí, mamá —concedió.

Ella dio unas palmaditas en el aire.

—Perfecto. Los tulipanes me habían puesto de mal humor, no hacen más que morirse —explicó señalando las flores que había estado arreglando—. Voy a llamar a tus hermanas y a los Thomson.

La sangre abandonó su rostro.

Mierda, mierda, mierda.

¿Precisamente a los Thomson?

Se pasó la siguiente hora charlando con su padre mientras tomaban una cerveza sin alcohol en las sillas de mimbre del jardín trasero. Sus hermanas aparecieron poco después junto a sus maridos e hijos y, después de achucharlo como si tuviera quince años, se metieron en la cocina para ayudar a su madre. Sus maridos se sentaron junto a ellos. Media hora más tarde, mientras terminaba de poner la mesa junto a uno de sus cuñados, llamaron al timbre.

—¡Zani! —gritó una de sus hermanas.

Oído, debía acudir él para recibirlos.

—Voy —contestó decidido a enfrentar la cara de mala uva que debía tener Ingrid Thomson, la hija mimada de los amigos de sus padres.

Nada más abrir la puerta la señora Thomson lo abrazó.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —Se apartó un poco para mirarlo y apretó sus antebrazos—. Cada vez estás más fuerte, ¿tanto te exigen?

Otra que pensaba que su trabajo era de oficina.

—Me gusta estar en forma —contestó estrechando la mano de su marido y sonriendo—. Adelante, la cena está lista.

La última en entrar fue Ingrid, que le dio un repaso de arriba abajo y

cuando sus ojos volvieron a él no pudo disimular una mueca. La animadversión flotaba en el aire.

—Yo también me alegro de verte, nena —susurró, a pesar de que los padres ya se habían alejado lo suficiente como para no oírlos.

—¿Qué te hace pensar que estoy contenta de estar aquí? —dijo pasando por su lado.

Cerró la puerta y le miró el trasero respingón. La chica tenía un cuerpo estupendo, alta y muy bonita, parecía una modelo de pasarela. Estaba seguro de que comía como un maldito pajarito, pero qué coño sabía él. Lástima que fuera una jodida figura congelada en la cama. Porque sí, se habían acostado y ella lo había tratado de enfermo sexual. Aún se descojonaba al recordarlo.

—¿Me has echado de menos? —la provocó.

Ella se detuvo y se giró en redondo.

—No se te ocurra acercarte a mí.

El continuó caminando y cuando pasó por su lado se acercó a su oído.

—Jamás volveré a cometer ese error. ¿Alguien ha conseguido calentar ese cuerpecito tuyo? —le soltó sin ningún remordimiento.

Ingrid abrió la boca para soltar algún exabrupto cuando Lora, su hermana mayor, entró en el salón.

—¡Ingrid, estás preciosa!

—Hola, Lora. —Sí, lo de transformar el rostro en milésimas de segundo se le daba bien.

Lora la trataba como si fuera una hija para ella; la diferencia de edad era importante.

Durante la cena no le dirigió ni una sola mirada a esa estirada. Aunque tuvo sumo cuidado de sonreír con sorna cuando sabía que lo miraba, le gustaba provocarla solo para divertirse. Mantuvo una conversación cordial con sus padres, sus cuñados y los invitados, y esperó pacientemente a que terminase la velada para salir de nuevo al jardín con una cerveza bien fría, esta vez con alcohol.

Los dos pequeños de Lora y la pequeña de Jocelyn, su otra hermana, corrían tras una pelota, jugó un rato con ellos y después se sentó en el césped apoyando la espalda en el tronco de un gran roble.

Recordó cómo había sido el encuentro sexual con Ingrid y un regusto amargo subió por su garganta. Por lo visto, la chica, de casi treinta años, no se despeinaba ni siquiera en la cama. Y habérsela follado en una postura que

no era la del misionero lo había vuelto un putito enfermo a sus ojos. ¿Con qué clase de tíos se había acostado esa tarada?

—¿Se han largado ya? —preguntó a su hermana Jocelyn cuando la vio acercarse.

—Sí, y no te has despedido de Ingrid.

—No se acabará el mundo por eso.

Su hermana sonrió.

—No te cae bien, ¿eh?

—No especialmente.

Su hermana se sentó a su lado y miró a los niños.

—Entonces, ¿no va a haber boda?

—No en esta vida.

—Mamá se va a decepcionar mucho.

Él le dio un golpecito con el puño en el hombro.

—No seas pesada tú también.

Ambos terminaron riendo a carcajadas. Por suerte, ninguna de sus hermanas apoyaba a su madre en la empresa de casamentera que se traía entre manos.

Salió de casa de sus padres, después de prometerle a su madre que pronto estaría de vuelta, y condujo hasta su apartamento de Brooklyn.

Vivía bastante cerca de algunos de sus compañeros.

Capítulo 2

—¿Lo dices en serio? —preguntó Mara con los ojos muy abiertos y una mueca de incredulidad en su rostro.

Estaban en la habitación que él le había ofrecido para su estancia en la ciudad. Aun no entendía demasiado bien por qué había aceptado la propuesta, tal vez seguir viendo a Denis había sido un aliciente. Aunque con lo que de verdad se divertía era con la furia que desprendía Nadia, la prometida de su amigo, cada vez que la miraba.

—Completamente en serio —contestó Denis—. Mi madre y mi hermana tienen unas ganas inmensas de verte. En un par de días vendrán y ya se quedarán aquí para la boda.

Mara no estaba oyendo realmente todo lo que estaba diciendo. Se había quedado solo con la frase: «quiero que estés presente en mi boda», que había soltado nada más entrar.

¿Denis era consciente de lo que le estaba pidiendo? ¿Acaso no sabía lo que ella sentía por él? ¿Cómo diablos iba a digerir verlo contraer matrimonio con otra?

Lo observó, tenía las manos metidas en los bolsillos de su traje y se apoyaba en la puerta cerrada con un pie cruzado sobre el otro. Se había quitado la corbata y remangado los puños de su camisa azul hasta los codos. Ese hombre era más atractivo que diez años atrás y eso parecía difícil, teniendo en cuenta que por aquel entonces ya desintegraba bragas a su paso.

—No...

—No te voy a dejar marchar ahora que te tengo cerca —cortó el.

—Escucha, Denis. A la que tienes cerca es a Nadia. Permíteme decir que más bien pegada a tu culo. Así que no pretendas mantener esto... —Levantó el índice para balancearlo entre ellos dos—... como si los años no hubieran pasado. Ya no somos pareja, ya no hay ese sentimiento, pero lo hubo —mintió—. No pretendas que me comporte como si tu boda fuera una más a la que acudir. Eres tú, Denis. No me pidas esto. No lo haré.

Denis iba a hablar, pero ella levantó la mano haciendo que él cerrara la

boca.

—Y también está el hecho de que a tu prometida no le va a hacer ninguna gracia. Ya oigo sus gritos airados, día sí y día también, desde el otro lado de tu mansión. No está de acuerdo con que yo ocupe esta habitación, no soy idiota, Denis. Ha sido una semana la que he pasado en Nueva York y ya está bien, he visitado muchos sitios y soy feliz por eso. Pero mañana me largo, ya tengo el billete de avión.

—Las vas a defraudar.

Mara se enfureció.

—¿Es que no has oído nada de lo que he dicho?

Denis se encogió de hombros.

—No.

Dio media vuelta y salió de la habitación dejándola alucinada.

Mara se apoyó en el marco de la ventana y miró los relámpagos que bailaban en el cielo para después atronar con un ruido ensordecedor. Nueva York se estaba inundando poco a poco, llevaba lloviendo desde la noche anterior. Le gustaba la lluvia, pero la ponía melancólica. ¿Cuántas tardes habían estado ella y Denis sentados en el viejo porche de su casa viendo llover? Pegados el uno al otro mientras las gotas que golpeaban las escaleras hacían la banda sonora de aquellos encuentros.

Todo eso no volvería, porque ella ya no significaba nada para él.

Alguien golpeó la puerta y la abrió.

—Toma, es mi madre. —Denis se acercó y le entregó un teléfono móvil mientras ella fruncía el ceño.

—¿Hola? —contestó indecisa, pero sin poder negarse.

—¡Mara! Me ha dicho mi hijo que estabas en Nueva York, me alegra saber que nos veremos. Te he echado mucho de menos.

No sabía qué decir y miró a Denis entrecerrando los ojos mientras él mantenía una actitud de fingida inocencia.

—Señora Vides, tengo que volver a Brasil...

—De eso nada, queremos verte. Por favor, aplaza tu regreso.

Se llevó la mano a la frente y soltó el aire apartando un poco el teléfono.

—Está bien, aquí estaré. Yo también tengo ganas de verla y a Lina también.

—Gracias, cariño. Tenemos muchas cosas que contarnos.

—Sí.

—Hasta el martes entonces.

—Que tengan un buen viaje.

Cuando colgó, le lanzó el teléfono a la cabeza. Denis fue rápido y se apartó a tiempo haciendo que el aparato se estrellara contra la puerta y rebotara en la inmaculada alfombra blanca. Pero ella avanzó hacia él y levantó los puños.

—¡Joder, Mara! —gritó atrapando sus muñecas.

—¡Eres un idiota!

La obligó a retroceder y la tumbó sobre la cama con él encima.

—No vuelvas a hacer eso —amenazó con un tono de voz peligrosamente bajo, sin soltar sus manos.

—Y tú no vuelvas a chantajearme, sabías que no podría negarme a ver a tu familia.

—Mi madre siempre te ha querido como a una hija, no podía permitir...

—Dime la verdad —escupió en su cara—, ¿qué es lo que te impulsa a insistir una y otra vez en que me quede?

Los ojos de Denis aterrizaron en su boca, después de unos segundos recorrieron su rostro y se encontraron con los de ella. Un escalofrío empezó a subir por su espalda

—Tú.

Soltó sus muñecas y se puso de pie. Se pasó las manos por el pelo y permaneció de espaldas a ella.

—Denis...

¿Por qué no suspendía esa maldita boda? Él no estaba enamorado de esa estirada, estaba segura.

—Tengo que irme.

Y por segunda vez, la dejó sola en una habitación que no era suya y en un país desconocido para ella. Se sentía fuera de su piel. Si no fuera por él ya habría vuelto a casa, pero debía reconocer que ella también lo había estado alargando.

Denis recorrió la casa en un suspiro, no importaba lo lejos que estuviera la habitación de Mara de la suya. Más de una noche, durante la última

semana, había querido meterse en su cama. En este preciso instante la erección que empujaba sus pantalones era importante.

Se iba a duchar con el agua tan fría que terminaría con los huevos congelados, pero no le importaba. Incluso durmiendo al lado de Nadia, tenía que levantarse en mitad de la noche por haber tenido algún sueño húmedo... con Mara, por supuesto.

Apretó los dientes. Maldita sea, ella no había querido seguirlo a Estados Unidos entonces y él había rehecho su vida. Mara había sido la que había determinado su futuro, el futuro de los dos.

¿Cómo coño se había complicado todo de esta manera?

Ah, sí. La habían secuestrado y él se había vuelto loco, literalmente.

—Te he dicho que no me llames aquí. —El susurro lo hizo detenerse—. No me importa, iremos a tomar un café mañana y hablaremos.

Era Nadia hablando con alguna amiga, supuso. Tenía muchas, aunque ninguna que tuviera el cerebro lo suficientemente despejado para mantener una conversación normal. Siempre terminaban hablando de manicuras y arreglos estéticos. Si Nadia era feliz con eso él no se iba a inmiscuir. Pero no entendía por qué su amiga no la podía llamar a casa.

Apretó el paso, no tenía ganas de discutir con ella, le había dicho miles de veces que no se metiera en su despacho para hablar, le había dejado claro que aquella zona era suya en exclusiva. Había teléfonos en todas las estancias de la casa, menos en las habitaciones de invitados. ¿Por qué cojones tenía que estar en su despacho?

—¡Cariño!

La aguda voz de Nadia le llegó en ese momento. Se detuvo y giró la cabeza, no quería que ella se diera cuenta del bulto en sus pantalones. El despacho estaba medio a oscuras, pero pudo ver cómo colocaba el teléfono en su sitio y también advirtió que solo llevaba puesta ropa interior de encaje roja y una bata también roja y transparente, cuando apareció en el pasillo. Se echó la larga melena rubia sobre uno de los hombros y ladeó la cabeza fijando sus ojos en él.

Denis la miró, repasó su cuerpo de los pies a la cabeza. No le molestaba que fuera medio desnuda por casa, pero una imagen de Mara con esa misma ropa cruzó su apabullada mente y le molestó. Mara tenía un cuerpo precioso, lleno de curvas que solo quería para él, disfrutarlas él. Nadie más debería verla así, ni siquiera el personal de servicio. Sin embargo, que Nadia se

mostrara al mundo, no le afectaba en absoluto.

Era modelo y él no intervendría en sus decisiones a la hora de posar casi en cueros.

—Conozco esa mirada.

No, no la conocía. Diablos, él no había permitido que ella lo conociera a fondo.

—Estoy cansado, hoy no cenaré. —Se retiró el pelo de la frente y continuó caminando.

—He visto el deseo en tus ojos, Denis.

«El problema es que ese deseo no lo has despertado tú», quiso decir.

Mierda.

—Estaré en la habitación —concluyó sin detenerse.

—Iré enseguida.

No la estaba invitando, maldita sea. ¿Desde cuándo no deseaba tenerla cerca? Se estaba empezando a cabrear seriamente con su polla, la muy idiota reaccionaba ante Mara y acababa de perder toda su consistencia en presencia de Nadia.

Era su futura esposa, debería estar eufórico y ser jodidamente feliz. Tal vez después de la boda todo cambiara, saber que no había marcha atrás debería ser una inyección de seguridad en su relación.

Estaba enamorado de Nadia, era una buena chica.

¿Se estaba auto convenciendo?

Estaba hecho un cabrón y lo sabía, haber manipulado a Mara con la visita de su madre y hermana era caer muy bajo. Había llamado a su madre para que adelantara el vuelo, no había encontrado mejor excusa para mantener a la chica en Nueva York. Y además, la había invitado a la boda. ¿Acaso quería castigarla? Quizás sí. Pero ahora era consciente del daño que le había infringido al pedirle que asistiera.

Su teléfono móvil sonó y lo sacó del bolsillo con desgana.

—Señor Vides. —Era la voz de Joel, su guardaespaldas—. Tenemos un problema.

Capítulo 3

A Michael cada vez le costaba más ir a visitar a su familia, no porque no quisiera verlos sino porque sentía que los ponía en peligro. A pesar de no usar sus verdaderos apellidos, y en su caso, ni siquiera su verdadero nombre, cabía la posibilidad de que los siguieran. Todos llevaban un rastreador en los vehículos que usaban en su día a día. El programa informático al que estaban conectados todos los coches, ideado por Ian y Killian, era de lo más extravagante. Se trataba de un dispositivo que lanzaba una señal si algún coche en un radio de tres kilómetros los seguía. Se basaba en espiar si el supuesto acosador seguía la misma dirección y, si era así, lo identificaba y enviaba los datos al ordenador central del complejo.

Michael no tenía muy claro si debía confiar en eso, así que siempre iba con un ojo puesto en el retrovisor, tenía memoria fotográfica, sería capaz de adivinar si lo seguían.

Contestó al teléfono desde el coche, era Ian.

—Tengo la noche libre —soltó su compañero.

—Felicidades —contestó seco.

Cuando Isabella tenía guardia en el hospital siempre lo llamaba y él sentía que Ian se veía obligado a estar con él porque estaba solo.

—No seas idiota, esta tarde te he visto muy despistado, Michael. Vamos a tomar cerveza y dejaré que llores en mi hombro.

Soltó el aire.

—No me apetece, acabo de cenar con mi familia y me voy a casa. Tu hombro está a salvo.

—¿Estás seguro de que no necesitas un amigo al que darle la brasa? —interrogó Ian.

—Me corto los huevos antes de soltar una sola lágrima en tu presencia.

La carcajada de Ian resonó en todo el coche. Maldito idiota.

Estaba entrando en su calle cuando los vio. Ian y Killian estaban apoyados cada uno en su moto.

—¿Qué coño hacéis en mi calle?

Redujo la velocidad mientras veía como Killian le arrancaba el móvil de la mano a Ian.

—Escucha atentamente, capullo. Theresa está en mi casa calentándole la cabeza a mi mujer, así que he atado cabos. ¿Tienes algo que contarnos?

Pasó por delante de ellos sin siquiera mirarlos y entró en el *parking* de su edificio.

—No a dos cotillas como vosotras, princesas.

Cuando cortó la comunicación, Killian se estaba descojonando.

Subió una planta a pie y fue a abrir la puerta para que pudieran entrar en el portal. Al fin y al cabo, ellos serían capaces de animar un poco la noche.

—Espero que tengas cerveza —dijo Ian pasando por delante de él.

—Claro que tiene. Necesita ahogar las penas —contestó Killian sin mirarle.

Tal vez no era tan buena idea dejarlos pasar.

—¿Se puede saber por qué no tienes la cabeza metida entre las piernas de una mujer? —preguntó el teniente con su habitual desparpajo ya en el ascensor.

—Vais a tomar una cerveza y a largaros, ¿está claro?

—No, hoy has disparado a la abuela de la tarta. ¿Sabes lo que significa eso? Te la has cargado, tío. Deberíamos estar de luto, joder.

¿En serio? Ian estaba haciendo un drama de esto.

—¿Tengo que recordarte que tú, el gran Ian Porter, le metió una bala entre ceja y ceja a Donald Trump?

Killian levantó una ceja.

—¿No estaba ahí como delincuente? —inquirió Ian.

—No, estaba ahí para que termináramos rescatándolo —contestó Michael metiendo el código de seguridad para acceder a su apartamento.

—No creo que participara nunca en el supuesto de que ocurriera realmente. ¿De quién coño fue la idea de hacer una silueta del presidente?

—Mía —confesó Killian encogiéndose de hombros.

—Gran idea —contestó Ian con sarcasmo dejándose caer en el sofá.

Killian abrió la nevera y sacó tres botellines que repartió antes de tomar asiento al lado de Ian. Michael se sentó en el sillón individual y buscó el canal de deportes en la televisión.

—¿Y bien? —preguntó el teniente.

—No me apetece estar entre los muslos de una mujer, hoy no.

—Eso ya lo he notado. Me refería a Theresa.

El cabrón de Ian no abrió el pico, pero se incorporó para no perderse nada.

—No hay nada que contar, meteos en vuestros asuntos.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué le estaba diciendo a Mia, lo cabrón que eres?

¿Que era un qué? Joder, no daba crédito. ¿Theresa tenía algo en contra de él?

—No sé a qué coño se refiere Theresa. Pero ha sido decisión suya que dejemos de vernos.

Y ya iba la segunda vez en su vida en que una mujer decidía por los dos. Lo de Theresa había dolido, pero nada superaría lo de Eidel. La mujer a la que amó por encima de todo. Nunca hablaba de ella, ni la nombraba. Pero seguía apareciendo en sus sueños, incluso en sus pesadillas. Había intentado que funcionara con Theresa y había fracasado, no había nada más que decir.

Y estaba completamente seguro de que Theresa no había dicho nada de eso hablando con Mia, la conocía un poco. Killian solo pretendía alterarlo más de lo que ya lo estaba.

De repente vio como sus compañeros se miraban.

—Está bien, tú ganas —soltó Ian.

—De eso estaba seguro —contestó Killian.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Michael.

Killian lo miró fijamente.

—Sabía que había sido ella la que no estaba por la labor.

Michael se levantó.

—En serio, necesitáis estar más ocupados. ¿Tan interesante os parece mi vida?

—Estábamos hablando por teléfono y le he dicho que iba a llamarte, me ha contado lo de Theresa y te he llamado cuando hemos llegado —explicó Ian.

—Ah, y no, Theresa no te ha llamado cabrón. Pero has saltado en tu defensa y has despejado la incógnita —comentó Killian sin dejar de mirar la pantalla.

Michael volvió a sentarse, pero se mantuvo envarado.

—Eso ya lo sé, ella no tiene razones para hablar mal de mí. Y esta conversación se termina aquí. Sois un par de capullos.

Los dos se echaron a reír y se concentraron en el partido de rugby en

diferido. Estuvieron comentando las jugadas y la conversación se fue distendiendo hasta el punto de que soltó alguna carcajada con las salidas de tono de sus compañeros. En el fondo les estaba agradecido, hoy no había sido un gran día y ellos habían acudido a él, de una forma poco ortodoxa, pero estaban a su lado.

Cuando salieron de su casa, ya era la una de la madrugada.

Se metió en la ducha y sin molestarse en cubrir su cuerpo, terminó tirado boca abajo en su enorme cama. Intentó no dedicarle un solo pensamiento a Theresa, debía seguir con su vida y ella también. Punto.

A las seis de la mañana, le llegó un mensaje de voz del capitán, tenían una reunión urgente y les daba media hora para presentarse en el complejo.

Se vistió y bajó al *parking* para coger el coche. Cuando el jefe se pronunciaba, más les valía no llegar tarde. Ni siquiera se entretuvo en desayunar.

Mientras cruzaba las calles de La gran manzana, la música de The Weekend sonaba a un volumen alto en la radio. Las noticias se colaron en medio y no pudo evitar hacer una mueca ante el alto índice de delincuencia en el que estaba sumido su país. Porque, aunque sus padres eran originarios de Israel, tanto él como sus hermanas habían nacido en Estados Unidos.

Se sentía estadounidense al cien por cien.

Su tez bronceada y sus rasgos faciales lo delataban y él lo sabía. De hecho, esa cualidad le había servido para infiltrarse en alguna operación encubierta.

Cuando entró en la sala de reuniones murmuró un saludo general y fue a por café. Todos estaban tomando algo caliente y no iban muy despejados, a juzgar por el silencio reinante. Incluso Dan tenía la boca cerrada mientras bebía de su vaso de cartón.

—Buenos días —saludó Slade al entrar.

—¿Qué pasa jefe? —preguntó Killian.

El capitán tomó asiento en la cabecera de la mesa y los miró.

—Con respecto a nuestra próxima misión, tengo datos actualizados.

Todos prestaron atención.

—La familia de joyeros ha sido localizada por un equipo de la CIA. Los encontraron ingresados en un hospital de Tel Aviv con heridas graves después de que el potente artefacto estallara en su hotel. Por desgracia, hubo

varios muertos.

Killian levantó una ceja y Michael se envaró en su silla.

—Tel Aviv es un lugar seguro —decretó Michael.

—Lo sabemos. Es por eso que mi contacto nos ha llamado. Si no intervenimos, las buenas relaciones entre Israel y Estados Unidos se pueden ver afectadas seriamente.

—¿Por una familia de joyeros? —preguntó Matt extrañado.

—No. Porque todo esto ha destapado un entramado en el que nuestro país se ha visto involucrado.

—¿Cómo? —interrogó Elijah.

—¿Está preparado? —Slade miró a Aylan y este asintió.

En la pantalla apareció la fotografía de un tipo bajando la escalerilla de un jet privado. Con el pelo engominado y un traje blanco, parecía un pobre intento de parecer un magnate del petróleo. Lucía anchos anillos de oro en todos sus regordetes dedos y los botones del traje parecían estar a punto de salir disparados debido al volumen de su prominente barriga.

—¡Joder! ¿Qué es eso? —exclamó Dan.

—Eso es un idiota con muchos contactos llamado Edward Garris —aclaró el capitán—. Ha estado vendiendo información privilegiada, robada del pentágono. Salió ileso de la explosión, pero iban a por él.

—¿Vendía información a los israelíes? —preguntó Michael contrariado.

—No. A Siria, Yemen y Rusia. Que estuviera en Tel Aviv fue una casualidad.

Slade pasó a la siguiente fotografía en la que dos individuos aparecían con el cabello casi rapado.

—La CIA identificó a estos dos en una pensión cercana al hotel. Son mercenarios fichados e identificados por el gobierno, pero difíciles de atrapar. Son escurridizos y nunca permanecen en el sitio más de unas horas después de actuar en cualquier lugar del mundo.

—A ver si lo he entendido —masculló Ian—. Garris vende información confidencial a países de oriente medio y Rusia y, quien sea que lo ha descubierto, ¿envía a unos mercenarios a terminar con él?

—Esto huele raro —intervino Jacob.

—Exacto, Doc —afirmó Wyatt, que hasta ese momento se había mantenido callado.

Slade se pasó la mano por el pelo y soltó el aire.

—Parece que a Garris lo protege alguien en nuestro país. Tiene que tener un puesto alto y moverse por las más altas esferas para poder hacer algo así. En definitiva, la CIA descubrió una grabación telefónica en la que se reconocía la voz de Garris. Rápidamente se pusieron tras él, dos agentes infiltrados seguían sus pasos y a la vez ocultaban su rastro a los mercenarios, y así terminaron en Tel Aviv.

—¿Los mercenarios pusieron la bomba? —inquirió Wyatt.

—Eso sospecha la CIA.

—No es así como suelen actuar —dedujo Killian.

—No, y eso nos da una valiosa información: descubrieron a Garris y lo quisieron borrar de un plumazo. Tal vez demasiados escoltas impidieron a los mercenarios acercarse a él. Mi razón favorita, para que actuaran así, es que estaba a punto de vender algo por lo que el gobierno estadounidense pagaría su peso en oro y quieren evitarlo a toda costa.

—¿Y contratan mercenarios?

—No, la CIA lo supo por casualidad. Ha tenido que ser alguien con el poder suficiente como para hacerlo por su cuenta.

—¿Alguien que también tiene esa información y quiere ser el único que saque tajada?

—Eso me temo —concedió Slade.

—¿Y qué pintamos nosotros aquí? —preguntó Pam, que había estado escuchando atentamente.

—El gobierno israelí no sabe aún quiénes son los autores materiales del atentado. Y la agencia quiere ocultarlo a toda costa, pero hay un cabo suelto.

—¿Cuál? —preguntó Michael.

—Dos agentes de la CIA estaban en el hotel, por fin habían seguido el rastro de Garris, pero uno murió en la explosión y pudieron recuperar el cuerpo antes de que alguien hiciera preguntas incómodas. Del otro agente no se sabe nada...

—Y ahí entramos nosotros —acotó Killian.

—Efectivamente. Garris salvó su culo y salió ileso de la explosión, así que esa agente sigue detrás de él o la han capturado, lo que pondría a nuestro país en un grave aprieto.

—¿Es una mujer? —preguntó Dan.

—Sí, Elizabeth Bening. La única imagen que tenemos actualizada es esta. —Aylan apretó un botón de un mando a distancia.

La fotografía era de hacía solo un mes, según la fecha de la cámara de seguridad que la había tomado, era una mujer alta que caminaba entre la gente con un abrigo negro y largo. Sus rasgos quedaban ocultos tras unas grandes gafas de sol y su melena oscura estaba cortada por encima de los hombros.

—Es camaleónica, así que ninguna imagen anterior nos sirve. Lleva más de un año detrás de Garris y, según mi contacto, es la mujer más insubordinada con la que cuenta la agencia. Se pasa semanas sin informar y cuando lo hace es directa y concisa. No responde preguntas y va por libre.

Killian se echó a reír.

—Me gusta.

Capítulo 4

—¿En serio estás cómoda? —preguntó Brad entre jadeos.

—Sí, cariño. Sue me ha dicho que así es como menos molesta la barriga.

Brad estaba sentado contra el cabezal de la cama y estaba penetrando a Eva que estaba sentada sobre su miembro y espaldas a él. Amasó sus pechos llenos y dejó un reguero de besos en su nuca.

—Me gusta la postura.

—Estoy cómoda. Además, se me han hinchado las tetas.

—Doy fe, nena —susurró acariciando los pezones con el pulgar.

Ella apoyó las manos en sus muslos y se impulsó para volver a dejarse caer con un agónico gemido.

—Así, nena. Me estás matando. —Coló una mano entre sus piernas y masajeó el clítoris entre sus pliegues.

—Oh, eso me gusta.

—Lo sé...

—Más deprisa... oh, Brad.

Los movimientos se aceleraron y mientras ella alcanzaba el orgasmo, Brad también se dejó ir tirando de sus hombros y apretándola contra su pecho.

—Ya quiero a esos niños, Eva.

Ella levanto un brazo y puso una mano en la nuca de Brad.

—Yo también. Van a ser tan guapos como su madre.

Él se carcajeó.

—Algo he tenido que ver en esto, Eva. No me dejes fuera.

Eva dejó que su miembro se deslizara fuera de su cuerpo y se sentó a su lado. Apoyó la cabeza y una mano en su pecho y levantó la vista.

—Deberíamos educarlos dentro de la doctrina del amor libre.

Brad levantó una ceja.

—¿Quieres convertir esto en una comuna?

Eva se carcajeó.

—No estaría mal, eh.

—¿Crees que me presentarán a sus amigas veinteañeras alguna vez?
Eva se incorporó de golpe. Y le lanzó la almohada a la cara.

—Serás...

—Vale, nena. Era una broma —rio esquivándola.

Ella se apartó para dirigirse al cuarto de baño.

—Para cuando ellos te presenten a una joven de veintitantos ya no se te levantará, y seré yo la que tendrá que buscar a un hombre de treinta y tantos que me regale orgasmos sin parar —soltó antes de cerrar la puerta.

Se echó a reír mientras esperaba a que el agua saliera templada.

De repente la puerta se abrió y un ceñudo Brad se plantó bajo el marco mirándola intensamente.

—¿Qué has dicho?

Lo miró y le guiñó un ojo.

—Nada cariño, prometo no volver a hablar nunca más del futuro que te espera.

—Veo mi futuro cristalino —dijo cogiéndola en brazos y entrando en el plato de ducha.

—¡Brad!

—Está perfecta, aunque no me hubiera importado que te congelases un poco, bruja.

La puso sobre sus pies y la besó como si realmente temiera perderla. Lo que Brad no sabía es que venían en camino dos niñas. En realidad, ella tampoco lo sabía, pero tenía un palpito. Y sus palpitos siempre eran acertados.

—Lo tienes vigilado, ¿verdad? —preguntó Sue mientras le pasaba una taza de café a Slade.

Él no contestó, pero pudo ver esa sonrisa canalla que tanto le gustaba antes de llevarse la taza a los labios.

—Jack no hará nada...

—De eso estoy seguro —la cortó levantándose.

—¿Admites que tienes a alguien pisándole los talones?

Slade la abrazó.

—Y con órdenes específicas de cortarle los huevos y hacérselos tragar si se vuelve a acercarse a menos de cien metros de mi chica.

Sue se separó de golpe y juntó las cejas.

—Te dije que me mantendría apartada de él. No es que me importe lo que le pueda pasar, pero tú te meterías en un gran lío y tendrías que dar explicaciones a las autoridades...

Acarició su barbilla observándola con mirada severa y penetrante.

—¿Crees que no sé esconder un cadáver?

—¿Estamos teniendo esta conversación?

—¿A quién hay que matar? —Eva entró en la cocina y dejó el bolso colgado en una de las sillas.

—¿Le has dado una llave? —gruñó Slade.

—Claro, trabaja conmigo, ¿recuerdas? —contestó Sue con una sonrisa.

—¿Dejas entrar a una tarada en casa? —Slade aún no le había dirigido una sola mirada a Eva.

—¡Eh! Estoy aquí, no habléis de mí como si no estuviera. —Aunque a su amiga no parecía importarle en absoluto.

Se dirigió a la cafetera.

—Hola, cielo —la saludó Sue besando la mejilla de su amiga—. No deberías tomar café.

—Ni tocar mi cafetera —decretó él volviendo a sentarse con una mirada de advertencia.

—Es la costumbre, ¿esa cafetera hace té?

—No.

Las dos lo miraron.

—¿Estabas hablando de matar a Jack? Puedo ayudarte con eso, sé varias maneras de torturarlo, que incluyen desde amputación de miembros hasta terminar con la corbata colombiana. Cuenta conmigo.

—¡Eva! —exclamó Sue.

—Joder, das miedo, Eva. No, no necesito tu ayuda. De momento dejaremos que siga con vida.

—Si da un paso en falso...

—No volverá a ver la luz del día, te lo aseguro.

Sue levantó las manos y las dejó caer derrotada.

—No me lo puedo creer.

Slade se levantó y se acercó a ella, rodeó su cintura y besó sus labios.

—Voy a prepararme, tengo que estar en el aeropuerto dentro de una hora. Quiero despedirme de los niños.

—¿Irás con cuidado, verdad?

—Siempre, Sue.

Nunca hacían las despedidas demasiado efusivas. Slade decía que tenía poderosas razones para volver a casa y que nunca se ponía en peligro. Pero ella lo conocía y sabía que se jugaría la vida por cualquiera de sus hombres. Aunque era consciente de que esos mismos hombres también lo protegerían a él.

Slade abrió la puerta y se giró para mirar a Eva y entrecerró los ojos. De refilón, Sue vio a su amiga asentir.

—¿Te ha advertido? —le preguntó a su amiga sin rodeos en cuanto Slade salió de la estancia—. Si Jack hace algo, tú debes avisar. ¿A quién?

—No sé de qué me hablas. —La caradura de Eva no tenía límites.

—No me mientas.

—¡Huy! Creo que las niñas me han dado una patada. —Se llevó la mano al vientre, pero debió ver la incredulidad en sus ojos—. O tal vez son gases.

—¡Eva!

Su amiga se dirigió a la salida.

—Definitivamente, son gases. Tengo que pasar por la oficina, no tardaré.

Maldita sea, esos dos nunca dejarían de protegerla como si ella no fuera capaz de sacarse a Jack de encima. ¿Qué pensarían si supieran que llevaba un arma en el bolso cada vez que salía de casa?

Y, ahora que lo pensaba, ¿Eva acababa de mencionar que llevaba dos niñas? ¿Y no se lo había comentado?

Capítulo 5

Michael se sentó junto a Ian en el lado de la ventanilla. Le agradaba la idea de volver a visitar el país de sus orígenes. Tel Aviv era una gran ciudad, un lugar en el que se encontraba a gusto cuando viajaba junto a su familia. Aún tenía tíos y primos viviendo allí, pero no los podía visitar estando involucrado en una operación encubierta, los pondría en peligro.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó Ian.

—Bien, ¿qué pregunta es esa? Mis raíces están en Israel, me siento como en casa.

—Eso ya lo sé, capullo.

—Creo que se refiere a Theresa —intervino Killian desde el otro lado del avión.

Michael apretó los dientes y miró hacia la oscuridad de la noche.

—Si te ha dejado, es que no conoce al hombre que se está perdiendo —soltó Dan de forma dramática—. Aunque a lo mejor estás oxidado y necesitas una puesta a punto.

Matt miró a Dan y levantó una ceja.

—Cállate, Dan —masculló Pam—. No le hagas caso, Michael. Cree que por tener sangre latina es irresistible.

—Lo soy, nena. No me quites el ojo de encima, cualquier día me van a secuestrar unas cuantas mujeres sedientas de sexo y...

—¡Joder, Dan! —cortó Elijah.

—Eres un engreído, cariño. Aunque si me pagan bien, podría hacerme rica a tu costa.

Todos se carcajearon, menos Slade, Matt y él mismo, que les dedicó una mirada amenazante.

—Vamos a lo que nos interesa. ¿Qué ha pasado con Theresa? —preguntó Elijah sin amilanarse.

Michael se centró en él.

—Parece que el cotilleo ha corrido como la pólvora, ¿qué te hace pensar que voy a explicar algo más? Me parece que el asunto es bastante simple y

está zanjado.

—Captado. Pero, si estás afectado... —Killian parecía preocupado.

—Dejad de hurgar en mi vida, ¿queda claro? —tronó volviendo a fijar la mirada fuera del avión privado.

—Michael, necesito hablar contigo.

Buscó al capitán y lo miró incrédulo, ¿él también tenía algo que decir?

Se levantó y fue hasta el fondo del avión, donde Slade estaba solo, mirando unos papeles.

—Siéntate —ordenó sin levantar la vista de los documentos.

—Jefe, no creo que debamos...

—He dicho que te sientes, Michael. —Ahora sí levantó la vista y la determinación en los ojos de Slade lo hizo obedecer.

—Está bien.

—Solo necesito saber una cosa: ¿estás lo suficientemente centrado en esta misión? Porque para lo que te necesito no puedo permitirme el lujo de que la cagues.

¿Estaba bien? ¿Centrado? Sí, lo estaba. Si había algo de lo que estaba completamente seguro es de que no estaba deprimido. Dolido por la reacción de Theresa, sí. Cabreado por no haber intuido que ella no estaba interesada en él, también. Pero la vida continuaba y, por suerte, siempre había sido optimista. Solo una mujer había tenido el poder de hundirlo en la miseria años atrás y eso no iba a volver a ocurrir, ni ahora ni en el futuro.

—Estoy centrado.

Slade lo observó sin contestar, supuso que barajando la posibilidad de si le estaba mintiendo o no.

—De acuerdo, este es el plan —dijo al fin—. Necesito que memorices estos parámetros.

Le entregó parte de los documentos que había estado leyendo y le dio media hora mientras él iba a hablar con los otros.

Michael vio fotografías de prototipos de avión invisibles a cualquier radar, armas preparadas para aniquilar a dos kilómetros de distancia y localizaciones de bases militares estadounidenses repartidas por oriente medio, así como portaviones y acorazados con sus ubicaciones exactas en el golfo pérsico. Planos de motores y estructuras.

—Sentaos —Slade se sentó de nuevo a su lado, Ian y Matt enfrente.

—Bien, te acabas de convertir en un adinerado hombre de negocios

israelí que ha vivido unos cuantos años en Estados Unidos y que ahora vuelve a su país interesado en comprar armas para apoyar a un grupo terrorista que piensa atacar contra Estados Unidos. Exhibirás coches de lujo y estarás registrado en uno de los mejores hoteles de Tel Aviv. Hablarás el hebreo con fluidez y te interesarás por la vida social nocturna.

—Perfecto, con el idioma no hay problema, con mi padre lo hablo siempre.

—De acuerdo. Ian y Matt serán tus guardaespaldas y estarán atentos por si lográis localizar a nuestra agente.

Los dos hombres asintieron.

—Te mostrarás desconfiado con Garris, dile que ha llegado a tus oídos que la CIA logró saber de él. Podría dejar caer si tiene a la chica, o no, solo para regodearse. Pero siempre con mucho tacto.

—No hay problema.

—Los tres vais a ser las únicas cabezas visibles de la unidad, el resto estaremos pegados a vuestros culos, ¿estamos?

Los tres asintieron de nuevo.

—¿Alguna duda?

Slade esperó unos segundos y se levantó.

—Aylan ha encargado algunos trajes a medida, ya podéis cambiaros. En media hora aterrizaremos, una limusina os espera en la pista, señor Mizraji. Tu nuevo nombre es Yedid Mizraji. Un hombre que se hace llamar Hassan se presentará en el hotel y te pondrá al día, además de meterte por la puerta grande de todo ese tinglado. Es un agente encubierto, lleva tres años en esto.

Una vez vestidos, tuvieron que soportar los piropos malintencionados de sus compañeros, Dan y Elijah se despacharon a gusto hasta que el capitán los obligó a cerrar el pico.

—Jefe, no cuadran —dijo Pam frunciendo el ceño.

—Lo sé —admitió Slade.

Se miró a sí mismo y después a sus dos «guardaespaldas». Los tres eran igual de altos y corpulentos, tal vez, Ian midiera un par de centímetros más. Lo cierto era, que Michael no parecía necesitarlos.

—¿Habéis oído hablar del gusto por lo estafalario de los millonarios? —inquirió Killian—. Pues eso —terminó sin esperar respuesta.

—Viste mucho eso de llevar a dos gorilas..., sin ánimo de ofender —dijo Wyatt.

—¿Habéis visto esa fotografía que circula por ahí del actor Jason Momoa? El tío es más grande que sus escoltas —aportó Aylan.

—¡Eh, jefe! —Ian le dio un codazo en el brazo—. ¿Quieres que nos deshagamos de ellos? —preguntó con una sonrisa petulante.

Michael sonrió.

—No, los dejaremos vivir... por hoy —contestó con un deje aristocrático en su voz.

Se rieron mientras tomaban asiento para aterrizar.

Descendieron del avión con poca ceremonia y Michael devolvió el saludo en su idioma al conductor de la limusina, que puso mala cara cuando Matt se sentó a su lado sin dirigirle la palabra. Sus compañeros permanecieron dentro del aparato hasta que ellos arrancaron. El avión privado de Slade no llevaba ningún logotipo o firma que descubriera ninguna empresa. Así que podía ser un avión privado de Yedid Mizraji perfectamente.

Ian y él permanecieron en silencio hasta llegar al hotel, no tenían previsto que hubiera micrófonos en el vehículo, pero prefirieron ser previsores. Michael se deleitó observando la ciudad llena de vida, era un hervidero de personas y coches. Él había paseado miles de veces por aquellas calles con sus hermanas, visitando mercados y restaurantes típicos.

Ian y Matt cargaron con sus maletas y le lanzaron alguna que otra mirada de desdén. Michael estaba disfrutando con su nueva posición.

Él tenía la habitación principal, que comunicaba con las de Ian y Matt que se hallaban una a cada lado.

—No hay bichos —anunció Matt después de comprobar si había algún micrófono.

—Tenemos un mueble bar bien surtido —dijo Ian abriendo la puerta del mueble—. Lástima.

Matt miró la hora.

—Dentro de dos horas tenemos que ir a la mansión de Garris. Voy a deshacer la maleta.

Nunca lo hacían, siempre lo dejaban todo medio empaquetado por si tenían que huir. Pero en esta ocasión, eso hubiera sido bastante sospechoso para el personal del hotel. No podían confiar en nadie. Quizás, Garris ya estaba detrás de su trasero, investigando quién coño era ese nuevo millonario venido de Estados Unidos para ofrecerle una suculenta suma de dinero a cambio de información privilegiada.

—Yo también me largo. —Ian desapareció por la otra puerta.

Una vez solo, se quitó la chaqueta del traje y se acercó a la ventana para mirar al exterior. Conocía cada calle y cada rincón de Tel Aviv. El hotel Royal Beach era uno de los mejores y más lujosos de la ciudad, y sabía que si se encaminaba al otro lado de la gran sala de estar vería el mar.

Siempre le había gustado la majestuosidad de su estructura moderna, alzándose frente a la costa y dominando el horizonte. Sus hermanas le envidiarían en este momento si supieran dónde estaba alojado. Sonrió. Ellas siempre lo señalaban cuando iban por la ciudad y decían que algún día se registrarían en él. Ojalá pudiera llamarlas.

Ian entró sin llamar, obligándolo a volver a la realidad de golpe.

—Acabo de informar al jefe de que ya estamos en el hotel.

—Perfecto —contestó sin dejar de observar los edificios que tenía en frente.

Ian se acercó y cruzándose de brazos, tal como hacía él, miró al horizonte.

—Nunca había estado aquí —confesó.

—Pues deberías venir en verano, esta ciudad es bulliciosa y alegre.

Su compañero lo miró.

—Cuando te retiraste estuviste un tiempo aquí, ¿verdad?

No iba a explicarle el porqué.

—Viví aquí durante unos meses, antes de volver y encontrar trabajo en Security Ward.

Ian asintió.

—¿Volviste por tu familia? Ellos hace décadas que se establecieron en Nueva York...

No, no volvió por ellos.

—Sí, los echaba de menos, supongo —mintió.

—Y aquí, ¿tienes familia?

—Algunos primos y tíos. Hace tiempo que no sé nada de ellos. Fueron a visitar a mis padres, hace un par de años, pero yo estaba fuera.

Ian lo miró.

—¿Nunca han sugerido que quieran volver aquí? Están jubilados, ¿no?

—¿Mis padres? No. Sus hijos no los seguiríamos y ellos lo saben. Además, mi madre está delicada.

Su compañero frunció el ceño.

—¿Delicada?

—Sí, ya es muy mayor. Mis hermanas no se apartan de ella.

—Mierda, eso debe de ser jodido.

Michael sabía que la madre de Ian era una tarada y que su padre murió siendo él pequeño. No había tenido desde entonces ningún referente familiar.

—Sí, a veces pensamos que siempre van a estar ahí, pero los años pasan.

Alguien dio un par de golpes.

—¿Has pedido algo?

—No.

—Bien, abre. Espero que sea nuestro contacto. —Ian sacó la pistola y la escondió a su espalda.

Fue a abrir cuando Matt apareció y se posicionó al lado de Ian, intuía que también iba armado.

—¿Señor Yedid Mizraji? —dijo un hombre alto y enjuto trajeado en el mismo momento que tiró de la puerta para abrir—. Soy Hassan.

Michael asintió y se hizo a un lado. Ian y Matt también se apartaron, pero no perdieron de vista al hombre que entraba con una sonrisita petulante.

—Señores —saludó.

Ninguno de sus supuestos guardaespaldas se inmutó.

—Sentémonos, señor Hassan —invitó Michael— ¿Quiere tomar algo?

—No bebo, pero gracias. Me gustaría ir al grano, si no le importa.

—Como desee. —Michael se sentó al otro lado de la mesa y apoyó un tobillo sobre la otra pierna.

—No sé su nombre real, ni quiero saberlo. Yo tampoco le diré el mío.

Por el rabillo del ojo vio a Matt con un inhibidor de frecuencia en la mano, en previsión de que Hassan pudiera llevar encima algún tipo de grabador o micrófono.

—No es nada personal —dijo Michael cuando vio que el hombre también miraba a Matt.

—No me importa. Tengo algo importante que decirles.

—Adelante —dijo alargando la palma de la mano hacia arriba.

Hassan hizo un barrido ocular que los incluyó a los tres antes de hablar.

—Vi a la señorita Elizabeth Bening...

—Por eso estamos aquí —le cortó.

—Lo sé. Cuando la vi estaba entrando en un banco y dos hombres la acompañaban. Ella no me vio. Está... distinta, pero la reconocí.

—¿Parecía estar en un aprieto?

—En ese momento no supe interpretarlo, pasaron deprisa. Los que la acompañaban, podrían ser sus captores o podrían ser sus aliados.

—¿Insinúa que se ha pasado al otro bando?

Hassan se pasó la mano por el pelo corto.

—Ahora sé que sí. Está con ellos.

Michael levantó una ceja.

—¿Está seguro?

—Ayer fui a un club nocturno. Cuando Garris está en la ciudad, suele ir allí. Le presenté a un par de posibles compradores, en este momento debe haber hecho que los investiguen. Son dos tipos bastante oscuros, ni siquiera la agencia consigue saber de ellos más allá de unos años atrás. Pero están muy interesados en la compra del nuevo armamento robado.

—Yo también —decretó Michael.

Hassan hizo girar los ojos.

—Resumiendo. Ayer apareció la agente de la CIA Elizabeth Bening, y no estaba sola. Iba del brazo del mano derecha de Garris y se besaron, ese tío es un asesino en potencia, no tiene escrúpulos a la hora de hacer desaparecer a alguien. Ella está metida hasta el cuello.

Michael frunció el ceño.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque me miró y sonrió, después le habló al oído a su novio y él me echó una mirada fulminante. Me inventé una excusa y salí de allí.

Michael negó con la cabeza.

—No lo ha delatado.

—¿Cómo lo sabe? —Se levantó y caminó de un lado a otro, haciendo que Ian y Matt tuvieran que cambiar las posiciones para tenerlo controlado—. Si ha tirado todo mi trabajo por tierra, no me importa. Pero esos tipos son jodidamente peligrosos, irán a por mí.

Michael también se levantó.

—No lo ha delatado —repitió.

Hassan se paró para mirarlo.

—No podemos seguir con esto. Sé quiénes son ustedes, la agencia me ha puesto al tanto. Si continuamos con esta misión moriremos todos. El compañero de la agente o ex agente Bening murió en aquella explosión.

—Y usted no habría llegado vivo hasta aquí si ella hubiera hablado. ¿Se ha parado a pensar que ella puede verlo como un aliado para lo que sea que

tenga en mente hacer? Tal vez quiera protegerlo.

A estas alturas Hassan ya estaba más que pálido y necesitaba un cambio de pantalones urgente.

Capítulo 6

—No lo creo. Además, me conoce. Sabe por qué Garris confía en mí. Llevo años metido en esto, maldita sea. Ella es la que debería abandonar y ponerse a salvo. La habíamos dado por muerta. De hecho, aún no sabemos dónde ha estado metida todo este tiempo ni si salió herida después de la explosión. Si habla... Creo que deberíamos desaparecer todos, abandonar esta misión.

Michael se sentó con calma y tiró de los puños de su camisa.

—Presénteme a ese idiota y vuelva a Estados Unidos —propuso con tranquilidad.

—¿Qué? ¿Quiere correr ese riesgo?

—Lo correré y le aseguro que nosotros podemos protegerlo.

—Nadie podrá protegerme si Garris descubre mi verdadera identidad.

—No lo hará, se lo aseguro. Esa mujer no ha hablado, es una agente...

—Ya no.

—Eso, todavía no lo sabemos.

Se levantó de nuevo y fue hacia la puerta.

—Y ahora váyase. Lleva demasiado tiempo aquí.

Abrió la puerta y miró su caro reloj prestado.

—Nos veremos dentro de una hora, no nos falle.

Y no lo haría. El equipo, que había oído toda la conversación gracias a Matt, estaría encima de él asegurándose de que acudía a la cita.

Hassan salió sin despedirse y visiblemente nervioso, esperaba que recuperase la compostura antes de salir del vestíbulo del hotel.

—¿Y si es cierto? —preguntó Ian.

—Estoy con Michael, ella no ha descubierto al agente —contestó Matt.

El teléfono de Ian sonó en ese preciso instante.

—De acuerdo —dijo después de escuchar atentamente.

—¿El capitán? —inquirió Matt.

—Killian y Dan están en la mansión, todo está tranquilo. Y no falta ninguno de los hombres fotografiados días atrás. Eso significa que no han

enviado a ningún asesino detrás de Hassan. Slade está hablando con él, tranquilizándolo.

Michael soltó el aire.

—No puede fallarnos. Sin él no podremos ni acercarnos a Garris.

—Acercarte —lo corrigió Matt—. No creo que sus gorilas dejen que nosotros. —Señaló a Ian y a sí mismo— nos acerquemos a menos de veinte metros de su protegido.

—Lo que sea. Conseguiré que Garris me presente a su hombre de confianza y esperemos que la señorita Bening esté pegada a él.

Diez minutos después estaban cruzando la ciudad con la misma limusina que habían alquilado.

No se habían cambiado de ropa, tampoco es que tuviera que fingir tener una gran colección de trajes. Él no se fijaba en esas cosas en cuanto a hombres. Aunque, debía admitir, que sí lo hacía con las mujeres. Ver a una chica vestida de coctel y al día siguiente con vaqueros era algo que le fascinaba; no podía entender la necesidad de algunas de maquillarse en exceso, cuando sus rostros naturales eran un placer para los sentidos.

Las mujeres que habían pasado por su vida tendían a maquillarse demasiado. Pero, ¿quién era él para objetar nada? Theresa no era una de ellas, era preciosa recién levantada.

Y después estaba ella, la mujer que le robó dos años de su vida, que más allá de un poco de color en los labios, tampoco se pintaba demasiado. Era tan bonita... y tan independiente, que Michael no había tenido cabida en su vida.

Apartó esos pensamientos cuando Ian le hizo un gesto con la barbilla hacia la mansión que tenían a un lado: una maravilla arquitectónica que derrochaba opulencia por todos sus poros. Observar esa fachada llena de adornos dorados le daba una idea bastante exacta de cómo sería su anfitrión.

Se obligó a mover un poco las caderas mientras Alexey la abrazaba siguiendo el ritmo de *Dancing with a stranger* de Sam Smith. Una canción muy apropiada para su actual estado. No es que Alexey fuera un desconocido con el que estuviera bailando, tenían una relación. Pero ella sabía que, aunque

parecía afianzada, se había basado en una burda mentira. El ruso le gustaba, él había evitado que Garris le pusiera las zarpas encima, así que no tenía muy claro si lo que sentía por él era amistad o gratitud.

—Elizabeht, ¿vamos a tomar una copa?

Ella asintió ante la sugerencia hecha al oído.

—Esta noche estás especialmente bonita.

Una sonrisa, de esas que muy pocas veces usaba, se dibujó en su varonil rostro.

—Gracias —contestó devolviéndole el gesto.

Le dio un beso rápido en los labios y la cogió de la mano para acercarse a la barra colocada de modo provisional en un lateral del gran salón.

Alexey era alto y apuesto, un hombre de cuarenta años muy bien llevados, su rostro anguloso y sus ojos grises podían ser fieros en determinadas circunstancias. Lo cierto es que a veces daba miedo enfrentarse a él; por suerte, ella nunca había estado en su punto de mira, pero había sido testigo de ello. La trataba relativamente bien y parecía apreciarla. Con su pelo rubio cortado al cepillo, parecía más un soldado que un hombre de negocios. Y hoy lucía su atractivo embutido en un traje a medida que le favorecía.

Miró hacia la entrada mientras él pedía un par de cócteles. Cada vez entraba más gente, odiaba estas fiestas, pero no tenía más remedio que acudir a ellas. Aquí era donde Garris tomaba contacto con posibles compradores y Alexey daba el visto bueno después de investigarlos. Esta vez se trataba de documentos clasificados sobre la fabricación de un tanque.

Tres hombres entraron en aquel momento como si fueran los dueños del lugar, eran muy altos y sus cuerpos estaban trabajados. Quizás eran los escoltas de algún millonario, algunas mujeres se quedaron embobadas mirándolos, así como estaba ella. De los tres, el negro era el más corpulento. A su lado iba un hombre muy guapo, moreno con ojos claros y no tan ancho de hombros. Pero el que realmente llamó su atención fue el que iba un paso por delante de ellos.

Era a él al que protegían, a juzgar por el reloj que lucía en su muñeca y el traje caro que vestía. Tenía las piernas largas y se adivinaban musculosas. Se detuvo y puso sus grandes manos en los bolsillos. Sus ojos siguieron recorriéndolo hacia arriba, a su amplio pecho. La camisa gris oscuro se tensó cuando Hassan, el agente de la CIA encubierto, se acercó a él y estrecharon sus manos.

—Ese debe de ser el tercer comprador del que me habló Hassan — murmuró Alexey cerca de su oído, la música no estaba muy alta de volumen. Pero cuando hablaban de negocios lo hacían siempre en voz baja.

Ella asintió sin dejar de observar disimuladamente al recién llegado, no era un hombre excesivamente guapo, pero era muy atractivo.

Fue cuando examinó su rostro detenidamente que la copa resbaló entre sus dedos y se estrelló contra el suelo, salpicando sus zapatos y el vestido.

—¿Nena?

Oyó a Alexey en la distancia, le temblaban las manos y cuando vio que algunos invitados se giraban para ver que era lo que había ocurrido le dio la espalda a... Zani. Porque estaba segura de que aquel hombre apuesto era él, su Zani. Tenía el pelo más largo y su cuerpo había sufrido algunos cambios, pero era él. ¿Qué hacía en el club? ¿Acaso se dedicaba a este tipo de negocios? Él había sido un marine, ¿estaba traicionando a su país?

Mierda.

Alexey le estaba preguntando si estaba bien, aunque su voz seguía siendo lejana. Tenía que salir de allí cuanto antes. No podía dejar que Zani la reconociera. Y tenía que dejar de temblar si no quería que Alexey se diera cuenta de que se había alterado. Tantos años de entrenamiento tenían que servir de algo.

—Voy a volver a casa, me cambiaré y regresaré —dijo modulando la voz a un tono tranquilo y sabiendo que él no podría acompañarla.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó él frunciendo el ceño.

—La copa estaba mojada. La verdad es que no me he dado cuenta de que se me había escapado de los dedos.

—Haré que uno de mis hombres te acompañe.

Joder.

—Perfecto, no creo que tarde más de media hora —si se negaba a ser acompañada él sospecharía.

Alexey se inclinó para darle un beso en los labios y ese gesto nunca le había parecido menos oportuno. No quería sus besos ahora, ni que la tocara. No quería tenerlo cerca, no esta noche. Tenía que ir a casa y recomponerse. Ahora.

Se obligó a salir sin volver a mirar a Zani. Sentía que el suelo se abría bajo sus pies, que todo su mundo se tambaleaba. No había vuelto a Nueva York por una sola razón y esa razón acababa de aparecer ante sus narices. Por

suerte, solo el guaperas la había mirado un momento.

Solamente tenía que evitar cruzarse con él en los próximos días, después todo volvería a la normalidad. Con Zani ocupando una parte de su corazón, pero fuera de su mente. Él no vivía en Tel Aviv, de eso estaba segura. Lo habría sabido.

—Es ella— dijo Ian a su muñeca—. Estoy seguro. Acaba de salir por la parte de atrás.

—Dan y yo estamos en ello —contestó Killian en su oído.

—El resto seguimos aquí —añadió el capitán.

—Acompáñeme, señor Mizraji —dijo en aquel momento Hassan que parecía haberse recompuesto.

Michael lo siguió subiendo unas escaleras hasta un despacho con puertas dobles.

—Ustedes deberán esperar aquí —Hassan se dirigió a Ian y Matt.

El hombre parecía disculparse, esperaba que las cámaras de seguridad no hubieran captado el lenguaje corporal.

Dio dos golpes en una de las puertas mientras Michael se mantenía detrás de él.

—Adelante.

Hassan empujó la puerta y entró primero. Michael dio un rápido vistazo, la habitación era una especie de biblioteca con volúmenes encuadernados en cuero y los muebles bastante antiguos. Tras una enorme mesa de roble estaba sentado, en una silla que asemejaba un trono, Edward Garris. Dos de sus hombres permanecían de pie detrás de él y un tercero a su lado.

—Señor Mizraji, un placer conocerlo. Hassan me ha hablado de usted.

Se le revolvían las tripas solo con pensar que debía estrechar la mano de un hombre que no dudaría en matar a gente inocente con tal de ayudar a ganar una guerra. Pero lo hizo, estrechó su mano y compuso una sonrisa tirante, a pesar de lo sudada y flácida que la notó.

—Señor Garris, Hassan contactó conmigo y me explicó que tenía algo que podía interesarme.

—Permítame que le presenta a mi hombre de confianza. —Se giró para

mirar al hombre a su derecha—. Alexey Kalof se encargará de ponerlo al día y verificar que todo esté correcto.

Lo saludó con la barbilla y volvió a centrarse en el hombre de los anillos de oro.

—Tengo entendido que hay otros compradores.

—Le han informado bien, esto será una subasta entre tres.

Joder, a este tipo le iba el teatro.

—¿Cuándo podré reunirme con usted? Me han informado de que la CIA dio con usted en algún momento, ¿será una transacción segura? —le preguntó directamente a Garris.

—No hay problema, eso ya está solucionado, puede confiar en mí.

Y una mierda.

—Mañana podremos reunirnos de nuevo, Hassan tiene su número de teléfono y le enviará un mensaje con la hora exacta. No hace falta que le diga que deberá ir solo. Si sus hombres vienen, se quedarán apartados en todo momento.

Asintió sabiendo que Slade se cabrearía por no buscar una excusa para que, al menos, uno de sus compañeros pudiera entrar con él. Pero solo hacía falta ver el rostro del tal Alexey para darse cuenta de que no aceptaría esa condición.

—Perfecto.

Se iba a largar en menos de un minuto.

—¿No se queda en la fiesta? —preguntó Garris

—No me gustan los actos sociales —contestó seco.

—Ya veo, no parece muy sociable, si me permite el apunte.

Michael entrecerró los ojos.

—No lo soy y me parece una pérdida de tiempo.

Garris se carcajeó.

—¿Prefiere eliminar gente que hablar con ellos?

Apretó los dientes. Maldito hijo de puta. Él era el hipócrita aquí, hacía fiestas solo para captar a posibles compradores y había el rumor de que los que no llegaban al precio de la subasta desaparecían. Un hombre sin escrúpulos haciéndose pasar por todo un caballero resultaba, cuando menos, interesante.

—Algo así —masculló—. Y ahora, si me disculpa, vuelvo a mi hotel.

Sabía que lo seguirían para asegurarse de que no entraba en contacto con

los otros compradores. En realidad, le importaba muy poco.

—Eche un vistazo a las mujeres de ahí afuera, son putas de alto *standing*, aprovechése de mi generosidad.

—No, gracias. Espero noticias tuyas.

Capítulo 7

Entraron en el hotel sin decir una palabra. No explicaría lo que había hablado en aquel despacho hasta estar en la seguridad de la habitación. Sus compañeros la habrían «peinado» de arriba abajo buscando micrófonos otra vez.

Cuando entró miró a sus amigos, unos estaban sentados en el sofá y otros en las sillas alrededor de la mesa. Llamó su atención los signos de preocupación en sus rostros.

—¿Qué? —inquirió, en cuanto Matt cerró la puerta—. Mañana haré una oferta y...

—La chica esa, la agente de la CIA, está metida en esto —confirmó Slade.

Él frunció el ceño.

—Eso dijo Hassan. ¿La habéis encontrado?

—Estaba en la mansión —dijo Ian.

—No la he visto.

—Estabas hablando con Hassan. Pero, de repente se ha ido.

—Ian nos ha avisado, y Killian y Dan han ido tras ella —aclaró Slade.

—¿Y?

Slade se dejó caer en una silla y dejó el teléfono vía satélite sobre la mesa.

—No puede haber una exagente metida en esto; tendremos que sacarla y llevarla a Estados Unidos.

Ian, que aún permanecía de pie, abrió el pequeño frigorífico y sacó una botella de agua.

—¿Por qué estáis tan seguros de que está metida en esto?

—Porque vive con Alexey Kalof, el gilipollas en el que el tarado de Garris deposita toda su confianza para hacer el trabajo sucio —explicó Elijah sin paños calientes.

—Mierda —dijo Matt.

—Sí, tenía la esperanza de que simplemente hubiera muerto en la explosión del hotel y no hubiera sido identificada...

—Eso es imposible —declaró Jacob cortando a Aylan—. Nos hubiéramos enterado de que había un cadáver sin identificar. Figuraría en el expediente.

—Killian y Dan, ¿siguen allí? —Michael empezó a quitarse la chaqueta del traje.

—Están volviendo. De todas formas, tenemos que ocuparnos primero de la transacción.

—Bien, voy a ducharme.

Entró en el baño dejando a todos a la espera de que sus compañeros volvieran. Era extraño, pero necesitaba purificarse, era la primera vez que trataba directamente con individuos de esa clase, siempre había sido otro el infiltrado, Ian o Tavalas. Sus encubrimientos siempre habían sido con tipejos de poca monta.

Cuando salió, dejó que el pelo se le secara al natural, estaba hasta las narices de llevar gomina, le parecía una soberana estupidez. Se puso unos vaqueros gastados y una camiseta negra.

Lo primero que vio al salir fue a Slade mirando unas fotografías.

—Sí, el programa de reconocimiento facial la identifica como Elizabeth Bening —estaba diciendo el capitán.

—Joder, vamos a tener que sacarla del país —dijo Killian frunciendo el ceño.

—Es muy guapa, en la otra fotografía no se apreciaba bien —añadió Wyatt.

—Sí, lo es —concedió Dan—. Parece nacida aquí.

—Eso parece. Pero nació en Estados Unidos, según el informe —contestó Pam.

Michael se acercó echándose el pelo hacia atrás y miró la pantalla del móvil de Killian. Cuando sus ojos conectaron con la imagen, sintió que su corazón se detenía y después arrancaba de nuevo a toda velocidad. ¿Qué cojones estaba haciendo ella en Tel Aviv? ¿Había traicionado a su país?

Estaba cambiada; los pómulos eran más altos, su rostro más anguloso y su pelo... ahora era más oscuro. Estaba más delgada y había perdido sus curvas, pero esa mirada marrón era inconfundible. La tenía grabada en su retina, y siempre sería así.

—No es más que una traidora. Le habrán pagado bien.

La voz de Killian le llegó de repente entre la bruma que se había instalado en su mente. Se giró y lo siguiente que vio fue a Killian en el suelo sangrando

por la nariz y preparándose para devolverle el golpe. Un lacerante dolor le atravesó el cráneo cuando su compañero lo inmovilizó contra el suelo.

—¿Qué coño te pasa?! —gritó el teniente sentado sobre su pecho sin dejarle apenas respirar.

—Michael, mírame —le pidió Doc.

Cerró los ojos e impulsó las caderas para quitarse de encima a Killian. Lo consiguió a medias, ya que los otros hombres lograron agarrarlo a tiempo.

—¡Mírame! —gritó de nuevo Jacob.

—Que te jodan, que os jodan a todos. —Estaba enfurecido.

¿Cómo se atrevían a hablar así de ella?

—¿Qué le pasa? —preguntó Pam.

—No lo sé, parece una reacción visceral. ¿Conoce a esa chica? —preguntó Aylan.

—Aparta. —Slade empujó a Killian por el hombro.

Slade lo cogió por la camiseta y lo puso en pie de un tirón. Se la soltó despacio, esperando su reacción.

—Conmigo, ahora —miró a Jacob—. Tú también vienes.

Logró mirar a su alrededor, los rostros de sus compañeros eran de furia contra él. Le importaba una mierda, se estaban confundiendo, llamando traidora a ...

—¿Y bien? —inquirió Slade.

Habían entrado en la habitación que ocupaba Ian y habían cerrado la puerta.

No contestó a la pregunta, a cambio, se sentó en el borde de la cama y empezó a ser consciente de lo que acababa de hacer. Joder, Killian no tenía la culpa.

—Ella nunca haría eso —murmuró.

—¿Quién es para ti? —preguntó Slade mientras Jacob lo observaba detenidamente.

—Joder, estoy bien, Doc —contestó al escrutinio al que lo estaba sometiendo su compañero.

—Contesta.

Se paseó por la habitación y apoyó una mano en la nuca antes de hablar.

—Es Eidel.

—¿Eidel? —preguntó Jacob.

—Sí.

Jacob levantó una ceja.

—Eso no es una explicación.

—¿Cómo voy a explicarte algo que ni yo mismo entiendo?! —estalló.

Slade se plantó delante de él.

—Es Elizabeth Bening. Por lo que parece, exagente de la CIA.

Levantó los brazos y cruzó los dedos detrás de la nuca mirando por la ventana.

—Es Eidel Hamo. De padre israelí y madre estadounidense —gruñó.

Tanto Slade como Jacob se miraron, pero guardaron silencio.

Estaba sudando, hecho una furia e intentaba calmarse.

—Ex Marine —continuó metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros para parar el temblor que las sacudía—. Entró en la agencia hará unos ocho años y vivimos juntos dos años antes de que le perdiera la pista.

Jacob fue el primero en asombrarse. Lo vio a través del reflejo del cristal.

—Lo siento, ni siquiera sabía que hubieras tenido una pareja durante dos años. ¿Y qué hace aquí?

Se giró y encaró al doctor.

—¿Tengo cara de saberlo? —inquirió frustrado—. Pero, lo que sí puedo asegurar es que ella no es una traidora.

—Eidel, ahora reconozco el nombre. —Slade estaba tirando de su memoria.

Claro que lo reconocía, vivía con ella cuando empezó a trabajar para él. Y Michael también le había contado lo de su separación. Punto, nadie más sabía de esa relación. La había enviado al fondo de su mente y Dios sabía que había intentado de todo para olvidar a Eidel.

Salía con otras mujeres e incluso había dejado de pensar en ella cuando conoció a Theresa. Pero en su destino estaba no poder hacerlo, visto lo visto. Al contrario, el deseo se había despertado de nuevo por una maldita fotografía. La había amado tanto que le dolía físicamente. ¿Por qué se había cruzado en su camino de nuevo? ¿Cómo iba a digerir que ella pudiera haber cruzado la línea y pasarse al bando contrario?

No, eso no era cierto.

—Michael, ahora no puedes abandonar. Trataremos de hacértelo más fácil, pero esta misión tiene que salir bien.

Slade había cambiado su expresión a una de compasión. Y por alguna razón, eso lo estaba cabreando.

—No voy a abandonar, ¿de dónde sacas esa idea?

—Ta vez, porque acabas de golpear a uno de tus compañeros.

Joder, eso era cierto.

—Eres inestable ahora mismo —añadió Jacob.

—¿En serio?! —bramó levantando los brazos al aire y dejándolos caer a los costados.

—Necesito estar solo, dadme unos minutos —pidió recomponiéndose.

Slade le puso una mano en el hombro.

—Te los voy a dar porque realmente lo necesitas, espero que te centres. De haber sabido quién era ella, esto no habría llegado tan lejos. Pero ahora te conocen, Michael. No puedo sustituirte.

—Lo sé. No hay problema. Llevaré adelante mi tapadera, no te defraudaré.

—No me refería a eso...

Le dio la espalda.

—Enseguida salgo —acotó.

La puerta se cerró a su espalda y volvió a centrarse en la imagen de la ciudad a sus pies.

La vida que llevaban él y Eidel se había truncado para siempre el día que ella decidió dejarlo todo atrás, incluso a él, para embarcarse en una misión en China. Dos putos años que él hubiera querido esperar. Pero que ella no aceptó, ni siquiera después de regresar a Estados Unidos.

Se sentía como si estuviera viviendo en una realidad alternativa, como si ella nunca hubiera existido, pero pudiera verla desde la distancia. Como si en su interior supiera que ella estaba allí, en algún lugar cercano, aunque inalcanzable.

No podía decir en qué momento sus almas se habían desconectado. Volver a saber de ella lo había excitado y cabreado a partes iguales.

Alguien golpeó la puerta. Solo había pedido unos minutos, sí. ¿Acaso sus compañeros los estaban contando?

Maldita sea.

—Adelante. —Seguramente era Ian. Al fin y al cabo, estaba ocupando su habitación.

—¿Qué hay, idiota?

Esa era la voz de Killian. Cuando lo miró, casi suelta una carcajada; llevaba dos apósitos sobre el puente de la nariz en forma de cruz.

—Bonita configuración —soltó a desgana.

—No me la has roto, si hubiera pasado, ahora no tendrías huevos —dijo mientras se sentaba en el borde del colchón, a los pies de la cama —. Slade nos ha contado que la conoces.

No contestó, estaba harto de que esos cotillas quisieran entrar en detalles sobre su vida.

—Oye, me has golpeado sin razón alguna. Me debes una explicación seguida de una disculpa. Le he jurado al jefe que no te haría papilla en esta habitación.

Levantó una ceja, ¿hacerle papilla?

—No me obligues —amenazó el teniente.

—Tú y ¿cuántos más me vais a hacer papilla? —lo retó. Aunque todo era un teatro, decidió seguirle la corriente.

—Está bien, tal vez necesitaría algo de ayuda. Propongo a Matt.

Compuso una sonrisa torcida.

—Dejemos lo del vapuleo para otro momento. Ahora, háblame de Elizabeth Bening.

Volvió a darle la espalda. La luz de la luna lanzaba destellos plateados sobre los edificios que rodeaban el hotel y los coches que circulaban cerca de la playa hacían un barrido hacia el mar cuando giraban en las intersecciones.

—No se llama así —le corrigió.

—Lo sé. Slade, se ha negado a dar detalles. Pero como pienso ayudarte, a pesar de que no has sido demasiado cariñoso conmigo, necesito saber la historia de tu vida.

—No hay mucho que contar. ¿Cómo piensas ayudarme? —Seguía sin mirarlo.

Killian se levantó de la cama y se puso a su lado mirando también al exterior.

—Ya llegaremos a eso. Tu reacción ha sido desmesurada.

—Lo siento. —Y de verdad lo hacía.

—Eso iba después de la explicación, pero ya que te has adelantado... estás perdonado. Aunque a Slade no creo que lo convenzas tan rápido. Se la va a guardar y pagarás por ello.

Los dos sonrieron sin mirarse. Eso lo tenía muy claro. El capitán no pasaría por alto el encontronazo.

—Fuimos pareja durante unos años, los dos últimos, compartimos

apartamento —comenzó a explicar—. Ella ya había entrado en la agencia y le propusieron una misión de espionaje en China, debía estar un tiempo allí. Tenía que ganarse la confianza de un diplomático de aquel país.

—Adivino que no fuiste con ella.

—No me lo propuso y no podía dejar mi trabajo, ¿qué coño iba a hacer yo en China? ¿Esperar todos los días a que pudiera ir a visitarme? Le sugerí viajar de vez en cuando para verla, pero me dijo que eso no era viable, debía mantener una apariencia de mujer solitaria, que solo estaba allí por trabajo y disponible en cualquier momento. Me conformé con hablar con ella por teléfono, me daba igual el cambio horario. Hablábamos durante unos diez minutos a cualquier hora. Pero a los quince días hizo su última llamada y perdimos el contacto.

—¿Y no supiste nada más de ella?

—Cortó su relación conmigo.

—¿Por teléfono?

—Sí.

—Joder.

Sí, eso mismo soltó él gritando cuando la comunicación se cortó de manera abrupta. Nunca le dio una explicación, ni siquiera cuando ella volvió y logró encontrarla en Montana, en la cabaña que habían compartido.

La tristeza en los ojos de Eidel le había dejado impactado. Algo había pasado en China, algo que ella se había negado a explicarle y se había limitado a echarlo de su casa. Volvió a Nueva York destrozado y sin entender las razones de su negativa a volver a empezar desde cero, tal como él le había propuesto en una maniobra desesperada.

Nunca había dejado de amarla, pero ahora sabía que parte de ese amor se había convertido en resentimiento. Aún deseaba hablar con ella, sacarse de encima la culpa. Algo había hecho mal y no sabía qué podía haber sido. Aquel día terminó fragmentado, su vida entera se había fragmentado y vuelto a recomponer con los años.

Capítulo 8

—Quiero verla, hablar con ella. Tú sabes dónde está. —No quería suplicar, pero lo haría si fuera necesario.

Killian sonrió.

—Creí que nunca me lo preguntarías —soltó sorprendiéndolo.

Se puso de lado y se apoyó en el cristal cruzando los brazos.

—¿A qué estás jugando, Phoenix?

Killian no lo miró.

—Una vez me volvió loco una mujer. De hecho, aún lo hace. Y he terminado viviendo con ella y siendo padre. Soy jodidamente feliz, ¿por qué no iba a querer eso para ti? Intuí que esa chica era importante. —Se rascó la barbilla, pensativo—. Aunque lo tienes mal con ella. Puede terminar en una prisión federal por sus actos, sean los que sean. No ha dado señales de vida y para la CIA será una traidora. Y a riesgo de terminar a hostias contigo... otra vez, te diré que yo también lo creo.

Killian era un capullo en toda regla.

—Eidel no es una traidora —masculló con los dientes apretados.

—Eso vas a tener que comprobarlo. Las personas cambian y toman decisiones equivocadas, Michael. Y ahí entra en juego mi ofrecimiento de ayuda desinteresada y la razón por la que Slade se hará un bonito collar con mis intestinos.

Michael entrecerró los ojos.

—Lo extraño es que no lo haya hecho ya.

—Es cuestión de tiempo, soy consciente.

—¿Y qué propones, teniente?

Killian volvió a sentarse en la cama y él cogió la única silla que había en la habitación y también tomó asiento apoyando los codos en las piernas y haciendo un puño con las manos.

—Primero tengo que ponerte en antecedentes, y sé que te vas a cabrear.

—¿Más? Lo dudo.

Killian sonrió.

—Ponme a prueba.

Michael dejó ir un bufido.

—Suéltalo. —Pero de repente cayó en la cuenta y se levantó como si la silla tuviera un resorte—. Vive con el ruso, ¿verdad? De eso hablabais.

Lo había oído al entrar en la habitación junto a Ian y Matt.

—El hombre, con el que parece que mantiene una relación, estaba en esa habitación en la que hoy has mantenido esa reunión.

Se envaró en la silla.

—¿Ese ruso?

No podía ser, ese tío era peligroso incluso para él, estaba seguro de que Eidel no se acercaría a un tipo así ni por equivocación. A no ser... que estuviera interesada en algo. Pero ¿hasta el punto de mantener una relación?

—Sí, el hombre de confianza de Garris. Alexey Kalof.

La imagen del hombre, que Garris le presentó como su mano derecha, acudió a su mente. Era un tío alto y corpulento; su mirada gris era directa, aunque no inspiraba confianza alguna y no perdía detalle de lo que veía, a él lo había diseccionado punto por punto. Su jefe lo había mostrado con orgullo, como si tener a ese ruso cerca le garantizase la supervivencia en el sector de los *jodevidas*.

—¿Cómo lo sabéis?

—Me he colado en su casa y si repites esto lo negaré todo. Dan se ha quedado fuera, pero en cuanto hemos sabido que se trataba de la exagente, no he podido evitarlo.

—¿Que te has colado? Te la has jugado, teniente.

Killian se encogió de hombros.

—Ella se ha metido en la ducha, se había manchado con un cóctel según ha contado Ian. Tenía a un tipo esperándola en la puerta y he entrado por una de las ventanas traseras. El armario estaba lleno de ropa de hombre, pero lo que me lo ha confirmado ha sido una fotografía en la que están los dos en una actitud bastante cariñosa. También había la foto de un niño pequeño.

Que la había perdido, hacía tiempo ya lo sabía, pero constatar que estaba en una relación lo estaba matando.

—Lo siento, Michael.

Sintió como su estómago se retorció y enviaba bilis a su garganta.

—Así es la puta vida —acertó a decir—. A pesar de todo, quiero hablar con ella. Por lo que tuvimos una vez, no me descubrirá. Tampoco le voy a dar

información alguna. Si quiere creer que soy un maldito comprador de documentos confidenciales o armas peligrosas, que lo piense. Pero, sería una baza a nuestro favor saber hasta qué punto está ella involucrada en las actividades de Garris.

Killian se levantó de la cama.

—Yo he pensado lo mismo, pero no creo que el jefe esté de acuerdo.

—No vas a jugártela por mí. Voy a hablar con él.

—¿Estás seguro?

—Sí —determinó saliendo de la habitación.

Todos se giraron a mirarlo y después sus ojos se centraron en Killian. No, no se habían vuelto a tocar y apostaba a que eso era lo que temían.

—Siento el espectáculo —dijo con rapidez y sin esperar que lo demás entendieran nada—. Jefe, tengo una sugerencia.

—Habla —masculló el capitán nada contento con la situación.

En ese momento empezó a vislumbrar lo descabellado de la situación que iba a proponer.

—Ella hablará conmigo —dijo para empezar.

—¿Y en qué mundo paralelo piensas hablar con ella? —preguntó Slade seco.

—Voy a ir a su casa.

—No —objetó el capitán, impávido.

Mierda.

—Viví con Eidel...

—¿Eidel? —preguntó Wyatt.

—Elizabeth Bening —se corrigió—. Fuimos pareja durante algunos años.

Muchos ojos se abrieron sorprendidos y él miró al capitán levantando una ceja inquisitiva.

—No, Michael. Ellos no saben nada, no es mi trabajo explicar tu vida anterior.

—Entonces, ¿la conoces? —presionó Pam.

—Sí, y no creo que sea una traidora...

Elijah se levantó del sillón.

—Tiene muchas papeletas para que así sea.

Entendía la reticencia de sus compañeros, y sabía que debería compartirla. Pero no lo sentía así.

—Lo sé. —Se rascó la nuca—. Miradlo de este modo; si consigo hablar

con ella sabremos a qué atenernos.

Matt carraspeó.

—Michael, no te cabrees por lo que estoy a punto de decir, pero ¿qué te hace pensar que confiará en ti? Hace tiempo que no...

Michael se envaró.

—No sabes nada de nuestra relación. Y la conozco demasiado bien.

—No. —La negativa de Slade lo frustró de nuevo.

—Jefe, escúchalo —Slade entrecerró los ojos hacia Killian, que era el que había hablado—. No es tan descabellado, nos puede dar ventaja.

—No nos descubriremos —contestó brusco.

—Y no lo haremos —apoyó Dan—. Podemos cubrirlo.

—Algunos podemos controlar al ruso. Se supone que sigue en la fiesta, no creo que abandone a ese baboso de su jefe —añadió Pam.

El capitán frunció el ceño.

—¿Os habéis puesto de acuerdo? —preguntó gruñendo.

Algunos se removieron en sus asientos.

—Es la maldita mujer de Michael. Debemos ayudar —explicó Elijah.

Michael levantó una ceja.

—Está claro que ya no lo es.

—Pues Theresa tampoco —soltó Ian.

—Que te jodan —contestó Michael a la defensiva.

Slade se llevó los dedos a las sienes.

—Esto parece un jodido consultorio sentimental —dijo haciéndolos reír, aunque a Michael no le hizo ninguna gracia.

El capitán se acercó a la ventana pensativo mientras todos guardaban silencio, expectantes. Parecía estar valorando los pros y los contras.

—Está bien —dijo al fin.

Michael soltó el aire que estaba reteniendo.

—Phoenix, tú irás con él. Dan, Elijah y Matt, montaréis guardia alrededor de la casa, si hay problemas lo sacaréis de ahí, quiera él o no —enfaticó.

—Eh...

—Ya me has oído, Michael. Lo tomas o lo dejas —lo cortó.

Joder, si ella reaccionaba mal, para sus compañeros, eso serían problemas. Quería ir solo.

Asintió, más valía eso que nada.

—Ian, Pam y yo vigilaremos los pasos del ruso, rondaremos la mansión

de Garris. Quiero comunicación continua —lo señaló con el dedo—. No hace falta que te diga que no puedes hablar de la operación. Me da igual la imagen que se haga de ti.

—No pensaba hacerlo.

—Ten la mente abierta, ella puede no ser la misma de antes.

—Eso lo tengo claro.

—Perfecto. Andando. Aylan, ocúpate de las cámaras de seguridad del edificio.

Michael cogió su arma y salió por delante de sus compañeros; aunque buscaron una salida alternativa, no podían salir por la puerta principal del hotel. La cocina le pareció una buena opción, a esas horas estaba cerrada.

Para cuando llegaron al piso que ocupaba Eidel, ella estaba saliendo por la puerta acompañada de un hombre. Soltó todas las maldiciones mentales que se le ocurrieron.

—¿Lo interceptamos? —preguntó Elijah mientras él admiraba a la mujer que veía a unos veinte metros.

Sí, era ella. Aunque había visto las fotos, verla al natural se lo acababa de confirmar. Esos labios, que él había besado tantas veces, eran inconfundibles. Su manera de caminar, incluso de tocarse el pelo.

Ella no sonreía, más bien parecía pensativa.

Efectivamente, estaba muy delgada. El vestido que llevaba dejaba sus hombros al descubierto y los huesos de las clavículas se marcaban demasiado. No le estaba gustando nada lo que eso podía significar y estaba decidido a averiguarlo pronto.

—No —contestó el teniente—. Puede dar la voz de alarma.

—Está a punto de subir a ese coche, voy a salir —avisó abriendo la puerta del vehículo en el que estaban. Ahora ya estaba aquí, no se daría la vuelta y volvería al hotel.

—No, déjame a mí. —Killian bajó y se acercó a él—. Tú métete en el portal mientras yo los entretengo. Haz lo que puedas para que ella te vea.

Killian salió ajustándose la cazadora para que no vieran las armas que escondía. Cruzó la calle y salió por una esquina.

—Disculpe.

Ella ya se había sentado en el asiento del copiloto. Y el guardaespaldas cerró la puerta para dar la vuelta y conducir; no hizo caso a Killian.

—Por favor, señor —insistió el teniente, que fue con mucho cuidado de

no dirigirse a ella en ningún momento, eso podría cabrear al hombre.

El que parecía ser un guardaespaldas se detuvo y lo miró cauto.

—No logro encontrar un taxi y no sé cómo volver a mi hotel, ¿me podría situar en el GPS? —preguntó mostrando la pantalla de su propio móvil—. Soy un negado para las nuevas tecnologías.

—Lo siento, tenemos prisa —contestó con un acento muy marcado.

—Oiga, es tarde. Solo quiero encontrarlo, darme una ducha y descansar. Esta maldita ciudad es enorme.

Michael se agachó por el otro lado del coche y le hizo una señal a una alucinada Eidel, después se metió en el portal y se ocultó entre las sombras.

«Reacciona, nena», la animó mentalmente. Si no salía bien y ella lo descubría, tendrían que dar muchas explicaciones a Slade. Sobre todo, porque cierto acompañante terminaría encerrado en su propio maletero.

—Me he dejado algo —dijo ella de repente a su guardián—, enseguida vuelvo.

—Espere, la acompaño —dijo él dejando a Killian con la palabra en la boca.

—Es un momento, Dominik, atiende a ese pobre hombre, parece muy perdido.

—Gracias, señora. Es usted muy amable —dijo Killian haciendo una exagerada reverencia.

Dominik pareció dudar, pero cuando vio que ella entraba de nuevo en el edificio volvió a mirar a Killian. Le quitó el teléfono y le preguntó el nombre del hotel.

—Ahí está el problema. No me acuerdo. ¿Cree que si le describo la calle sabrá de cuál le hablo?

Michael ya no oyó nada más, Eidel había dejado la puerta entornada y cuando Killian señaló algo en la pantalla captando toda la atención del tal Dominik, cambió de posición para acercarse al ascensor. Imaginaba que Aylan estaría atento a las cámaras de seguridad.

—Eidel —agarró su muñeca cuando pasó por su lado.

—No me llames así —contestó tirando de su mano—, vamos.

Subió al ascensor con él pegado a su espalda.

—No pareces muy sorprendida de verme —dijo plantándose ante su rostro.

—Eso es porque no lo estoy.

Capítulo 9

—¿Debería decírselo? —preguntó Thomas con aire culpable.

—No.

—Sí.

—Sí.

Contestaron las tres mujeres al mismo tiempo. Thomas resopló.

—A ver si os aclaráis.

Sarah, Sue y Eva se miraron entre sí.

—No le digas eso a Matt, al menos no de la manera en que nos lo has expuesto a nosotras —aconsejó Sue.

—«No me gustan los niños y no quiero tener uno en casa», es bastante directo y no da pie a equivocaciones —argumentó Eva—. ¿Para qué ir con medias tintas?

—Estoy de acuerdo —añadió Sarah.

—Vaya dos.

Sue las miró escandalizada.

—Podría regalarte una. —Eva se señaló el vientre—. Pero creo que Brad no estará de acuerdo.

Thomas se echó a reír.

—Tu instinto maternal sigue perdido, ¿eh? —soltó Sarah.

—No, lo he desarrollado, pero me temo que va lento.

—Quieres a esas niñas —afirmó Sue.

—Sí, pero ¡son dos! —exclamó antes de beber de su granizado de limón.

—¿Y? —preguntó Sue.

—Siguen siendo demasiadas niñas.

Sabían que estaba bromeando, Sue la conocía demasiado bien y toda esa cháchara era para ocultar el verdadero pánico que sentía.

—¿Llevas dos niñas? —preguntó Thomas.

—Eso dice —contestó Sue—. Aún no lo ha confirmado ningún médico.

—Son dos niñas, punto.

Mejor no llevarle la contraria, debieron pensar los otros tres, ya que

dejaron correr el asunto.

—Nunca hubiera imaginado que Matt quisiera ser padre —soltó Thomas de vuelta a la conversación.

—Y a ti te dan grima los niños —aseguró Eva.

—No es eso...

Thomas se levantó y se apoyó en la baranda que delimitaba la zona de la cafetería con el resto del centro comercial. Algunas mujeres lo miraron de forma apreciativa. No era para menos; se mantenía en forma debido a su trabajo de monitor de gimnasio o *personal trainer*, como a él le gustaba definirse, y vestía con unos vaqueros ajustados y una camiseta gris que ensalzaba todos sus músculos.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Sue.

—No quiero perder lo que tenemos ahora. Nuestro tiempo juntos es escaso y tendré que compartirlo con un crío. Sé que eso es egoísta...

—No, no lo es. Pero encontraréis la manera de distribuir ese tiempo. Todos lo hacemos.

Thomas se giró y apoyó el trasero en la baranda cruzando los brazos sobre su pecho.

—No entiendo cómo lo haces tú con tanta criatura a vuestro alrededor.

—Los niños no son un estorbo, Thomas —defendió Sue mirándolo con el ceño fruncido.

—Oh, sí que lo son. Tengo la imagen de mí misma con una camisa de fuerza dejándome los cuernos en una habitación de paredes acolchadas —soltó Eva con su habitual desparpajo.

Sarah se carcajeó.

—Yo también te veo así, pero debes reconocer que no te hacen falta hijos para eso —declaró riéndose aún más.

—Muy graciosa, nena —refunfuñó Eva.

—Lo tuyo no tiene remedio, Eva. Lo mío sí —argumentó Thomas.

—Necesitas hablar largo y tendido con Matt, llegareis a un acuerdo, estoy segura —animó Sue.

—Yo no lo estaría tanto —murmuró él.

—¡Tío Thomas! —gritó Manuelita—. Vamos a por algodón de azúcar.

Todos miraron a la niña alucinados, lo cierto es que aún los sorprendía cuando veían sus avances en cuanto al lenguaje. Y pocas veces soltaba una frase tan larga.

—¡Asucar! —secundó Alexia que estaba sentada en su sillita.

—Ya sabes, tío Thomas, a cumplir —se carcajeó Eva.

—Aplicáte el cuento —refunfuñó Thomas, señalando su vientre con una mano y tomando la manita de Manuelita con la otra.

—Sé que voy a morir joven, no superaré criar a dos criaturas —declaró dramática.

—Recuérdame que ponga eso en tu epitafio —dijo él socarrón.

Eva frunció el ceño.

—No infravalores a una mujer embarazada, aun puedo darte una buena patada en...

—¡Eva! —gritó Sue mirando a la niña.

—... las bolas —terminó Eva.

—Testículos —corrigió Manuelita.

—Vaya, y tu madre preocupada —se rio Sarah.

—Yo también, en los testículos —soltó la pequeña orgullosa.

Sue se envaró.

—¿Has dado una patada a un niño en... sus partes? ¿Por qué?

—Me molesta siempre.

—Pues, bien hecho, cielo. Que sepa quién manda en tu clase.

—Eva, no alientes a la niña a ir dejando estériles a los niños —se quejó Sue.

—¿Qué es «estériles»? —La voz infantil llegó a todos alta y clara.

Thomas se carcajeó.

—Esto se pone interesante.

Sue se levantó de su silla y cogiendo las manos de su hija se agachó para estar a su altura.

—Puedes hacerle mucho daño a un niño. Y cuando sea mayor, tal vez, no pueda tener hijos. Eso es ser estéril.

—Conmovedor —se burló Eva en voz baja.

—Es muy feo —argumentó Manuelita.

—No es razón para darle una patada.

—Así no tendrá hijos feos —se defendió la pequeña con una lógica aplastante.

Eva ya se estaba desternillando cuando Thomas y Sarah se unieron a ella.

—Aun así... —Estaba claro que a Sue se le estaban acabando los argumentos.

—Vamos a por ese algodón, cariño. Tu madre necesita un descanso.

—¿Estás cansada? —preguntó la pequeña preocupada.

—No, no, cielo. Ve con tío Thomas.

Mientras se marchaban Sue se sentó de nuevo.

—Tranquila, Sue, lo has intentado.

—Eva, cierra la boca —masculló irritada.

Sarah se rio en ese momento, pero ante la mirada elocuente de Sue se calló de golpe.

—Está bien. Pero la conversación ha tenido su punto gracioso —dejó caer sonriendo aún.

Jaxon se acercó a Sarah y le dijo algo cerca del oído. Su mirada se perdió entre la gente y después le dedicó una bonita sonrisa al que ya consideraba su hijo, aunque en realidad fuera hijo de Aylan y de su exmujer.

—De acuerdo. Pero después de la película avísame, nos encontraremos aquí.

Sacó dinero del bolso y de lo dio.

—Gracias, Sarah. —Besó su mejilla—. Hasta luego —se despidió de las otras mujeres.

Lo observaron mientras corría hacia la entrada del cine. Un grupo de adolescentes lo recibieron contentos; había chicos y chicas de entre doce y catorce años.

—Ya habían quedado a través de WhatsApp, como cambian los tiempos —declaró Sarah.

—Hablas como mi madre —dijo Sue sin apartar la vista del grupo.

—La tecnología vuela, nena —aportó Eva.

—Pareéis un grupo de abuelas —se mofó Thomas, que ya había vuelto con varios dulces aparte de los algodones de azúcar para los niños.

—Chicos, lo voy a hacer —comentó Sue, enigmática.

Los tres la miraron.

—Hacer, ¿qué? —preguntó Thomas.

—Abrir mi propio estudio de arquitectura. Ya he mirado un local en la avenida Columbus.

Ya les había hablado anteriormente del asunto, pero ahora parecía decidida.

Thomas silbó.

—Esos locales son caros.

—No, si el propietario está desesperado por alquilar —contestó guiñándole un ojo.

—Chica lista.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Eva arrugando la frente.

—Contaba contigo.

—No me has preguntado...

—Iba a hacerlo cuando has decidido que era mejor estar pendiente de tu ombligo.

Eva se removió en su silla.

—¿Por eso me has llamado esta mañana?

—Sí, pero no me has dejado hablar.

—Estaba cabreada —se excusó Eva.

—Sí, con tu «maldita vida de embarazada». Tus palabras, no las mías.

Sarah y Thomas sonrieron.

—Me estoy pasando, lo pillo —admitió Eva.

Sue suavizó el semblante.

—Cielo, te lo estás tomando muy a pecho. Hazte a la idea, sabes que te ayudaremos con los niños. Y si nos embarcamos en este proyecto, intentaremos conciliar nuestros trabajos con nuestras vidas familiares. Te estás agobiando.

Eva no dijo nada mirándose las manos enlazadas en el regazo.

—Ánimo, Eva. Sabemos que intentas ocultarlo. Pero, como dice Sue, estamos aquí para ti.

—Gracias.

Sue cogió una de sus manos.

—¿Te apetece ir a ver el local? Necesito tu opinión.

—¿Lo sabe Slade? —preguntó Eva.

—Aun no. Aunque no creo que eso suponga...

—¿Lo voy a ver antes que él? —la cortó feliz.

—Sí.

Eva se levantó.

—Vamos, va a ser divertido decirle que yo ya lo he visto.

Sue rodó los ojos.

—Si eso te hace feliz...

Todos se encaminaron hacia la salida. Eran las tres de la tarde y ya habían

almorzado, así que, como los niños no tenían clase, no había ningún problema en cruzar la isla de Manhattan. Después volverían a por Jaxon.

—No puedo ir hoy. —Thomas besó las mejillas de todas—. Tengo que abrir el gimnasio. Me alegro, Sue.

—Gracias. Otro día lo verás.

Se repartieron en dos coches, Sarah siguió en el suyo al de Sue. Con tantas sillitas para niños no cabían en un solo vehículo.

Capítulo 10

Michael miró a Eidel a los ojos. Realmente él no significaba nada para ella o era muy buena actriz. Pero no mostraba ningún signo de perturbación, cuando él estaba a punto de saltar sobre ella y besarla hasta que reaccionara ante su toque.

—Eidel...

—Elizabeth —lo corrigió.

—Y una mierda —gruñó.

—Haz lo que quieras...

Perfecto, se mostraba distante.

—¿Qué haces metida en esto?

—Podría preguntarte lo mismo, pero me temo que ya lo sé.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella salió primero. Mientras caminaba, repasó su figura, seguía siendo atractiva, aunque seguía cabreado porque hubiera perdido sus curvas. Una opinión que pensaba guardarse para sí mismo.

—Pasa, no tenemos mucho tiempo.

Marcó un número en su teléfono y habló con el hombre que la esperaba abajo.

—Tengo que hacer una llamada, tardaré un poco.

Cuando colgó se encaminó a la cocina. Él se dedicó a mirar las fotografías que estaban repartidas en una estantería. Ella estaba con ese tipo ruso, efectivamente. Llamó su atención la fotografía de un niño de unos dos años, tal vez más pequeño, de ojos marrones como los de su madre, de hecho, era idéntico a ella, que la abrazaba por el cuello mientras Eidel permanecía agachada. En esa imagen aparecía feliz, con esa sonrisa que un día lo enamoró.

Cuando Eidel volvió con una cerveza para él, se sorprendió. A pesar de que miraba las fotografías, había estado pendiente por si la oía hablar con alguien. Ella aún podía traicionarlo.

—Zani.

No la corrigió, le gustaba oír su verdadero nombre en sus labios.

—¿Quién es? —preguntó señalando la fotografía del niño.

—Mi hijo.

Y eso dolió. Joder, si dolió. Nunca habían tenido la oportunidad de hablar siquiera de tener hijos cuando vivían juntos.

—Eres madre...

Se giró para mirarla y ella le dio la cerveza. Sus dedos se rozaron y pudo sentir exactamente la misma chispa que un día lo asaltó tiempo atrás.

—Retira la oferta —dijo ella en vez de contestar.

—No.

Ella se llevó una mano a la frente y soltó el aire.

—Es peligroso...

—Lo sé.

—¿Ahora te dedicas a esto? ¿O estás dando la cara por alguien? Si es así, no vale la pena. Terminarás muerto.

Sus palabras fueron tan frías que frunció el ceño.

—Eso sería una verdadera putada.

—Te estoy hablando en serio.

—Antes te he preguntado...

—Esta es mi vida ahora. Y tú no estás en ella —lo cortó.

Sus ojos se encontraron, en los de ella había una mezcla de sentimientos encontrados que no lograba descifrar. Bien podía ser tristeza, pero también determinación, rabia e incluso condescendencia.

—¿Sabes? —Dejó la botella sobre la estantería, delante de la imagen en la que estaba abrazada al ruso y caminó hacia ella, obligándola a retroceder —. Una vez, alguien me dijo que yo era su vida.

Cuando ella topó con la pared a su espalda cogió su barbilla.

—Era una chica preciosa a la que no le importaba mostrar sus sentimientos, a la que quise más que a nada en este maldito mundo. La misma que me echó de su lado sin importarle lo mucho que la amaba.

Sus ojos recorrieron su rostro, los de ella lo escrutaban de la misma manera. Hasta que uno terminó mirando los labios del otro. Y no pudo reprimirse. Capturó su boca y coló la lengua buscando la suya. Para su sorpresa, Eidel respondió con la misma pasión. Sabía que lo había echado de menos, lo mismo que él a ella.

Fue Michael el que cortó el beso y se separó de ella. Las ganas

incontrolables de subirle el vestido hasta las caderas y embestirla allí mismo lo estaban machacando, pero la parte de su cerebro que aún tenía pensamientos coherentes ganó la partida.

—¿En qué te has convertido, Elizabeth? —remarcó su nombre teñido de sarcasmo.

—En lo que he elegido.

—¿La puta de un ruso?

Lo vio venir y aun así no se apartó cuando la mano de Eidel se estrelló en su cara.

—Vete de mi casa, imbécil.

—Lo haré con mucho gusto..., en cuanto me asegure de que convences a ese tarado de tu novio para que me elija como comprador.

El rostro le escocía, pero no le dio el gusto de saberlo.

—Solo compran terroristas...

—Como tú, también me he convertido en lo que he querido.

—¿A qué te dedicas ahora, Zani?

—A comprar juguetes caros, creí que lo tenías claro.

Ella levantó una ceja.

—¿Por qué debería ayudarte?

Estaba seguro de que estaba dejando que ella viera una sonrisa tan carente de alegría como su propia frialdad.

—Porque me lo debes.

—Vaya, parece que te dejé hecho polvo. —Simuló reírse también.

La tirantez en el aire era tal que se podía cortar con un cuchillo.

—Eso es pasado. Me destrozaste, pero otras ocuparon tu lugar.

Una ráfaga de dolor cruzó su mirada e intentó ignorarla. Sabía que le hacía daño, pero no pensaba aflojar ni un poco. Ella estaba metida en este mundo de sádicos porque lo había elegido y no parecía necesitar de su ayuda para salir de él.

—Me alegro —fue hacia la puerta y la abrió—. Vete y búscate la vida, no te ayudaré en esto.

Pasó por delante de ella.

—Abandonaste la CIA y aun así parece que tienes conciencia. Solo te diré una cosa, mi socio te ha visto y si te reconoce, puede hablar. ¿Sabe tu ruso a lo que te dedicabas?

La vio palidecer al instante. No, el idiota no tenía ni idea.

—Tú no se lo permitirás —dijo muy segura de sí misma.

—Es un tarado al que le gusta disparar a todo lo que se mueve y odia a tu ruso —mintió sobre Killian. Bueno, no del todo; el teniente estaba tarado, de eso no había duda—. ¿Crees que no encontrará la manera de joderlo a través de ti?

Por fin, ella pareció vacilar.

—¿Dónde puedo encontrarte?

—En el Royal Beach, si vas a ir, que no te siga nadie. Y avísame antes.

Le dio su número de teléfono provisional y ella le cerró la puerta en las narices.

Bajó por las escaleras intentando calmarse, volverla a ver había sido demasiado. Y besarla..., los viejos recuerdos inundaron su mente.

Vivían en una bonita casa a las afueras de Helena en Montana, en la orilla izquierda del río Misuri con embarcadero propio y casi sin poder verse debido a sus distintas obligaciones, pero eran felices. Él era Marine y ella trabajaba en la agencia. El poco tiempo que pasaban juntos lo disfrutaban al máximo: se degustaban el uno al otro y hacían senderismo, un *hobby* que tenían en común.

Hasta que a ella la ascendieron y empezó a ausentarse del país tanto como él. Fue complicado, pero lo llevaron bien. Los problemas empezaron a surgir con el maldito viaje a China. Ella volvió cambiada, tanto que se convirtió en un témpano.

Y así fue como su relación pasó a ser historia. En aquellos días no dejó de beber como un cosaco.

Se asomó por una esquina antes de salir, el coche seguía aparcado en la puerta con el tipo dentro. Si salía lo vería y eso podía poner en peligro la operación. Sus huevos pendían de un hilo con respecto a Slade.

Mierda.

Miró a su alrededor, no parecía haber otra salida.

Un momento, si el edificio tenía *parking*... Se metió en el ascensor y tuvo suerte, apretó el botón de menos uno y descendió.

Media hora más tarde entraban de nuevo a su habitación del hotel. Solo estaban Slade, Ian y Matt.

—¿Y bien?

—Nos ayudará —dijo un poco más exultante de lo que se sentía.

Slade levantó una ceja.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Estás bien?

Decidió ser honesto.

—No.

El capitán apretó los labios, levantándose de la silla en la que estaba apoltronado.

—Lo estará —intercedió Killian.

—Dejadnos solos —ordenó Slade sin apartar la endurecida mirada de Michael.

Todos salieron del salón para meterse en una de las habitaciones de la *suite*.

—Dime que no la has cagado.

—No la he cagado. —Aunque no estaba muy seguro.

Slade se paseó por el salón.

—Quiero que conste que he accedido a esto porque sé la historia que hay detrás...

—Está acabada —se apresuró a aclarar.

El capitán se detuvo y lo miró unos segundos antes de hablar.

—Perfecto. ¿Qué has averiguado?

—No mucho —dijo dirigiéndose al mueble bar y sacando una botella pequeña de agua fría del pequeño frigorífico—. Ahora tiene un hijo, está con ese ruso y lo está por voluntad propia. Pero te puedo asegurar que no hablará de mí. He sabido que ella no le ha contado nada de su pasado en la CIA.

Slade volvió a sentarse.

—Lo cual la pone en un grave peligro.

—Que ella ha decidido correr.

—¿Y no te parece un poco extraño?

Claro que se lo parecía, pero ¿qué podía hacer al respecto? Sacarla a la fuerza podía poner en alerta a Garris.

—Bastante, pero ¿qué sé yo? Tal vez piensa que el amor todo lo perdona; que, si Alexey se entera, la protegerá de Garris.

El capitán soltó una carcajada áspera.

—¿Tan ingenua es? ¿O lo eres tú?

¿Qué?

—No soy ningún ingenuo. ¿Qué se supone que debo hacer? ¡Es su maldita vida!

Ese beso había sido correspondido y deseado, incluso había intuido un anhelo inusual en él. ¿O solo se lo había parecido debido a la desesperación por tocarla?

—Vamos a hablar en serio. —Slade dio una palmada firme sobre la mesa.

—¿No lo estamos haciendo?

—No.

Se sentó al otro lado de la mesa y miró la etiqueta de la botella.

—No soy idiota, jefe. Sé que ella está ahí por algo. No se arriesgaría a que la descubrieran; terminaría muerta en cualquier cuneta.

Slade asintió.

—Ahora nos entendemos.

—Lo he estado pensando, cuando terminemos con la misión me ocupare del asunto.

—¿Y qué pasará si la descubren antes?

Michael ya había valorado ese riesgo.

—Lleva ahí un tiempo...

—Pero has aparecido tú. Eso puede precipitar las cosas si no sabe actuar como si no te conociera.

—Lo sé, pero fue una buena agente y hoy me lo ha demostrado. No me ha dejado ver sus emociones, ni siquiera se ha sorprendido al verme.

—Eso es bueno —admitió el capitán—. Aun así, tenemos que averiguar para quién trabaja o si va por su cuenta. Que abandonase la agencia no es una buena señal. Y me consta que en la CIA siguen intentando echarle el guante, tal como os he explicado durante el viaje.

Michael cavilaba mientras bebía.

—¿Tenemos el informe completo sobre Elizabeth Bening?

—Sí. Pero, ante los últimos acontecimientos, deberíamos buscar a Eidel

....

—En eso estaba pensando. La agencia nos ha pasado un informe con su nombre falso. ¿No hubiera sido más lógico que nos hiciera llegar los datos con su verdadero nombre?

Slade asintió.

—Me pondré a ello. Aylan puede conseguirlo con ayuda de Killian.

Capítulo 11

Eidel se apoyó en la madera nada más cerrar la puerta; Zani la había besado y podría jurar que su cuerpo recordó, con una brillante nitidez, todas las veces que él la había hecho vibrar y encenderse. Sabía que él nunca comprendió la decisión que tuvo que tomar después de haber estado en China trabajando. Y debía admitir que había notado en su mirada el reproche. Sin embargo, se hubiera entregado a él de nuevo si Zani no hubiera cortado el beso. Debía de estar muy dolido y lo entendía.

¿Cómo había podido fallar de esa manera? Estaba entrenada, sus emociones sepultadas en el fondo de su alma, unas emociones que nunca permitía salir a flote. Y Zani solo tenía que tocarla para que ella tirara por la borda media vida de duro adiestramiento. Había sido capaz de acostarse con Alexey y fingir disfrutar del encuentro sexual, ahora dudaba que pudiera hacerlo con Zani en mente. No es que antes no pensara en él, pero había conseguido enterrarlo en un lugar muy profundo de su corazón.

Había terminado destruyendo su propia vida, aunque poco importaba ahora. De hecho, había sufrido demasiado. Tanto, que no se había dado cuenta siquiera de que se había centrado en un solo propósito, uno que no pensaba abandonar. Su equilibrio mental dependía de ello.

Fue hasta el baño y se arregló el maquillaje. No había sido consciente de las lágrimas que había derramado apoyada en la puerta.

Respiró hondo y se recompuso, echando mano de todo su autocontrol, para volver a bajar a la calle y enfrentarse a su conductor. Tenía que saber los movimientos de Lee Chan, si esta noche había acudido a la mansión de Garris, ella seguiría sus pasos. La paciencia que había tenido durante años acabaría dando sus frutos.

—¿Todo bien, señorita Elizabeth? —preguntó el hombre mientras abría la puerta trasera del coche.

Ahora llevaba un vestido negro con un escote muy pronunciado en la espalda.

—Sí, era una llamada urgente.

No le debía explicación alguna. Pero tampoco quería crear un misterio del que el hombre pudiera sospechar.

Para cuando volvió a entrar en la fiesta, la cosa ya se había desmadrado bastante. Buscó a Alexey, que imaginó que estaba en su despacho. Él no solía participar en las borracheras y orgías posteriores a las reuniones, no porque estuviera con ella, sino porque no le gustaban. Lo había observado mucho tiempo antes de que se convirtieran en pareja; nunca abandonaba los negocios, ni siquiera cuando todos estaban disfrutando de las fiestas que su jefe organizaba bastante a menudo. Tiempo atrás le dijo que alguien debía estar sobrio y que Garris no era un buen ejemplo.

La música retumbaba por todas partes cuando golpeó dos veces la puerta con los nudillos.

—¿Alexey?

—Adelante.

Entró y cerró la puerta tras de sí amortiguando un poco el sonido de la fiesta.

—Has tardado —dijo serio.

—Me he duchado, estaba pringosa. ¿Qué estás haciendo?

Esperaba que no insistiera más en el tema, porque tampoco le hablaría de ninguna llamada.

—Lo de siempre, buscando trapos sucios de nuestros posibles compradores. Ya sabes cómo es Garris.

Zani, él había sido Marine y automáticamente entraría en la categoría de sospechoso.

Fue a sentarse en su regazo, como hacía siempre, y se fijó en las cámaras de seguridad, buscaba a Lee Chan. Y sí, lo encontró en la barra con la mano metida bajo la falda de una rubia despampanante. Era vomitivo.

Ese hombre conseguía que su piel se erizara con su sola presencia. Y no de la mejor manera. Las ganas incontenibles de someterlo a tortura y, después de dejarlo desangrarse, dispararle entre los ojos, empezaban a ser apremiantes. Lee Chan era la peor escoria del universo, justo por delante de Garris.

—Deberías divertirte, Alexey.

—Si estás aquí conmigo, ya lo hago. —Su mano empezó a recorrer su muslo hasta llegar a la ingle por la abertura lateral del vestido.

La imagen del chino metiendo mano a la rubia de la misma manera le

vino a la cabeza y a duras penas pudo reprimir una arcada.

Se levantó de golpe.

—No nos quedemos aquí. Vamos a tomar una copa. A causa de mi torpeza, no he tenido ocasión de saborear mi cóctel.

Alexey la miró fijamente mientras ella se arreglaba el vestido.

—¿Pasa algo que deba saber? —preguntó él ladeando la cabeza y cruzando los dedos sobre su vientre mientras se reclinaba en su asiento.

Nunca discutía con Alexey, lo evitaba siempre que podía. Aunque nunca se había mostrado violento con ella, lo había visto en acción... y era cruel, muy cruel.

—Esta noche tengo ganas de oír música, tal vez bailar un poco.

—Estás... distinta.

—No, de verdad. Solo ha sido el hecho de tener que ir a casa a cambiarme, eso me ha molestado.

Él sonrió, aunque era una sonrisa fría.

—Bueno, supongo que a todo el mundo se le ha caído una copa alguna vez. Lo sorprendente de todo esto es que siempre estás tan controlada que es extraño que una copa se te haya escurrido entre los dedos.

Mierda. Alexey era tan observador como ella. Aunque aparentemente nada llamase su atención, parecía estar en todas partes y apreciar el más mínimo detalle. Era por eso que ella siempre tenía que andar con mil ojos en lo que a él respectaba.

—¿Controlada, yo? —soltó una carcajada que se parecía bastante a una espontánea y súbita.

Alexey se levantó y rodeó el escritorio acercándose a ella de manera lenta y calculada.

—A mí no me engañas. —Un dedo se deslizó desde su mandíbula hasta la unión de sus pechos—. Controlas tus emociones y todo lo que está a tu alrededor. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—No es cierto —dijo estirando los labios, ¿tan calada la tenía?

—Sí, lo es —Sus ojos buscaron su boca—. Haremos lo que tú quieras, bajaremos a bailar. Pero antes...

Sus fuertes manos la hicieron girarse contra la pared y él levantó su vestido con violencia. Tuvo que apoyarse para no caer.

—Nunca vuelvas a huir de mí —masculló cerca de su oído—, sea en mi sillón o contra la pared, te follaré siempre que quiera. ¿Lo has entendido?

Solo tenía que hacer unos cuantos movimientos para quitárselo de encima, pero consintió que le arrancara las bragas y la penetrara de golpe soltando un gruñido.

—Sí, lo he entendido.

No le dolía, pero tampoco lo estaba disfrutando, aun así, soltó algún suspiro mientras él empujaba en su interior sin ningún miramiento. Solía ser un poco bruto en la cama, pero lo de hoy era nuevo.

¿Zani había hablado con él? ¿Le había contado algo de su pasado? No, él no haría eso. Además, necesitaba su ayuda, ¿por qué iba a descubrirla entonces? ¿Venganza?

Alexey terminó con otro gruñido y apretó fuertemente sus caderas mientras se corría en su interior. Supuso, como siempre, que no tenía ninguna intención de preocuparse por su bienestar, de si ella lo había disfrutado o no.

Maldito fuera, esto se tenía que acabar. Dos años era demasiado tiempo.

Cuando bajaron al vestíbulo, la fiesta seguía en pleno apogeo y decidió esperar para vigilar a Chan. Bailó con Alexey y cuando sus manos rozaron sus caderas supo que al día siguiente tendría sendos cardenales.

En algún momento él tendría que ir a ver a Garris y ella tendría la oportunidad de hablar con Chan. Solo esperaba que Zani no volviese a aparecer por allí. Demasiados frentes abiertos la podían distraer y no estaba por la labor de atender las demandas de nadie más.

Lee Chan salió detrás de Alexey cuando éste fue a buscar a Garris, tirando así por tierra sus planes. El ruso había avisado a ese sicario y eso no podía ser bueno. Los siguió a cierta distancia y los vio entrar en la habitación contigua al despacho de su jefe.

Chan, igual que Alexey, trabajaba para el mismo hombre: Garris. Y que se reunieran en un lugar privado en vez de tomar una copa a la vista de todos, como hacían normalmente, la hizo sospechar.

—Todo hombre tiene algo por lo que luchar —decía Chan cuando ella llegó hasta la puerta.

Miró hacia un lado y hacia otro del pasillo, estaba desierto; aun así, debía andarse con ojo. Las cámaras de seguridad la habían visto acceder a las escaleras, así que no tenía más de cinco minutos. Ella solía ir a los baños superiores, no sería tan extraño que alguien la observara, pero no podía pasarse o cualquiera de los guardias subirían a comprobar que todo fuera bien.

—No he conseguido nada más que idioteces en ese informe —contestó Alexey.

—Yo me ocuparé —contestó Chan, que se hacía pasar por comprador.

Y ella sabía perfectamente lo que eso quería decir. Chan era letal y un completo cabronazo. Un verdadero asesino a sueldo sin escrúpulos.

Pero no tenía ni idea de a quién tenían en el punto de mira.

—Es israelí, de eso no hay duda. Pero su pasado es muy borroso. O bien esconde algo o tiene mucho por lo que responder.

—Primos, hermanos, padres, novia... cualquiera me sirve. Ese Mizraji, no se librará de mí como nos la esté jugando.

¿Mizraji? ¿No era ese el nombre con el que se había presentado Zani? ¿Iban a por él?

—Investígalo a fondo —ordenó Alexey.

—Creí que lo habías hecho tú.

—Lo he hecho sobre el papel. Tú síguelo a todas partes, quiero saber con quién habla, con quién se acuesta y a qué hora va al baño.

—De acuerdo. Mis honorarios...

—Hablaremos de eso cuando tengamos los resultados.

—Yo no trabajo así —exclamó el chino.

—Entonces buscaré a otro para hacer el trabajo, ¿o prefieres discutirlo con Garris?

Hubo un silencio significativo.

—Está bien —claudicó Chan.

Eidel se dio la vuelta y bajó las escaleras con la mayor naturalidad posible metiendo su polvera en el pequeño bolso que colgaba de su hombro, aparentando haberla usado. Se mezcló entre los invitados y llegó hasta la barra para pedir un cóctel. Le había dicho a Alexey que iba a pedir otro. Se bebió media copa de un trago a riesgo de emborracharse, pero necesitaba aparentar que ya hacía un rato que lo tenía.

Tenía que poner sobre aviso a Zani, no permitiría que Lee Chan llegara hasta él. En la pantalla del ordenador portátil no había visto nada cuando había entrado en el despacho de Alexey, había sido rápido ocultándolo. Pero estaba segura de que era eso lo que había estado haciendo, lo había sospechado. Su hombre ruso había buscado algún fallo en el pasado de Zani. Los negocios que se manejaban hacían que fueran extremadamente cautos. Y el trabajo de Alexey era asegurarse de que nada los ponía en el punto de mira.

Vio avanzar a Alexey hacia ella y se preparó para soportarlo, algo que cada vez le suponía un mayor esfuerzo.

Notó un ligero mareo cuando se giró de golpe para recomponerse, nunca había tolerado bien el alcohol y en el pasado esa debilidad le había traído problemas.

—Estás aquí —anunció al llegar junto a ella.

—Te estaba esperando.

—Vete a casa, hoy tengo más trabajo del habitual y no quiero que seas la presa de ningún cabrón babeante.

—Puedo cuidarme sola.

El rostro de Alexey se volvió de piedra, pero necesitaba cabrearlo para llevar a cabo su plan. Necesitaba salir sola de allí.

—No te lo voy a repetir, Elizabeth.

Dejó la copa en la barra y salió airada hacia el exterior. No podía esperar a que Alexey la obligara a regresar con el maldito conductor.

Todos los coches que pertenecían a Garris tenían dispositivos de seguimiento así que los descartó aun teniendo acceso a las llaves.

Un taxi entraba por el acceso a la mansión, seguramente uno de los invitados había hecho que lo llamaran. Bajó las escalinatas principales recogiendo el vestido para no tropezar y abrió la portezuela en cuanto el hombre se detuvo.

—¿Es usted la que necesita...

—Sí, arranque.

El hombre dio la vuelta antes de llegar a la misma entrada y volvió a salir. Eidel miró hacia detrás y vio a una pareja de mediana edad mirar el taxi que se alejaba perplejos.

—Intuyo que no era para usted.

—Intuye bien, tenía prisa.

—Por mí no hay problema, la carrera la hago igual.

—Perfecto.

Miró en el pequeño bolso y vio varios billetes, menos mal que siempre metía algo de dinero en él. Si pagaba el taxi con tarjeta, Alexey lo sabría enseguida.

—¿Una mala noche? Eso parecía una gran fiesta.

—Demasiado pomposa.

El taxista, un hombre joven, se echó a reír.

—Si quiere la llevo a un sitio más adecuado a su edad, es usted joven para ese tipo de aburridos encuentros entre gente rica, a juzgar por los coches aparcados.

—No, prefiero volver a mi hotel.

—¿Cuál es?

—El Royal Beach.

El chico soltó un silbido de admiración.

—No está mal.

No contestó. Y dejó que siguiera parlotando sobre las veces que había llevado a gente a hoteles de lujo sin que ni siquiera se molestaran en darle propina.

—Gracias —dijo bajando del coche después de haber pagado y de haberle dejado una más que generosa propina.

—¡Espere! —oyó al chico que gritaba.

Se dio la vuelta y lo vio sacar una tarjeta por la ventanilla del copiloto.

—Si necesita volver a ser rescatada no lo dude, allí estaré. Me llamo Ronel.

La aceptó, más por quitárselo de encima que por gratitud.

—Gracias, Ronel. Lo tendré en cuenta.

Entró en el vestíbulo del hotel y buscó el número de Zani en su teléfono. Lo había ocultado en la agenda poniendo un nombre de mujer.

Capítulo 12

—¿Qué has hecho qué? —preguntó Mia mirando fijamente a su amiga.

—No es una relación estable —contestó Theresa.

—Joder, nena. Hace más de dos años que os conocéis.

—Pero hemos empezado a salir de manera más regular hace poco.

Mia se levantó y se quedó mirando a los niños que se entretenían en el jardín del centro.

—¿Y por eso has huido?

—Yo no he huido...

—¿Y cómo lo llamas tú a cortar con un buen chico en cuanto las cosas se han puesto serias? —preguntó girando solo la cabeza.

Theresa se levantó del banco en el que habían estado sentadas y se puso a su lado.

—Necesito pensar.

—¿Cómo se lo ha tomado Michael?

—Bien, creo. Aunque imagino que no lo estará.

Mia soltó el aire.

—Normal.

—Le dije que había una tercera persona.

—¿Qué? Pero si no sales con nadie más.

—Ya. Pero él no lo sabe.

—Eso ha sido un golpe bajo. Michael no merece esto.

Su amiga la cogió de la mano.

—Estoy embarazada —dijo apretando su mano.

Mia la miró sorprendida.

—¿De Michael?

—¿No me acabas de decir muy segura de ti misma que no salgo con nadie más? —No pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla.

—Oh, Theresa...

Mia la abrazó y besó su frente. Después enjugó sus lágrimas con los dedos.

—¿Estás segura?

—Sí, me hice la prueba la semana pasada y ayer me visitó mi ginecólogo. Ya tengo hora para el seguimiento. No sé qué hacer, Mia...

—¿No quieres a ese bebé?

Theresa arrugó la frente.

—Me encantan los niños, ¿cómo puedes pensar que no lo quiero?

Mia apretó su mano.

—Perdona, lo he entendido mal. Sé que te gustan —dijo mirando a su alrededor.

Theresa se desvivía por darles una vida mejor a todos los niños que estaban en el centro. Un centro de acogida parecido al que las dos se habían conocido y crecido. Su amiga siempre había querido ayudar a esos pequeños a encontrar un camino mejor, y lo conseguía casi siempre. Le había costado comenzar con su sueño y aunque Mia la había ayudado con la inversión inicial, el mayor peso lo llevaba Theresa.

—Michael tiene derecho a saberlo.

—Lo sé, pero me asusta el hecho de que salga despavorido.

—¿Y crees que despacharlo es la mejor solución?

—No puedo obligarlo a quedarse a mi lado por un embarazo.

—Maldita sea, Theresa.

—No hables así, te pueden oír. —Theresa señaló a los niños más pequeños con la barbilla.

—Está bien. Mi consejo es que dejes que él decida, no lo hagas tú por los dos.

—Se lo diré. Pero no quiero que se convierta en mi pareja. Puede ver creer a su hijo sin que vivamos juntos.

Mia se volvió a sentar y soltó un bufido muy poco femenino.

—¡Qué obtusa eres!

—Ya me conoces...

—Él está a gusto contigo...

—No es suficiente.

—¿Y qué quieres? ¿Un anillo?

—¡¿Qué?! ¡No! —se defendió su amiga, pero estaba segura de que ese era su sueño.

—Pues entonces, deja que Michael sea parte de esto. No le hagas daño. Lo conozco desde hace años y él nunca te dañaría así.

—No pretendo herirlo.

—Pues lo estás haciendo muy bien —contestó Mia, sarcástica.

Theresa se alejó en dirección a su despacho sin mediar palabra. Mia no la siguió, no le había gustado esa reacción en su amiga. Michael merecía la verdad.

Salió del recinto después de recoger a Marie y empujando el cochecito de Will llegó hasta su todoterreno. Después de asegurarse de que los dos iban bien seguros en sus asientos, arrancó para volver a casa.

En un par de meses se iba a reincorporar al equipo, ya lo había hablado con Slade. En realidad, su paso por el FBI había sido una experiencia nefasta, ella necesitaba ser agente de campo y estar en una maldita oficina todo el día no le había gustado nada. Esperaba que con su experiencia la hubieran metido en casos callejeros, pero no. Su trabajo consistía en contrastar información desde un maldito ordenador.

No, esa no era su meta y lo había dejado. La parte más peliaguda vendría con Killian. Al que amaba con locura, pero que tendría que agarrarlo por los huevos antes de que soltara una negativa por su apetecible boca. Ese era otro toro con el que lidiar.

No pudo evitar sonreír al pensar en él. Era un gran hombre, maravilloso amante y un poco desastre como padre. Pero la quería tanto que por protegerla se jugaba su integridad física. Killian sabía perfectamente que no podía prohibirle nada y que si se ponía tonto terminaría convenciéndolo con sexo para acabar saliéndose con la suya.

La sonrisa se le borró cuando recordó las palabras de Theresa, nunca hubiera imaginado que ella actuaría así, tomando decisiones unilaterales cuando los afectados eran dos. Michael era un hombre íntegro y cariñoso, estaba segura de que se alegraría por la noticia y sería feliz. Esperaba que Theresa recapacitara, no quería ni podía intervenir entre sus amigos.

Dejaría pasar unos días y volvería a hablar con ella.

Mara no pegó ojo en toda la noche. El intercambio de palabras y hechos con Denis habían trastornado su mente. ¿Qué pretendía? Parecía desearla tanto como ella a él. Pero ¿y Nadia?

Bajó las escaleras para ir a desayunar, pero algo llamó su atención en el pasillo, volvió atrás y vio una bolsa transparente en el suelo. Dentro había una fotografía boca abajo. La cogió y cuando le dio la vuelta reconoció la imagen enseguida. Denis y ella sonreían sentados en el porche de la casa familiar de Denis, eran jóvenes.

¿Quién coño había dejado eso ahí? Tal vez, Denis quería que ella la tuviera y finalmente se arrepintió y la tiró al suelo. No le parecía una reacción demasiado madura.

Volvió a entrar en su habitación y la guardó en un cajón, si él no la quería ella sí. Era un bonito recuerdo y pensaba quedárselo.

Se alegraba de que no la hubiera encontrado primero Nadia, esa bruja la habría roto.

Alguien llamó a la puerta cuando se disponía a salir de nuevo. Abrió y se encontró con una Nadia enfurruñada. Joder, igual la había invocado con la mente sin darse cuenta. Hizo rodar los ojos sin molestarse en ocultar su decepción.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz cansada.

—Que vengas conmigo.

Levantó una ceja.

—No iría contigo aunque mi vida dependiera de ello. Lárgate, ve con Denis, parece que es el único que te soporta.

La miró de arriba abajo, llevaba un vestido floreado de tirantes que le quedaba tan ajustado que a duras penas le cubría el culo. Mara llevaba sus shorts vaqueros y una camiseta de tirantes roja.

Siempre serían como el agua y el aceite. Imposible mezclarlos.

—Que me acompañes te he dicho, o lo lamentarás. —La mano de Nadia de largas uñas atrapó su muñeca y tiró de ella.

Mara sonrió, solo necesitaba una excusa.

—¿En serio me estás tocando? ¿Quieres acudir a tu propia boda con la cara hecha un cristo? Porque, como no me quites la zarpa de encima, vas a necesitar de varios especialistas para la reconstrucción de tu perfecto rostro.

Nadia la soltó y dio un paso atrás.

—No me das ningún miedo.

—Ya —dijo pasando por delante de ella con aire altivo.

—¡Espera! —gritó Nadia.

No se detuvo y empezó a bajar las escaleras. En cuanto viera a la madre

de Denis y a su hermana volvería a Brasil y se olvidaría de esta tipa. Era eso o destriparla con sus propias manos. Denis debía estar tarado, o se había dado un buen golpe en la cabeza en algún momento entre su ruptura y el reencuentro entre ambos, para soportarla y seguir cuerdo.

—Te interesa saber algo sobre Denis. Es algo que te concierne.

Eso la detuvo en seco. Se estaba debatiendo entre seguir su camino o encararla, cuando la oyó caminar por el pasillo con sus altos tacones repiqueteando.

—¿No te has preguntado por qué os encontraron en el apartamento de Bahía? Se suponía que nadie conocía ese lugar.

Se giró molesta por estar a más baja altura debido a los escalones que las separaban.

—Tú lo sabías, Nadia. ¿Me estás dando una razón para romperte algún hueso? Porque no dudaré...

—Se nota que vienes de un barrio marginal, ¿no sabes hablar sin amenazar? Así pareces una barriobajera —dijo la estirada con los brazos en jarras.

—Vengo de un barrio en el cual todos tuvimos que buscarnos la vida y defendernos de gente como tú, que no sabes llevarte una cuchara de sopa a la boca sin que tengan que hacerlo por ti. Y te recuerdo que tu prometido viene del mismo lugar. Sin embargo, vas a casarte con él.

—Está bien. Te pido, por favor, que me acompañes. Hay cosas que debes saber.

—¿Dónde está Denis?

—Ha salido temprano esta mañana, imagino que está en su oficina. No tardará en volver. Es por eso que quiero que vengas a su despacho cuánto antes.

Mara miró a su alrededor; estaban solas, no había nadie del personal de servicio y los guardaespaldas se mantenían fuera de la mansión para dar privacidad, aunque durante las últimas horas había visto alguno paseándose por la planta baja. ¿Qué podía perder? Sí Nadia osaba a tenderle una trampa, no habría mansión suficiente para que ella se escondiera; la encontraría y le arrancaría las uñas, una a una, dolorosamente...

—¿Qué decides? —preguntó Nadia cortando sus pensamientos.

—Tú delante —acordó subiendo de nuevo las escaleras.

Cuando entraron en el despacho, Nadia abrió el ordenador portátil y le

mostró algunos correos electrónicos. En ellos, Denis daba la ubicación exacta del apartamento y hablaba de una suma de dinero, también especificaba por dónde iban a huir y pedía que se inutilizara el helicóptero que los había esperado en la azotea.

Aunque notó como su mente daba vueltas de manera vertiginosa, no acababa de creer lo que estaba viendo. Había una fotografía de ella con una nota que decía: «es ella, no la caguéis».

—Eres una carga para Denis, y aunque sé que me va a odiar por hacer esto, tenías derecho a saberlo.

Mara la miró y se levantó de golpe.

—¿Ahora vas de buena samaritana?

—No, pero me ha sorprendido que él hiciera esto, que te pusiera en peligro.

—Denis nunca haría algo así.

—Estoy de acuerdo, pero lo ha hecho.

—¿Cómo sé que no has sido tú la que ha maquinado todo esto? —inquirió señalando la pantalla.

Nadia levantó una ceja.

—Yo no estaba allí, puedo mostrarte el plan de vuelo y la prueba de que ya estaba aquí cuando os atacaron en Brasil.

—No te creo —dijo apretando los dientes.

Ella, ¿una carga para Denis?

—Está bien, no lo hagas si no quieres. Tal vez esto acabe de convencerte.

Abrió un cajón del enorme escritorio y sacó un talonario. En él había un cheque al portador de cien mil dólares y sí, la firma era del puño y letra de Denis, la conocía bien.

Tuvo que sentarse de nuevo, el talonario temblaba entre sus manos.

—Si con eso aún no tienes suficiente...

—Déjame pensar, maldita sea —gruñó pensando en Denis.

—Solo una cosa más.

Tecléo con sus largas uñas en el portátil y después le mostró otro correo de fecha más antigua. En él, Denis daba detalles sobre la habitación de la casa en la que ellos habían vivido, dónde guardaba los documentos más importantes sobre el albergue y lo más intrigante: hablaba de ella en términos nada amigables, de fechas específicas que nadie más que ella y Denis conocían. Nadia no podía saber eso de ninguna manera, a no ser que él se lo

hubiera explicado. Pero era demasiado exacto..., demasiado íntimo.

—¿Por qué haces esto? Si querías librarte de mí, lo hubieras conseguido igualmente. No voy a ir a vuestra boda...

—Denis, ¿te había invitado? —Parecía genuinamente sorprendida.

—Sí, y tengo pensado volver a mi país en un par de días, puedes estar tranquila en ese sentido.

—Para ser sincera, me hubiera gustado no haberte conocido nunca y, por descontado, a mi boda no vas a ir. Pero, al contrario de lo que puedas pensar, cuando ayer me encontré con esto no me lo podía creer. Así que esa es la razón por la que te lo estoy mostrando. A partir de aquí, tú sabrás lo que quieres hacer.

Claro que tenía claro lo que iba a hacer. Giró sobre sus talones, y corriendo, bajó las escaleras hasta cruzar el gran salón y la cocina. ¿Dónde estaba el acceso al garaje? Y ¿Por qué no encontraba a nadie a quién preguntar?

Dobló una esquina y se encontró con la puerta que parecía ser la correcta. Se subió a un Corvette amarillo y antes de que el guardaespaldas que Denis tenía en la casa la alcanzara, salió disparada del enorme garaje. Había sido una suerte que las llaves estuvieran puestas en el contacto.

Un momento, ese tal Joel siempre estaba con Denis, ¿por qué estaba en la casa si su jefe estaba en la oficina?

Siguió conduciendo y adentrándose en la ciudad. Tenía que arreglar este asunto y sabía a quién llamar. Pero lo haría cuando estuviera en un lugar seguro y se hubiera deshecho de este maldito coche que llamaba la atención por allí donde pasaba.

Maldita sea.

Capítulo 13

—Mizraji —contestó Michael al número desconocido que le estaba llamando.

—Zani...

Su cuerpo se puso en guardia.

—¿Eidel? ¿Va todo bien?

—Estoy subiendo a tu habitación.

—¿Qué? Es la número... —empezó a hacer señales a sus compañeros para que salieran de la habitación y todos empezaron a desfilar.

—Ya me he informado.

Slade salió el último después de echar un vistazo a su alrededor. Nada podía ni siquiera hacer sospechar a la chica que Michael había estado acompañado.

—Subo por las escaleras, así puedo ocultarme mejor de las cámaras, aunque creo que no he podido evitar la del vestíbulo.

—Tranquila, puedo ocuparme de eso.

—¿Estás solo?

Parecía preocupada.

—Sí.

Cuando colgó no se asomó al pasillo. Lo último que quería es que ella lo viera esperándola ansioso. Respiró hondo y se sirvió un whisky con hielo, se puso unos pantalones negros y una camisa verde, y subió las mangas hasta los codos dando una apariencia más relajada.

Cogió la pistola del cajón del escritorio y la encajó entre su espalda y la cintura de los pantalones. No podía confiar en ella, no aún.

Cuando oyó los golpes en la puerta se tuvo que retener para no correr a abrir. Esperó unos segundos y entonces acudió.

—Hola.

Mientras la saludaba, vio que llevaba el mismo vestido negro y estaba algo alterada.

—¿Puedo entrar? No tengo mucho tiempo.

—Pasa, te serviré algo —se ofreció levantando su vaso.

—No, solo agua.

Perfecto.

—Siéntate y cuéntame qué te ha traído hasta aquí a estas horas.

—Alexey.

—¿Él está aquí?

—No. Me refiero a que Alexey te está investigando, indagando en tu vida anterior.

Maldito idiota, aunque era normal que lo hiciera.

—No va a encontrar nada —la tranquilizó.

Ella bebió directamente de la botella de agua que le acababa de entregar, desechando el vaso.

—Si me descubre a mí...

Michael soltó el aire.

—¿Y qué tal si ponemos las cartas sobre la mesa?

Eidel hizo una mueca.

—No creo que sea una buena idea.

—¿No? ¿Por qué?

Se levantó y se acercó a él.

—Porque ni tú ni yo hemos sido sinceros. ¿Cómo sé que me lo vas a contar todo?

Buen punto.

—No lo sabrás. Pero puedes arriesgarte.

—No. No quiero que me hables de esto.

Zani dejaría de confiar en ella en cuanto supiera toda la verdad. Una verdad que no pensaba confesar, ni quería saber qué era lo que él estaba haciendo en Tel Aviv, no merecía la confianza del que una vez fue su amor. Sabía que no era lo que decía ser; él nunca se habría pasado al lado depravado de este mundo, Zani era íntegro y a ella no la estaba engañando. Solo había querido ponerlo sobre aviso, no saldría vivo del país si Garris le ponía las manos encima.

Él cogió su mano y la llevó hasta el sofá, obligándola a sentarse mientras

él también lo hacía. Estaban juntos, muy juntos.

—Eidel, ¿necesitas ayuda?

Se le rompió el alma, él le ofrecía su ayuda cuando era ella la que lo había estropeado todo al, primero, marcharse de Estados Unidos y después echarlo de su casa de Montana.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

Vio la decepción en su mirada, pero se negaba a darle detalles sobre su vida.

Él acarició su rostro, debería haberse apartado, pero le dejó hacer. Había echado tanto de menos su tacto que, aunque su cabeza le ordenaba que se alejara, su corazón pedía más.

Cuando Zani se acercó a sus labios tampoco fue capaz de detenerlo. Sus bocas se encontraron y la lengua de él accedió a su interior buscando la suya de manera apremiante. Ese beso, igual que el que le había dado en el piso de Alexey, volvió a despertar el deseo dormido.

Pero no podía consentirlo y, separándose de él, se levantó.

—Tengo una relación y eso deberíamos respetarlo.

Zani sonrió de lado.

—¿Te respeta él a ti?

¿Qué sabía Zani?

—Sí.

—Sabes que eso no es cierto, ¿qué haces unida a un hombre así?

La rabia y la impotencia se adueñaron de su cuerpo.

—No te importa, tengo que irme. Cuida tu espalda.

No fue tras ella. No sabía muy bien por qué, pero le habría gustado que él le hubiera impedido irse de esta manera.

Sus compañeros volvieron a entrar en la habitación y, dejando a un lado el detalle del beso, les explicó lo que Eidel había descubierto sobre la investigación que estaba llevando a cabo Alexey y de la que, estaban seguros, Garris estaría al corriente.

Michael podía oír los exabruptos y maldiciones de los hombres y de Pam, pero no estaba prestando atención.

No había salido corriendo tras ella porque algo lo retenía, tal vez, el hecho de que ella se mostrara tan fría. No era la misma, su Eidel hablaba siempre por los codos. Ahora era más comedida y desconfiada.

—¡No! —tronó Killian sacándolo de golpe de sus pensamientos.

—¿No? —contestó Slade, condescendiente.

Killian se pasó las manos por el pelo.

—Como se entere Mia...

—Te cortará los huevos, lo sabemos —declaró Dan riéndose.

Killian se volvió hacia el capitán.

—No me pidas algo así, joder.

Slade ni siquiera se molestó en levantar la vista de los papeles que tenía delante, sobre la mesa.

—No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando. Estás trabajando y Mia no tiene porqué saber esto.

—Pero...

Elijah se echó a reír.

—Vaya, nunca pensé que viviría para ver esto.

—¡Que te jodan! —rugió de nuevo el teniente.

Killian estaba atormentado mientras sus compañeros disfrutaban con la situación.

—Lo puede hacer Ian o Dan. Matt también es una buena opción. ¡Incluso, tú! Maldita sea, estás muy bueno, hermano.

Las carcajadas inundaron toda la habitación, hasta Slade esbozó una sonrisa y Michael se esforzó por no reírse también.

—¿De veras, Killian? ¿Cuánto tiempo llevas enamorado del jefe? Joder, y nosotros sin saberlo —soltó Dan ganándose un codazo cariñoso de Pam.

Los demás no habían parado de reír mientras Killian los miraba iracundo.

—¡Que os den a todos!

Slade se levantó y caminó despacio hacia su amigo.

—Solo tienes que seducir a una mujer, no te estoy proponiendo sexo con ella.

—Tiene miedo de hacerlo por impulso —aseguró Wyatt con una sonrisa.

Cuando Killian los vio asentir, aún se cabreó más.

—¿Por quién coño me habéis tomado? ¿Creéis que estoy loco?

Las risas cesaron de golpe y todos lo miraron con seriedad. Incluso Slade levantó una ceja.

—No quieres saber la respuesta, créeme —soltó el capitán haciéndolos reír de nuevo.

—No lo haré —afirmó el teniente.

—¿Estás negándote a cumplir una orden?

Killian bufó.

—Estoy negándome a serle infiel a Mia. Que lo haga otro.

Slade no era un hombre conocido por su gran paciencia, pero se estaba reteniendo para no arrancarle la cabeza a su amigo y los presentes lo sabían.

—Todos saben cuál es su trabajo aquí. Y el tuyo es poner celoso a Garris, desde ahora.

—Ella no es mi tipo —dijo, señalando la pantalla del ordenador.

«Ella», era una mujer de origen asiático bastante guapa y también era la actual pareja de Garris.

—¿Desde cuándo eso ha sido un problema para ti? —preguntó Ian.

—*Touché* —contestó Matt.

—¿Estáis todos en mi contra?

Nadie contestó.

—Solo yo: si se te ocurre pasarte, ayudaré a Mia con la amputación. Por lo demás, hazlo. Necesitamos a ese energúmeno lejos de Michael —explicó Pam con aplomo.

Michael reaccionó, al fin. Killian lo estaba pasando mal y a pesar de que era un tipo que no le temía a nada, a Mia sí.

—Esperad, dais por hecho que me van a descubrir.

—No, no lo harán —aseguró Slade—. Pero tenemos que evitar que estén pendientes de ti.

Killian asintió y después salió de la habitación.

—Está jodido —murmuró Michael.

—Se le pasará —aseguró el capitán—. Vamos a descansar un poco.

Uno a uno, fueron abandonando la estancia. Ian y Matt se quedaron en las habitaciones contiguas y él se metió en la ducha.

Necesitaba centrarse de nuevo en el trabajo, ya pensaría más tarde lo que tenía que hacer con Eidel. Si fuera necesario, la sacaría de la ciudad a rastras, le debía tantas explicaciones que no terminarían de hablar en muchos días; no pensaba dejarla ir hasta que aclarase algunas cosas.

Capítulo 14

—Brad lo ha planteado como un vientre de alquiler y el hermano de Wyatt está de acuerdo —explicó Nayeli.

Sue la miró entrecerrando los ojos.

—Me interesa más saber cómo te sientes con respecto a esta situación.

Estaban en el despacho de Sue. Nayeli había salido del centro en el que trabajaba, que no era otro que el que dirigía Theresa, y la había llamado para ir a comer juntas.

—Vámonos, hablaremos durante la comida.

Sue estuvo de acuerdo y después de bajar a la calle fueron al restaurante de enfrente de las oficinas.

Nada más entrar, una mezcla de olores las inundó, todos eran buenos; especias y pollo a la plancha era lo más reconocible.

—¿Cuándo vas a dejar tu despacho? —le preguntó Nayeli.

—A final de mes, lo estoy deseando. En casa me concentro mejor y...

—No tienes que aguantar a idiotas —terminó su amiga por ella.

—Exacto.

Una vez se acomodaron en una mesa cerca de la puerta hicieron el pedido.

—Cuéntame —la animó Sue.

Nayeli apoyó el codo en la mesa y acomodó la barbilla en su mano mientras miraba hacia la gente que pasaba por la acera.

—Me cabré con Wyatt, estaba llevando esto demasiado lejos. Incluso pagó a esa chica para que no abortara.

Sue frunció el ceño.

—¿Sin consultarte?

—Sin consultarme. —La miró y sonrió triste—. Pero después de hablar con él, largo y tendido, entiendo sus temores.

—Porque no puedes tener hijos y no quería presionarte —adivinó Sue.

Su amiga asintió.

—En realidad, él no había tomado la decisión de quedarse con esa

criatura, pero tampoco podía dejar que esa chica se deshiciera del bebé; es hijo de su hermano.

—Entiendo, y me alegro de que hayáis podido arreglarlo.

—La última palabra la tiene el juez.

—¿Cómo lo ve Brad?

—Viable.

Sue sonrió.

—Me alegro por vosotros.

—Gracias, yo también. Aunque tengo que conseguir que Wyatt no me trate como si fuera de porcelana.

Sue se carcajeó esta vez.

—Te diré, por experiencia, que eso no lo vas a conseguir. Estos hombres tienen la fea costumbre de pensar que nos vamos a romper.

Nayeli se puso seria.

—Wyatt cree que me hace daño por querer adoptar a esa criatura, es por eso que lo ocultó, sí. Tengo muy asumido que nunca tendremos un bebé propio. Pero tener a Jared nos ha unido mucho y lo estamos criando como si realmente lo hubiera parido. No veo la diferencia.

—No la hay, cielo. Ser madre es exactamente eso: querer, cuidar y educar a un hijo. Yo tengo a Alexia como hija biológica, pero para mí todos mis hijos son iguales. Así que no le des más vueltas, si has hablado con él y los dos estáis de acuerdo, traed a esa criatura a vuestras vidas.

—Sí, Jared estará contento de tener un hermanito o hermanita.

Eva entró por la puerta y las buscó con la mirada. Sue levantó la mano para que las encontrase; había bastante gente. La mayoría, procedentes de las oficinas de su mismo edificio.

—Hola, chicas. Por fin me han soltado —suspiró sentándose al lado de Sue.

—¿Hunt? —preguntó Sue extrañada; el hombre era de pocas palabras.

—No, las chicas del departamento. Se han enterado de mi embarazo y me han felicitado muy sonrientes.

—Ah, eso es genial —exclamó Nayeli.

Eva frunció el ceño.

—Ya les he dicho que si tuvieran a dos niños bailando el *River Dance* en su vientre de manera simultánea, no se reirían tanto.

Sue resopló.

—Mira que eres bruta —se rio Nayeli.

—Soy sincera, nena.

—Ya la conocen —terminó Sue.

Hablaron de diversos temas mientras comían, hasta que Sue sacó el tema espinoso del momento.

—¿Brad ha hablado con su madre?

Eva negó con la cabeza masticando el pollo que había pedido.

—No quiere —explicó después de tragar.

—Necesita tiempo —opinó Nayeli.

—Su hermana y él han decidido dejarla por imposible. Creo que si esto se arregla será por mediación de mi suegro.

Sue asintió.

—Ya imagino; es un buen hombre.

—Que tuvo la mala suerte de casarse con esa mujer —declaró Nayeli.

Eva bufó.

—Es tan culpable como ella en eso. ¿Acaso su esposa no era así de estirada antes de casarse? Hay hombres que creen que ellas cambiarán y no es así. Brad dice que el carácter de su madre siempre ha estado ahí, no es algo nuevo. La que lo lleva mal es Helen que, a pesar de ese carácter, estaba muy unida a ella.

—Salió en tu defensa y en la de su hermano.

—Sí, creo que se le ha caído la venda con respecto a esa mujer. Pero la boda está al caer...

—Vaya panorama —se lamentó Nayeli.

—La verdad es que me da igual, ella solita se puso en esa posición y he decidido que «La señora» no va a arruinarme el embarazo. Helen sabrá qué hacer con este lío.

Sue se echó a reír.

—¿Dónde está Eva y qué has hecho con ella?

Nayeli también se rio.

—Cuidado, Sue. No despiertes a la bestia.

—Estoy en estado Zen, chicas. —Aunque el tono que acababa de usar dejaba claro que estaba bastante al borde.

Se rieron y se centraron en terminar sus platos.

—¡Oye, tío! ¡Cierra la puerta, que hay corriente! —El grito de Eva hizo que tanto Nayeli como Sue levantaran las cabezas de golpe.

Un chico estaba sosteniendo la puerta mientras hablaba con un hombre más mayor. Los ojos del hombre buscaron a Eva y, después de repasarla, se detuvieron en su barriga.

—Cierra, está embarazada.

Eva bufó.

—¿Lo sabes por mi barriga o por mi mala leche? Esta última me sale a raudales, debe de ser eso lo que has notado, así que cierra de una maldita vez.

El hombre se la quedó mirando atónito.

—Este anda justito de entendederas —murmuró Eva.

—¡Eva! —gritaron Sue y Nayeli al mismo tiempo.

—Ya cierro, señora. Disculpe —se afanó el chico joven.

—Gracias —gruñó la mujer embarazada que decía estar en un estado relajado que no se creía ni ella.

—El estado Zen se acaba de ir a la mierda —declaró Nayeli.

—Eso parece —acordó Sue.

—Dadme un par de minutos, volveré a él.

—Ya...

Sue no pudo evitar reírse. Eva no cambiaría nunca, por mucho que lo intentara. Ni siquiera la revolución declarada de sus hormonas conseguirían que ella se quedara callada. Al contrario.

—He visto a Brad en el piso de abajo —comentó Sue para cambiar de tema.

—Me dijo ayer que tenía un cliente en el edificio.

—Ah.

—Postre —anunció Eva.

Tres hermosos y succulentos *fondant* de chocolate adornaron la mesa.

—Vas a ser mi perdición —dijo Sue mirando su plato.

—No es para tanto, unos cuantos kilómetros corriendo y solucionado.

Sue hizo rodar los ojos.

—¿Ese no es Brad? —preguntó Nayeli señalando con la barbilla hacia el exterior.

Siguieron su mirada y, efectivamente, Brad iba acompañado de dos hombres trajeados y una mujer, de unos treinta, embutida en una falda estrecha y unos buenos taconazos.

—Son los hermanos Cassidi y su secretaria. Creo que alguna vez hemos coincidido en el restaurante del edificio con ella —explicó Sue.

—Ah, sí, es Joanna —dijo Eva con cara de pocos amigos.

Los vieron entrar y ocupar una mesa para cuatro al fondo del local. Los hermanos se sentaron juntos y la chica justo al lado de Brad, enfrente de sus jefes.

Ninguno se había fijado en las tres mujeres que estaban cerca de la puerta.

—Ni siquiera me ha visto. —Eva entrecerró los ojos.

Sue miró a Nayeli y le hizo un gesto para levantarse.

—Bueno, yo debo ir a buscar a Jared —se excusó Nayeli.

—Sí, nosotras también deberíamos...

—¿Pero habéis visto eso? —la cortó Eva—. Está babeando por mi Brad. ¿Creéis que no me he dado cuenta del rastro de fluidos que ha dejado a su paso esa pedazo de guarra? Lo extraño es que aún lleve puestas las bragas.

Nayeli levantó una ceja y volvió a mirar a Sue, ya que Eva estaba enfrascada en lo suyo.

—Cuando dice eso de: «mi Brad», es una mala señal —explicó Sue.

—Me preocupa más que insulte a esa chica...

Eva se giró y miró a Nayeli.

—«Guarra», es su apellido, no un insulto. Se llama Joanna la guarra, ya sabes, como Juana la loca.

Nayeli se quedó perpleja ante tal afirmación.

Sue miró con disimulo a la mesa de los cuatro y vio como la chica sonreía coqueta al marido de su amiga. Brad correspondía; lo hacía por cortesía y se notaba, pero eso no convencería a Eva.

Joanna tenía fama de llevarse a la cama a todo al que le echaba el ojo.

—Esto se va a poner muy feo, vámonos— sugirió Nayeli leyendo los pensamientos de Sue.

—De eso nada, voy a saludar a mi marido. —Eva se levantó y resuelta, todo lo resuelta que puede parecer una mujer embarazada, avanzó hacia el fondo del local.

Sue se levantó de golpe.

—Voy con ella.

—Será lo mejor, ¿necesitas apoyo? —Nayeli parecía preocupada pero consciente de que no podía ir también sin que aquello pareciera una declaración de guerra en toda regla.

—No lo creo, enseguida volvemos.

—Brad, hola cariño —la voz extremadamente dulce de Eva puso los pelos de punta a su amiga.

—¡Eva! ¿Qué haces aquí?

Eva frunció el ceño.

—Estaba aquí antes que tú; te he visto entrar. —Miró a los dos caballeros—. Buenas tardes, señores Cassidi.

Ignoró por completo a «la guarra».

—No te he visto —confesó Brad.

—Estamos allí —señaló la mesa en la que estaba Nayeli con cara de escepticismo.

—Ah. —De repente, Brad se dio cuenta de que Sue también estaba al lado de su mujer—. Hola, Sue.

—Hola. Parece que estás en una reunión de negocios, nosotras ya nos íbamos —dijo tirando del brazo de Eva.

La chica se levantó y sonrió a Eva.

—Ya me he enterado de que estás embarazada, Eva. Enhorabuena, ¿conozco al padre?

Sue juraría que vio salir humo de las orejas de su amiga.

—Es con el que llevas coqueteando desde hace un rato.

—¡Eva! —Brad se ajustó el nudo de la corbata—. Si me disculpan..., enseguida vuelvo.

Joanna se quedó pálida, aunque a los dos hombres pareció divertirles la situación.

Brad cogió la mano de Eva y, atravesando el restaurante, salieron a la calle.

—No sabía que Eva estuviera con el señor Holmes —dijo Joanna en lo que parecía ser una disculpa—. No tiene motivos para estar celosa, yo no estaba coqueteando...

—Sí, si lo hacías. Y deberías cortarte un poco con los hombres casados —apuntó Sue.

—¿Están casados? —preguntó Joanna sorprendida.

—Eso acabo de decir —volvió su atención a los dos hombres—. Un placer haber coincidido con ustedes.

Se dio la vuelta y volvió a su mesa.

—Brad no está contento —informó Nayeli mirando al exterior.

Sue también dirigió su mirada afuera. Los dos se miraban serios, Brad no

gesticulaba mucho, pero Eva... ya era otra cosa.

—Eva y sus numeritos..., aunque debo reconocer que los controla mucho mejor, por un momento, creí que saltaría sobre Joanna —confesó Sue.

—Sigue siendo muy intensa —acordó Nayeli.

—Lo sé, y no descarto la idea de ver algún día a Joanna calva.

Nayeli se echó a reír y Sue se contagió.

—Es inseguridad —dijo Sue poniéndose seria—. Tiene miedo de dejar de ser atractiva por culpa de su embarazo y que él se busque una copia de Sofía Vergara.

—¿Qué?! —exclamó Nayeli riéndose.

—Sus palabras, no las mías —aclaró Sue.

—Está fatal...

—Ya te digo...

—Arreglado. Él no le seguía el rollo —dijo Eva sorprendiéndolas.

Tanto Sue como Nayeli habían dejado de prestarles atención, así que no esperaban a su amiga tan pronto.

—Nosotras ya lo hemos visto, Eva. Pero tú, como siempre, actúas antes de pensar. No deberías meterte en los asuntos de Brad. Por el amor de Dios, has irrumpido en una reunión de trabajo —dijo Sue dejando de reír y mostrándose seria de nuevo.

—Están en un restaurante lleno de gente y resulta que es mi marido; solo he ido a saludar. Esa lagarta va a morder el polvo y lo sabes.

Nayeli iba a hablar y cerró la boca de golpe.

—Déjala en paz —advirtió Sue.

—No, Sue. Ni hablar —amenazó Eva.

—¿Nunca te esfuerzas por hacer que tu cerebro y tu boca vayan a una? —preguntó Nayeli de manera inocente.

Eva soltó una genuina carcajada que hizo que todos en el restaurante se volvieran a mirarla. Sue puso los ojos en blanco por enésima vez.

—No pidas imposibles, Nayeli —dijo Sue queriéndose evaporar como el humo de un cigarrillo.

Al contrario de Eva, a ella no le gustaba ser el centro de atención. Sus ojos conectaron con los de Brad, que parecía pedirle con la mirada que se llevara a Eva de allí. Ya habían pasado por esto y su amiga, que en estado normal era dinamita, con el embarazo podía ser el maldito huracán Katrina.

Esa costumbre suya de encabronar a Brad había dejado de ser divertida

hacía tiempo.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, después de haber dormido mal por la repentina visita de Eidel y de su posterior huida, Michael leyó el mensaje en su teléfono móvil y se lo pasó al capitán: ya tenía hora y lugar de encuentro con Garris y el ruso. Hoy vería el arma robada y documentos confidenciales. Se suponía que él era un israelí cabreado con los yanquis y era por eso que quería joderlos.

A estas alturas ya imaginaba que Eidel no se había tragado la historia. Pero no sabía qué pensar de ella ni podía contarle nada. Si terminaba poniéndola en peligro se pegaría un tiro.

—Bien —dijo Killian, que hoy sustituiría a Ian por aquello de engatusar a la mujer de Garris y cortando así sus pensamientos.

—No os van a dejar entrar —advirtió Michael.

—Lo sabemos, pero no andaremos muy lejos, aunque al teniente le vendría bien —aclaró Matt que se ganó una mirada severa por parte de Killian.

—No es eso lo que me preocupa —dejó caer ignorando la pulla.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Slade entrando en la habitación.

—Eidel. No sé si va a estar allí, pero no sabe nada y me temo que el ruso la mantiene vigilada.

Slade frunció el ceño.

—Ella no es nuestra prioridad.

—Ya.

Se puso la chaqueta del traje y dio un tirón a los puños. No quería encontrar a Eidel allí.

—Se ha desenvuelto bien sin ti, no vayas de héroe que no parece necesitarlo.

El que había hablado había sido Elijah, que se encontró con una mirada de desaprobación del capitán.

—Estoy seguro de que tienes algo que hacer fuera de esta habitación.

Elijah levantó una ceja.

—Captado —soltó largándose.

—Garris os espera dentro de media hora, no os retraséis —advirtió Slade—. Nosotros ya nos vamos.

—Sí, jefe —contestó Matt.

Cuando llegaron al lugar de encuentro Michael se fijó en que estaban a las afueras de la ciudad. Esto estaba lleno de naves industriales y le pareció bastante lógico que fuera un buen sitio para esconder armamento. Cerca del puerto podían cargar y descargar con mayor rapidez.

Se acercaron hasta una de las naves, a la número diez, tal como decía el mensaje, y dos tipos salieron a su encuentro.

—Dejen sus armas aquí —dijo uno de ellos mostrando un cajón de madera en el suelo. Michael no iba armado así que fue el primero en ser cacheado, después Killian y Matt pasaron por lo mismo en cuanto se desprendieron de sus armas y los tres entraron detrás del corpulento hombre que los guio hasta la parte central de la nave. Ninguno llevaba aparatos de escucha ocultos o teléfono móvil, sabían que Garris y el ruso no eran estúpidos y habría algún inhibidor de frecuencia o escáner.

—Buenos días, señores.

Michael estaba sorprendido aún de que sus compañeros hubieran podido acceder al interior. Saludó con la cabeza a Garris, y a la mujer asiática que permanecía detrás de él con una mano sobre su hombro, y se plantó metiendo las manos en los bolsillos del traje de una manera relajada que estaba muy lejos de ser real. Killian y Matt se quedaron un paso por detrás de él, uno a cada lado.

Echó un vistazo a su alrededor y sus ojos se encontraron con los de Eidel. Necesitó de todo su control para no hacer una mueca; estaba al lado del ruso y este le hablaba en un tono muy bajo con una mano apoyada en su muslo. Dos hombres más, con un par de acompañantes cada uno, estaban a su misma altura. Aunque separados por unas mamparas semitransparentes; veía a los hombres, pero no podía distinguir sus rostros. Eran un borrón oscuro en contraste con las paredes blancas tras de ellos.

—Alexey, abre el arcón para que nuestros amigos puedan apreciar lo valiosa que es nuestra posesión.

El baúl metálico estaba en el centro, puesto estratégicamente para que pudieran ver lo que había dentro sin descubrir sus identidades, no era demasiado grande y en su interior estaba el arma química que podía matar a

miles de personas con un solo disparo, acoplado a un tanque. Si ese trasto infectaba a una sola persona, esta contagiaría a las que estaban a su alrededor: era una puta jeringa lo que les estaba mostrando Garris. ¿Acaso se estaba riendo de ellos?

Ahora solo tenía que saber de qué se trataba.

—Esto no es todo —dijo Garris leyendo sus pensamientos—. La fórmula es lo que en realidad es valioso —continuó como si los presentes fueran una panda de idiotas—. No obstante, les vamos a entregar los documentos para que se hagan una idea de lo que esta simple jeringa puede conseguir. Por otro lado, la formula será entregada al comprador final.

Mientras escuchaba al tipo, Michael fue testigo directo de como la chica de Garris miraba fijamente a Killian. El teniente estaba haciendo su trabajo, a pesar de que estaba seguro de que quería matar a alguien y no ligarse a la mujer de Garris.

—El precio de salida es de cincuenta millones de dólares y las ofertas serán confidenciales —dejó caer Garris.

Maldito tarado.

El ruso cogió unos papeles de la mesa y se los dio a Eidel que, pasando por detrás de las mamparas de separación, los entregó. Cuando llegó hasta él ni siquiera lo miró a la cara.

Pero se encontró con una nota en la mano cuando ella se dio la vuelta para ir hasta el último comprador. Dobló los papeles con la nota entre sus páginas y los metió en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje.

—Tienen veinticuatro horas para ofrecer un trato justo. Ahora, pueden marcharse.

Dos hombres se plantaron detrás de ellos y fueron saliendo de manera que solo podía ver la espalda de sus contrincantes. Y lo cierto, es que necesitaban información sobre esos tipos para que la CIA pudiera dar con ellos. Slade ya estaría calentando motores para seguirlos, pero él sabía exactamente cómo conseguir esa información.

Entraron de nuevo en el coche y buscó la nota de Eidel.

«Ve al museo de arte, solo. Te recogeré en una hora».

Volvió a guardar la nota. Iba acomodado en el asiento trasero, así que sus compañeros no lo vieron.

—No he conseguido ver los rostros de los otros tipos, Garris se lo ha montado bastante bien —dijo Ian.

—Uno era bastante bajo y, por el pelo, yo diría que era asiático — comentó Matt.

—Estoy de acuerdo —convino Ian.

Michael leía los documentos mientras ellos hablaban. Estaban llenos de cláusulas; explicaciones sobre confidencialidad y amenazas veladas. Lo cierto es que le importaba una mierda. Su cerebro estaba centrado en Eidel, en verla y en sonsacarle información.

También tenía ganas de ella, no se iba a engañar. La deseaba tanto que no era capaz de evitar que los recuerdos de sus numerosas noches juntos acudieran a su memoria una y otra vez.

No le importaba que estuviera liada con el ruso, o que hubiera tenido un hijo con él. La deseaba y punto.

Era patético. Parecía que solo actuaba así por el desprecio de Theresa.

El coche, conducido por Matt, entró en el *parking* del hotel Royal Beach y subieron a la habitación que, como no, estaba hasta arriba de gente; sus compañeros ocupaban mucho espacio.

Slade, Wyatt, Elijah y Jacob estaban siguiendo a los otros compradores.

Explicó lo que había dado de sí la reunión, lo que habían visto y resumió lo que contenían los documentos, y todo esto sin dejar de vigilar el reloj, media hora y vería a Eidel.

Por supuesto, no pensaba dar cuenta de sus planes a su equipo. Iría solo, aun a riesgo de cabrear al capitán.

—Tenemos que ganar esta especie de puja —advirtió Aylan.

—Por supuesto —corroboró Killian.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Pam al teniente.

—Soy irresistible, pero eso ya lo sabías.

«Capullo».

«Energúmeno».

«Tarado».

Fueron las palabras que resonaron por toda la habitación.

«Maldito idiota», este último apelativo se lo dedicó el capitán entrando por la puerta con sus hombres tras él.

Pam hizo una mueca y fue a sentarse en el sofá después de dejar su arma sobre la mesa.

—La voy a dejar fuera de combate —dijo serio, Killian.

Elijah se carcajeó y los demás lo siguieron. Slade no le hizo caso y Dan

soltó un largo silbido.

—Vaya, te habrá gustado, entonces —acusó Ian.

Killian levantó una ceja y miró a Doc.

—¿Tienes algo para echar en su bebida?

—Es bastante probable, ¿en serio quieres hacer eso?

—Es eso o que ella espere que me la folle, y no estoy por la labor.

—Oír esa afirmación, viniendo de ti, es cuanto menos inquietante —se rio Elijah.

—¿No le podrías explicar que no se te levanta? —preguntó Dan mofándose.

—Ni de coña.

—Acabáramos —dijo Pam.

—Basta, joder. Me la llevaré a algún sitio privado, pero la quiero inconsciente.

Slade afirmó en dirección a Jacob.

—Está bien, acompáñame —accedió Doc.

Doc y Killian salieron de la habitación y Michael vio a Slade tan enfrascado leyendo los documentos que había traído que aprovechó para salir también. Fue al baño, se cambió de ropa eligiendo unos vaqueros y una camiseta gris, salió sigilosamente y vio a Wyatt cruzar el pasillo.

—Wyatt —susurró.

El hombre giró la cabeza en su dirección confundido.

—¿Pasa algo? —preguntó bajando el tono también.

—Tengo que salir. No voy a darte más explicaciones para no empapelarte con esto.

Wyatt arrugó la frente.

—Tío, no te la juegues, no vale la pena. —El tipo era listo y ya se estaba imaginando que iba a ver a Eidel.

—Eso ya lo veremos, necesito que me cubras durante un par de horas. Di que estoy contigo.

—Joder.

Michael pasó por su lado y se encaminó hacia las escaleras.

—Gracias, hermano —dijo antes de abrir la puerta de acceso.

Una maldición salió de los labios de su compañero, pero continuó bajando a buena marcha.

Cuando el taxi lo dejó delante del Museo, cruzó la calle y esperó apoyado

en un árbol con las manos en los bolsillos de manera casual. Solo unos minutos más y ella vendría, o eso esperaba.

A las diez en punto de la noche, un coche gris se detuvo al otro lado de la calle y observó a Eidel unos segundos, iba sola.

Elizabeth vio cruzar a Zani y dirigirse hacia ella con paso ligero. Soltó el aire que tenía atrapado en los pulmones, no había sido demasiado optimista y creía que él no acudiría a la cita.

Admiró a aquel hombre de paso firme y escandalosamente atractivo, del que aún seguía enamorada, mientras se acercaba al coche, pero después recordó para lo que lo había llamado y en ese preciso instante supo que la odiaría.

Él abrió la puerta del acompañante y fue consciente de que daba un vistazo rápido al asiento trasero.

—He venido sola, Zani.

—Ya veo.

Se sentó a su lado y después tiró de la palanca para desplazar el asiento hacia atrás, ya que las piernas no le cabían.

—Demasiado pequeño —dijo él.

—Lo siento, es alquilado —se excusó.

—¿Adónde vamos? —preguntó él cambiando de tema.

—A un lugar seguro en el que podamos hablar, no dispongo de mucho tiempo.

Por el rabillo del ojo se percató de que Zani la miraba fijamente.

—Yo tampoco —aseguró.

El hotel de tres estrellas, ubicado en la calle King George, no estaba demasiado lejos y era céntrico. Lo cual les permitía esconderse a la vista de todos. Si los buscaban, no lo harían en la ciudad. Dio un rodeo pasando por calles en las que sabía que no había ni bancos ni negocios con cámaras de seguridad exteriores. Al llegar, metió el coche en el *parking* ante el silencio de Zani.

—Vamos, tengo una habitación reservada para una semana.

—¿Una semana? —preguntó extrañado.

—Es lo que voy a necesitar para terminar con todo. Y quiero aclarar algunas cosas contigo.

En el ascensor, subiendo hasta la cuarta planta, sus manos se rozaron y pudo sentir la atracción de antaño, la necesidad que siempre había tenido de él. Así que, si quería mantener la mente fría, se tenía que apartar un poco, pero no lo hizo.

Capítulo 16

Mara dejó el coche en un hueco que había frente a las oficinas de Denis y corrió hacia la entrada. Un hombre uniformado le cortó el paso y le pidió el número de identificación.

—No lo tengo, vengo a ver al señor Denis Vides, es urgente.

—Señorita, lo siento...

—No se preocupe, Martin. Viene conmigo.

Mara vio entrar al guardaespaldas de Denis, Joel. Ese hombre le caía bien, parecía ser leal a Denis y lo había pillado mirando con desprecio a Nadia. También estaba el hecho de que los había protegido, a ella y a Denis, cuando tuvieron que abandonar el apartamento en Brasil.

—Señorita Lima, acompáñeme.

—Sí, gracias.

Estaba confundida, no se había dado cuenta de que Joel la había seguido.

—¿Cómo sabías...

—No hable —susurró el gigante negro que estaba a su lado.

—Deja de llamarme señorita Lima, soy Mara.

Joel estaba pendiente de la numeración ascendente dentro del ascensor.

—Está bien, Mara.

Al salir del ascensor se dirigieron al despacho de Denis, pero su secretaria salió de detrás de su mesa.

—El señor Vides no está, hoy no ha venido. Su prometida ha llamado diciendo que estaba indispuesto.

Tanto ella como Joel se envararon, algo no iba bien.

—¿Usted no debería saberlo? —preguntó la chica mirando al guardaespaldas.

—Por supuesto que lo sé, solo estaba acompañando a una amiga del señor Vides, no sabía cuál era su despacho —se giró y miró a Mara—. Es aquí señorita Lima, ya lo sabe para la próxima vez.

¿Pero, qué coño estaba haciendo Joel?

—Sí, ya no volveré a perderme —contestó como una idiota con una gran

sonrisa.

—Perfecto, ya podemos irnos.

Se despidieron de la secretaria y volvieron a bajar en el ascensor. Estaba a punto de abrir la boca cuando Joel le hizo una sutil señal con el dedo para que se callara.

Bajaron hasta el *parking* y él la cogió suavemente del brazo para guiarla hasta su todoterreno.

—He venido en un coche...

—Lo dejaremos ahí.

En cuanto arrancó el motor, Joel condujo el vehículo a la calle y pasadas unas cuantas manzanas se detuvo a un lado. Mara se puso de lado en su asiento.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Denis?

—No lo sé, venía a comprobarlo.

—Creí que me habías seguido.

—Eso también.

Mara lo miró inquisitiva, pero el hombre no parecía tener intención alguna de dar más explicaciones.

—¿Qué es eso de que no sabes dónde está Denis?

Joel golpeó el volante con el talón de la mano.

—Anoche me pidió que me quedara hoy en casa con la señorita Nadia y... contigo. —Pareció recordar que ella quería que la tutelara.

—¿Por qué? Siempre vas con él, ¿verdad?

—No, no siempre, en el edificio de oficinas también hay seguridad. Y cuando es mi día libre no voy.

—¿Hoy es tu día libre?

—Sí. Por eso estaba en la casa.

—No entiendo...

—Vivo en la misma casa que mi jefe, alquilé el apartamento que hay al lado del garaje. Yo estaba buscando algún cuchitril para alquilar en la ciudad y el señor Vides me ofreció un lugar donde quedarme —explicó escueto.

—Ah, ahora lo comprendo. Pero, ¿qué te ha hecho ir a la oficina?

—No me ha gustado el comportamiento de su prometida, estaba hablando con dos hombres en el jardín y he oído la palabra «dinero».

—Ella no te gusta, ¿eh? —preguntó dándole un puñetazo amistoso en el brazo.

Joel miró su brazo y después a Mara. Tal vez se había tomado demasiadas confianzas.

—Mi opinión no importa. Lo que importa...

—Es que se trae algo entre manos.

—Eso creo.

Mara le explicó lo que Nadia le había mostrado en el despacho de Denis.

—Eso no es propio del señor Vides —dijo el hombre categóricamente.

—Lo sé, esa mujer miente.

Los dos se quedaron pensativos.

—Fue ella —soltaron a la vez.

Se miraron sorprendidos.

—Nadia dio la localización del apartamento en Brasil a Taylor —dedujo Mara.

—Sí —estuvo de acuerdo Joel.

—¿Para... —le costaba seguir la frase— ...deshacerse de mí?

Joel cambió el semblante a uno más compasivo.

—No lo sé, pero te mantendré protegida.

—Denis también podría haber muerto en aquella azotea —dijo furiosa.

—Supongo que es un riesgo que tenía que correr.

—Pero si solo soy una amiga de la infancia...

—Y una antigua novia —apuntó él.

—Eso no es motivo suficiente, ya están prometidos. —De repente cayó en la cuenta—. A no ser...

—Que el señor Vides haya intentado romper el compromiso —terminó por ella.

Oh, mierda.

—Esa tarada no sabe lo que le espera. Voy a llamar a Denis.

—No vas a hacer nada con esa «tarada», los tipos con los que hablaba esta mañana parecían peligrosos. Y llevo un par de horas intentando dar con él, su teléfono está apagado.

—No necesito que me protejas de esa estirada. —Pero al ver la cara del hombre, que no era otra que de advertencia, cambió de táctica. Ya encontraría la manera de hacer suplicar a Nadia sin que él se lo impidiera—. ¿No tienes idea de dónde puede estar? Tú conoces su rutina...

—No lo sé todo sobre mi jefe —cortó Joel.

—Está bien, y ¿qué propones?

—De momento, volveremos a la mansión, podría ser que el jefe ya esté de vuelta. Llámalo.

—En eso estoy —dijo mientras marcaba el número de Denis.

Esperó, pero no obtuvo respuesta.

—Nada.

De repente un golpe la empujó hacia delante y después la dejó pegada al asiento. Miró a Joel que a su vez miraba por el retrovisor.

—Ponte el cinturón —ordenó.

—¿Nos han dado?

—¡Ahora!

Rápidamente tiró de la cinta intentando ver al mismo tiempo quién había sido el que los había golpeado. Y por otra parte, no entendía la reacción del guardaespaldas. ¿No debería bajar del coche y comenzar con el papeleo? Pues, no. Joel acababa de arrancar a toda velocidad.

Aún no había anclado el cinturón cuando recibieron otro golpe. Maldita sea, no era un accidente.

Su cabeza rebotó en el salpicadero.

—¡Mara! —Su mano tiró de su brazo.

—Es... estoy bien —Aseguró el cinturón y se tocó la frente, sus dedos se mancharon de sangre.

—Es un pequeño corte —dijo Joel mirándola un momento.

—¿Quién es ese tío? —preguntó girándose de nuevo.

—Tíos. Son dos. Y son los que estaban hablando con la señorita Nadia.

—Deberías dejar de llamarla así. Lo de señorita no va con ella. Y como vuelvas a hacerlo te cerraré la boca.

Joel sonrió un momento y desfundó su arma.

—Eh, eh. ¡Era broma!

—Sostén el volante.

Mara tuvo que hacerlo ya que él lo había soltado sin más. Mientras, él apuntó por fuera de la ventanilla y efectuó dos disparos, haciendo añicos la luna delantera, pero sin herir a ninguno de los dos.

—¿Sabes disparar? —preguntó él de pronto.

—Claro.

Estaban ya en el puente de Brooklyn y los coches que los veían venir a toda velocidad se apartaban a un lado. El coche volvió a golpearlos y gracias a la pericia de Joel no terminaron saliendo por un lado del puente.

—Pues dispara al conductor —apremió Joel intentando controlar el vehículo que conducía.

Cogió la pistola, pero en ese preciso instante una bala atravesó el cristal trasero y salió por delante. Joel dio un volantazo y después volvió al carril.

—Mierda —masculló.

Mara apuntó y disparó. Acertó de lleno en la cabeza del conductor y el coche, después de dar un bandazo, empezó a dar vueltas de campana.

—Hecho —dijo orgullosa de sí misma—. Por cierto, no me gustan las armas.

—Cualquiera lo diría.

—Ya. Voy a llamar a una amiga.

—No creo que sea el momento. La policía debería tener prioridad, Mara.

Le dieron ganas de reírse a carcajadas, quizás lo haría, ya que la adrenalina del momento la hacía temblar y estar alterada al mismo tiempo.

—Ella es la policía. Se trata de Erin Weston, la chica de Elijah.

—¿De Security Ward?

—Sí. Me dijo que si algún día la necesitaba...

—Está bien, hazlo.

Estaba buscando el número cuando él puso una mano sobre la suya.

—Espera. Yo he disparado, no tú. Estás en calidad de turista y esto te puede traer muchos problemas.

—¿Y a ti?

—Yo tengo permiso de armas y ha sido en defensa propia.

Mara, vio que la balanza se iba a favor de Joel.

—Está bien, gracias. Supongo que la cosa cambia, sí.

—De nada. Llama a tu amiga, yo lo volveré a intentar con el señor Vides.

Erin contestó enseguida y ella la puso al tanto de la situación. La inspectora les pidió que no se movieran del sitio hasta que ella llegara con su equipo.

Por su lado, Joel no tuvo éxito con Denis. Y se estaba poniendo más nerviosa de lo que ya estaba.

Capítulo 17

Denis se despertó en un hospital, se sentía mareado y tenía náuseas.

—Señor Vides, ¿cómo se encuentra?

Una chica rubia vestida de blanco estaba mirando sus pupilas y la luz cegadora le molestaba demasiado.

—Lo siento, tengo que comprobar...

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? —la cortó.

—Soy la doctora Leigt y está en un hospital.

—¿Qué ha pasado?

—Lo trajeron unos hombres, dijeron que se había desmayado en plena calle.

Arrugó la frente, no recordaba nada de eso.

—No lo recuerdo...

—Le hemos extraído sangre y analizado la orina.

¿Qué?

—Tómale la tensión arterial de nuevo.

Una enfermera le puso la banda en el brazo y después la hincho. ¿Qué coño le había pasado?

—Tiene altos niveles de serotonina y dopamina. Ha tenido convulsiones y arritmia, por no hablar de que sus pupilas estaban anormalmente dilatadas. De hecho, aún no han vuelto a su tamaño...

—¿Qué quiere decir todo eso?

—Señor Vides, ¿ha tomado cocaína o éxtasis? —preguntó muy seria clavando sus ojos marrones en los suyos.

«Cocaína o éxtasis», las palabras bullían en su mente.

—Nunca me he drogado.

—Pues le puedo asegurar que la droga seguirá unas cuantas horas más en su sistema. A pesar de haberle suministrado *Narcan*.

Sabía lo que era ese medicamento, se usaba para revertir los efectos de una sobredosis.

—Le digo que no me drogo, nunca lo he hecho.

Le dolía la cabeza y ya no tenía ganas de hablar.

—¿Podría ser que alguien introdujera la droga en alguna bebida o alimento que haya tomado?

—Es la única explicación.

—Entonces tengo que ponerlo en conocimiento de las autoridades, es un atentado contra su persona que podía haber resultado mortal.

Cerró los ojos, solo había desayunado en casa y se había ido enseguida a la oficina.

—Tenemos su documentación y su teléfono. Hemos llamado a... —La doctora consultó unos papeles que llevaba encima —. Suemy, era el número que constaba para avisar. No encontramos ningún otro número de interés.

—Está bien, ella es una amiga.

—¿No tiene familia? Padres, hermanos...

—No. No en el país.

Ella asintió.

—La tensión arterial ha vuelto a la normalidad —informó la enfermera mostrando el resultado en una pantalla digital.

¿Qué hombre en su sano juicio llevaba el número de Sue, una amiga, como persona a la que avisar en caso de accidente y no el de su prometida? Porque el número de Nadia ni siquiera estaba en su agenda, lo había memorizado después de borrarlo esta misma mañana.

—Esperaremos una hora más para llamar, sé cómo actúa la policía y lo van a coser a preguntas.

—Gracias. Cuánto tiempo...

—Ingresó hace seis horas.

Mierda.

Alguien golpeó la puerta.

—Adelante —dijo la doctora.

—¿Denis? —La dulce voz de Sue lo calmó, ya que su corazón seguía acelerado y a duras penas había digerido lo que la doctora había supuesto.

—¿Es usted Suemy? Lo siento, no constaba su apellido en la agenda del señor Vides.

—Suemy Kelley, gracias por avisar.

—No hay problema.

Sue besó su frente mientras él recordaba que, al no estar casada, Sue seguía utilizando su apellido de soltera. ¿En qué coño estaba pensando Slade

Ward?

—¿Cómo estás? ¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

—Estoy bien, solo he perdido el conocimiento.

—Dejemos que descanse, señorita Kelley. Acompañeme a mi despacho y la informaré.

Sue lo miró.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó.

Asintió con la cabeza, el sopor se estaba apoderando de él, tal vez le vendría bien dormir.

Sue era, como siempre, una mujer considerada y había querido asegurarse de que podía saber lo que le había pasado, sin que él se sintiera mal.

Cuando volvió a abrir los ojos, Sue estaba de pie al lado de la ventana hablando por teléfono de espaldas a él.

—No, no voy a avisarla, primero tengo que hablar con él —susurraba, aunque en el silencio de la habitación se oía perfectamente.

Su mirada seguía clavada en ella, pero su mente voló hacia Mara. Estaría preocupada, debía llamarla. Hoy llegaban su madre y su hermana procedentes de España, y Jude, que se había apuntado al viaje. Aunque pensaba volar un poco más tarde para asistir a su boda, al final viajaba con su familia. Mara estaría encantada de verlo.

—Oh, estás despierto.

Sue colgó el teléfono y fue a su lado enseguida.

—Lo siento —se disculpó él.

—¿Lo sientes? —preguntó extrañada.

—No sé cuántas horas he dormido y sigues aquí.

Sue juntó las cejas.

—Solo has dormido dos horas, tu organismo tiene que expulsar la droga. Estoy aquí porque me necesitas y lo hago encantada —dijo apretando su mano.

—No sé cómo...

—Tranquilo, la doctora me lo ha explicado todo. Vas a necesitar al menos medio día más para que quedes limpio. Estás sondado, así que no voy a pasar el mal trago de ponerte la cuña —dijo riéndose.

—Te aseguro que los dos estaríamos en un aprieto.

—Denis. —Acercó una silla y se sentó para quedar a su misma altura—. No he llamado a Nadia. No sé el número, pero supongo que, llamando a tu

oficina, tu secretaria me lo habría facilitado.

—No la llames. —Ahora estaba más despejado y también más seguro de que no quería llamarla.

—¿Sospechas de ella?

—No, Nadia me quiere.

—Está bien, alguien ha intentado...

—Mandarme al otro barrio, sí. Pero no ha sido Nadia.

—¿Por qué no quieres que venga?

—No lo sé, Sue. Es demasiado dramática, tal vez sea esa la razón.

Sue sonrió.

—¿Puedo llamar a Eva? Eso sí será un drama.

—Joder, no —contestó abriendo mucho los ojos, por lo que terminaron riéndose.

Se miraron.

—Creí que ya había quedado libre de enemigos.

—Parece que no. ¿Has tomado algo fuera de la oficina?

—No, he desayunado en casa con Nadia, después ella se ha ido a la habitación para arreglarse y yo me he servido otra taza de café.

—¿En algún momento has salido de la cocina?

—No, solo he atendido una llamada cuando ella ya estaba arriba, después me he terminado el café y he salido.

Sue parecía preocupada.

—¿Y Mara? ¿Sigue en casa?

—Supongo que sí, suele bajar más tarde para no cruzarse con Nadia. No la he visto esta mañana.

Sue sonrió.

—No sé por qué me imaginaba algo así. Solo a ti se te ocurre meter a dos mujeres enemistadas en casa y creer que vas a salir airoso. Una ex y tu prometida, para más datos. Terrible.

Denis tuvo que darle la razón.

—No estaba pensando con claridad.

—Ya. ¿Y qué piensas hacer al respecto? ¿Cuándo se irá Mara?

Denis hizo una mueca.

—La he invitado a la boda —dijo avergonzado.

Sue levantó las cejas.

—Creo que estar en esta cama, sin poder defenderte, está evitando que te

dé una paliza.

—Tú no estás hecha para eso, cariño.

Sue sonrió.

—Ponme a prueba.

—Ya lo hago..., por lo visto.

Sue acarició su brazo.

—Esa ha sido una mala idea, deberías saberlo.

—Sí, ahora lo sé, pero quería tenerla cerca.

—¿El día de tu boda? Oh, Dios mío, estás peor de lo que pensaba — contestó poniéndose en pie —. Denis, tienes que arreglar esto, dejar ir a Mara. Si lo hace ella por su cuenta te va a doler más.

—Me va a doler de cualquier manera, porque me he enamorado de nuevo, Sue. Ella es el aire fresco que me faltaba, tenerla cerca estos días me ha abierto los ojos —confesó.

Sue sonrió por enésima vez.

—Ya era hora de que lo admitieras, hombre tozudo. Lo hemos visto todos menos tú.

De repente volvió a su mente su familia.

—Por favor, Sue. Busca mi teléfono. ¿Qué hora es?

Ella miró su propio móvil.

—Las cuatro de la tarde.

—Tengo que llamar a Mara.

—Ajá —soltó con mofa.

Ya lo sabía, sonaba raro. Pero no era el momento ni el lugar para aclarar su situación sentimental.

—Vamos, Sue. No es lo que crees, Mi familia llegará al aeropuerto dentro de una hora. Mara los conoce y, si puede ir a buscarlos, me haría un gran favor.

Sue buscó entre sus cosas que estaban dentro de un armario y localizó enseguida el teléfono.

—Toma.

Denis miró la pantalla y se encontró con varias llamadas de Joel y de Mara.

—Es extraño, Joel me ha llamado en su día libre y Mara también.

Capítulo 18

Eidel entró la primera en la habitación y fue directamente a correr las cortinas dejándolos en una penumbra en la que podían verse estando cerca el uno del otro. La presencia de Zani era algo que realmente anhelaba. Hacía mucho tiempo que no había sentido aquella seguridad que emanaba de él, como si aquel hombre que aún amaba pudiera borrar el pasado y ofrecerle un futuro lleno de esperanza, pero no era así. Por mucho que Zani lo intentara, su destino ya estaba escrito. El destino de los dos.

Dejó las llaves del coche, el bolso y el teléfono móvil sobre la mesa de escritorio que había en un rincón y se volvió para encarar al amor de su vida.

—Zani, sé que no entiendes la situación, que en tu mente bullen miles de preguntas...

—No —cortó él.

—¿No? —Frunció el ceño.

Zani se acercó y cogió su rostro entre las manos.

—Me da igual que estés con ese tipo ruso, me da igual lo que hayas hecho en el pasado. No haré ese tipo de preguntas, aunque sí deberás contestar a otras, y estas conciernen solo al presente. Después hablaremos del futuro y olvidaremos el pasado.

Cerró los ojos. Necesitaba que él supiera qué era lo que la había llevado a cambiar de vida y a salir de la agencia. No había un futuro para ellos, porque ella ya no quería ese futuro. Su vida se había roto hacía ya tiempo.

Iba a contestar cuando sintió sus labios sobre los suyos, Zani apresó su boca como si no tuviera bastante, su lengua la buscaba desesperado y ella respondió. Estaba siendo egoísta, pero no le importó. Él nunca la perdonaría, ni por esto ni por su historia pasada. Así que decidió seguir adelante.

Sus manos buscaron la ropa y poco a poco se fueron desprendiendo de ella sin dejar de acariciarse con la lengua.

Michael sintió crecer la abrumadora lujuria que siempre provocaba en él Eidel. Desde que la tuvo por primera vez entre sus brazos, esa sensación no había desaparecido del todo y parecía hacerse más fuerte.

El dolor que había sentido años atrás estaba volviendo y, a pesar de tenerla desnuda y de estar acariciando todo su cuerpo con las manos, la rabia se estaba intensificando. Pero había decidido canalizarlo hacia el placer intenso que le proporcionaba su cuerpo.

Quería deshacerse de aquel extraño resentimiento hacia ella, amarla de nuevo haría que su mente encontrara las respuestas.

La estrechó entre sus brazos y besó su cuello antes de llevarla a la cama y dejarla boca arriba, expuesta y deliciosa. Se colocó encima de ella aguantando el peso de su cuerpo con los brazos flexionados y siguió lamiéndola hasta que llegó a su centro.

Eidel se sacudió y su respiración se volvió errática. Estaba tan ansiosa como él, eso no podía negarlo. Introdujo un dedo y lo movió mientras su lengua jugaba con el clítoris hinchado.

Ella se arqueó y buscó más, apretando su centro contra sus labios. Rodó las caderas y los recuerdos volvieron a su mente. Eidel no hablaba nunca durante el sexo, su cuerpo hablaba por ella y él sabía perfectamente lo que quería en cada momento. Así que se lo dio, el orgasmo la recorrió por completo y él pudo ver en sus ojos la excitación y el deseo.

—Zani...

Michael puso las manos en sus tobillos y la arrastró suavemente hasta el borde del colchón, esa postura siempre le había gustado y a ella también.

Mierda.

—¿Eidel?

Su respuesta fue un solo gemido que hizo que su pene saltara.

—No tengo preservativos.

—En mi bolso —dijo ella señalando al escritorio.

—Ah —dijo confundido y prefirió no pensar en su vida sexual, Eidel podía hacer con su cuerpo lo que quisiera.

—¿Creías que yo no quería esto? —preguntó ella.

Michael apartó la pistola que estaba encima de un envoltorio y sacó el preservativo de su interior. Solo llevaba uno, y eso, de alguna manera, lo tranquilizó.

—Lo siento, no he querido insinuar nada —se disculpó.

—Nos hemos echado de menos, esto tenía que pasar. Ven.

Intentó dejar la mente en blanco o, al menos, que solamente ella estuviera dentro de su cabeza.

Eidel se sentó en el borde de la cama y lo atrajo por detrás de los muslos. Cogió el preservativo de su mano y se introdujo el pene en la boca haciendo que, efectivamente, solo estuviera centrado en ella.

—Eidel... —susurró poniendo una mano en su cabeza.

La mano de Eidel sostuvo sus testículos y los apresó suavemente. La excitación estaba llegando demasiado deprisa, pero ella pareció notarlo y se separó para enfundarlo en el condón.

—Túmbate.

Lo hizo, quería tenerla encima.

—Te necesito tanto.

—Y yo a ti —dijo incorporándose y cogiendo de nuevo su rostro—. Quiero pertenecerte de nuevo —añadió contra sus labios.

Cuando se enterró en ella, dejó que llevara el ritmo, acarició sus pechos y succionó los rosados pezones entre gemidos que aumentaban con el movimiento cada vez más rápido de Eidel.

Terminó sentado, abrazándola por la cintura, con su cabeza apoyada en sus pechos, sintiendo el corazón y la respiración acelerada de la que una vez fue su chica. Y el orgasmo los alcanzó a los dos a la vez, uniendo lo que el tiempo había separado.

Se quedaron inmóviles, solo sintiendo lo que sus cuerpos transmitían. Y volvió a cabrearse consigo mismo. ¿Por qué parecía dispuesto a perdonarlo todo? Ella lo había echado de su lado y había vivido una vida lejos de él porque así lo había elegido. Los sentimientos contradictorios se agolpaban en su jodida cabeza.

Se separó de ella y se fue al baño. Una vez dentro apoyó la frente en la puerta. No tenía ni puta idea de cómo gestionar esto. Su corazón la había reconocido pero su mente se negaba a perdonar, a dejar pasar lo que un día le hizo. ¿Acaso ella pensaba que era una maldita piedra?

Y ¿qué pasaba con Theresa? Esa chica no llevaba la carga que llevaba Eidel. Y se había enamorado de ella. Sí, también se había deshecho de él y estaba con otro. Pero ¿eso era excusa para buscar a Eidel de nuevo? ¿No había tenido suficiente con las palabras que le había soltado en Montana?

Se dio una ducha rápida y salió más centrado. Ella seguía en la cama y lo miró soñolienta.

—Me quedaría dormida.

—Hazlo, te despertaré...

Se incorporó y se apoyó en el cabezal.

—No puedo, tenemos que hablar.

Él empezó a vestirse. Era extraño hacer eso con Eidel, siempre volvía a la cama y se acurrucaban juntos; hoy no podía hacerlo.

—Pongamos las cartas sobre la mesa —ofreció ella.

—Eso esperaba.

Se subió los pantalones y la miró mientras se sentaba en la silla que había junto al escritorio.

—Tú primero —ofreció.

Ella levantó una ceja y después asintió.

—Si te preguntas si finalmente dejé la agencia te diré que sí, aunque sigo vinculada.

—¿Vinculada? ¿Cómo? No creo que la agencia te haya pedido que tengas una relación sexual con el enemigo.

Esto iba a ser difícil, pensó Eidel.

—No, eso es algo personal.

—¿Estás enamorada de él?

—No.

Él se pasó una mano por el pelo, en su mirada podía ver la confusión.

—Necesitaba entrar y nadie confiaba en mí, así que decidí conquistar a Alexey...

—Y lo lograste. —En la mirada de Zani había dolor.

Ella asintió.

—¿Tienes un contacto dentro?

—Dentro, no. Pero está cerca. No puedo darte su identidad. La CIA lo puso ahí sabiendo que se comunicaba con alguien; no saben que soy yo.

—Eso es peligroso, si te descubren o lo descubren a él... Sé que es

Hassan.

Zani lo sabía, debería haberlo supuesto. Asintió antes de contestar.

—Estamos a punto de terminar con esto.

Zani se levantó y fue a sentarse a su lado.

—¿Por qué lo haces, entonces? Sabes perfectamente que cuando la agencia dé contigo terminarás en una prisión federal.

Sonrió. No, no terminaría en una prisión. Ella sabía perfectamente dónde terminaría, pero no se lo iba a contar a Zani.

—No, si puedo evitarlo.

—¿Vas a estar escondiéndote siempre?

—No.

Notaba como se le acababa la paciencia, y por lo que sabía, Zani tenía mucha.

—Maldita sea, Eidel. Huiste de mí y traicionaste a tú país. ¿Qué ocurrió? ¿Fue tan grave como para deshacerte de mí? Te podía haber ayudado...

Solo podía explicarle una parte.

—Las cosas no fueron bien en China, alguien me descubrió y lo pagué muy caro. Y no, no hubieras podido ayudarme.

—Me destrozaste. —Se volvió a levantar y se paseó por la habitación—. Incluso mi familia te echó de menos.

—Lo siento, Zani.

—¿Qué paso? ¿Qué te hicieron?

—No voy a hablar de eso, no estoy preparada.

Al fin y al cabo, algún día, Zani recibiría una carta de su puño y letra. Y en ella le explicaría lo ocurrido. Lo tenía todo controlado.

Se levantó y también se vistió ante la mirada de él.

—Háblame de ti. Puedes confiar en mí, Zani. Además, te puedo ayudar.

—¿Y si te descubren?

—No lo harán, llevo dos años metida en esto. ¿Quién crees que les hizo llegar el arma que pretenden vender?

—¿Tú? Joder, Eidel. ¿En qué estabas pensando? Te van a matar.

—Esas armas no existen, son un prototipo que la CIA desechó hace tiempo. Mi contacto convenció al gran jefe para que, al menos, pudiéramos hacernos con una de ellas y ofrecérsela a Garris. Lógicamente, Garris quiso ver cómo funcionaba y me obligó a inyectarle el compuesto a un pobre hombre. Cambié el contenido con ayuda de una enfermera que conozco y

solo le provoqué un ataque epiléptico. Garris y Alexey se lo tragaron, pero no pude salvarlo. Le dispararon antes de que pudiera llevarlo a un hospital.

—Joder.

—Ahora dime lo que estás haciendo aquí, Zani. Tú no eres ningún terrorista.

Michael se acercó a ella.

—Solo mi familia y tú me llamáis Zani. Para mis compañeros de equipo soy Michael.

Ella lo miró a los ojos.

—Siempre serás Zani para mí. Y ahora...

—Estamos aquí para descubrir a Garris y a los otros compradores, me hago pasar por un comprador israelí para no levantar sospechas.

—Buen punto. ¿Tu equipo anda cerca?

—Ahora mismo, no.

—¿Tus guardaespaldas?

—Pertenece a mi unidad, sí —cogió sus manos, parecía que tenía necesidad de tocarla—. Después de irme de Montana empecé a trabajar en una empresa de seguridad. A veces hacemos trabajos a ese nivel, pero también trabajamos para el gobierno. Operaciones encubiertas.

—¿Tenéis órdenes de detenerme?

—No, pero descubrimos tu identidad enseguida. Garris también lo hará.

—Ya no estaré aquí para entonces.

—Eso espero.

—Los otros compradores son un ruso llamado Boris Vasíliev y un chino llamado Chan Lee, este último lo quiero para mí. Pero trabaja para Garris, no confíes en él, es un señuelo para que aumentéis vuestras ofertas. Esa es toda la información que necesitas.

—Necesito ganar la puja.

Ladeó la cabeza y lo observó, su rostro no había cambiado mucho, sus ojos, de un color azul verdoso, seguían siendo tan genuinos como siempre, aunque ahora los cubría un aura de tristeza.

—Entonces deberías aumentarla en más de sesenta millones de dólares, es la puja más alta hasta el momento y la ha propuesto Vasíliev.

—No hay problema.

—Ahora debo irme. Alexey puede sospechar.

—Eidel, no vuelvas con él.

—Debo hacerlo.

Zani, soltó sus manos y dio un paso atrás.

—No has cambiado, sigues huyendo de mí.

—Tengo poderosas razones para hacerlo, algún día lo comprenderás.

—Explícamelo ahora. No entiendo por qué dejaste la agencia si de alguna manera sigues ayudando a tu país.

—No, Zani, eso es solo una excusa para meterme dentro. Es tarde y debo irme. Volveremos a vernos y entonces lo entenderás.

Se puso de puntillas para besarlo en la mejilla, pero él la atrapó entre sus brazos y volvió a besarla apasionadamente. Tanto, que notó como una lágrima resbalaba por su rostro. Se apartó y bajó la cabeza antes de que él se percatara de su dolor.

Salió deprisa de la habitación, pensando en lo mucho que lo había querido y en como las circunstancias se habían torcido tanto que era demasiado tarde para arreglarlo.

Capítulo 19

Michael se dejó caer en el borde de la cama cuando se quedó solo.

¿Sería posible volver a empezar? ¿Podría entender los motivos que llevaron a Eidel a alejarlo de su lado? ¿Qué coño pasó en China para que ella quisiera volver allí cuando la misión ya había terminado?

No había tenido tiempo de preguntarle por su hijo, ese crío debía estar en alguna parte y ella estaba involucrada con un grupo de mafiosos que se dedicaban a robar armas del gobierno estadounidense. ¿En qué estaba pensando? Si ella caía, ¿qué sería de ese niño? El padre no es que estuviera en una mejor situación que ella. Alexey se dedicaba a lo mismo.

Estaba claro que ese tal Lee Chan tenía que ver con algo que ocurrió en China, Eidel había dejado claro que lo quería para ella.

Apoyó los codos en las rodillas y sostuvo la cabeza entre sus manos. Demasiadas preguntas sin respuesta. Eidel le había dado información importante para poder terminar la operación que los había traído a Tel Aviv con éxito, pero ella parecía ir por libre. Era como si Eidel tuviera una misión alternativa, y mucho se temía que era algo personal.

Se levantó y salió de la habitación, una vez fuera, iba a caminar por las calles de la ciudad, pero abandonó la idea. Alguien podía reconocerlo y joder la operación, así que buscó un taxi para volver al Royal Beach.

Veinte minutos después entró en su habitación y se encontró con la unidad al completo dispersados por la habitación como si estuvieran en su casa.

—Hola, cariño, que bien que hayas vuelto —soltó Dan provocando las risas de sus compañeros.

Sus ojos buscaron a Wyatt, estaba sentado en el sofá y levantó las manos en señal de rendición negando con la cabeza.

—¿Qué hacéis todos aquí?

—Esperarte o salir a buscarte —Killian miró su reloj—. Media hora más y te habríamos pillado en ese hotel.

Frunció el ceño. Mierda. Sacó su móvil y lo dejó en la mesa de un golpe.

Le habían hecho un seguimiento, sabían dónde estaba en todo momento.

—No tenías ningún derecho —acusó al capitán.

No esperaba que el dispositivo estuviera activo las veinticuatro horas del día.

—Ni tú a largarte sin decir nada —contestó Slade pragmático, aunque no parecía cabreado.

—Era algo personal —se excusó.

—¿En medio de una operación? —El capitán tenía razón.

—Lo siento, tenía que hablar con ella.

—Parece que la chica ha sido honesta contigo, efectivamente ha ido sola a tu encuentro.

Joder.

—¿Estabais allí?

—Vigilando los alrededores, sí —contestó Ian.

—Y cuidando tu culo —añadió Elijah.

—No necesitaba...

—Cuidado —cortó el jefe—. No hagas que te saque de la operación y mande tu trasero de vuelta a casa.

Perfecto, algo cabreado sí estaba.

—Aparte de lo que todos imaginamos, ¿has conseguido información? —preguntó Jacob.

—Sí, sé los nombres de los otros pujadores y lo que debemos ofrecer para conseguir el arma. Aunque uno es solo un señuelo, se trata de Lee Chan.

—Bien, el riesgo tenía que tener una compensación —apuntó Wyatt.

—¿De cuánto se trata? —preguntó Slade.

—Debemos superar los sesenta millones.

Varios silbidos invadieron el espacio.

—Joder, no se andan con tonterías —soltó Pam.

—Dale los nombres a Aylan —ordenó el capitán.

Aylan ya estaba sacando el portátil de su mochila.

—Vamos a la otra habitación —propuso.

Mientras Aylan pasaba la información a la CIA, Michael habló con el jefe y Killian. Tenían que acudir de nuevo a la mansión de Garris, que había organizado otra maldita fiesta, y esta vez tenía que quedarse más tiempo ya que la idea era subir la puja y mostrarse muy interesado en obtener el arma bacteriológica.

—Killian y Matt nos irán informando desde dentro. Pam será tu acompañante.

—¿Por qué?

—Porque debes dar una apariencia de normalidad.

No le apetecía nada tener que esquivar a Pam para poder ver a Eidel, y mucho se temía que era eso precisamente lo que Slade quería evitar.

—Killian llamará la atención con su supuesto encaprichamiento hacia la mujer de Garris. Suele estar en todas las fiestas y solo la acompañan sus guardaespaldas. En cuanto a ti, le alegrarás la noche a ese tarado con tu oferta. La idea es que Garris no esté muy centrado en el tema y acepte sin más.

—Entendido.

No estaba de acuerdo con el plan, temía que el ruso hubiera descubierto a Eidel que, aunque siempre había sabido moverse como un fantasma y desaparecer, podría haber perdido práctica. Quería ver si estaba bien, si ella le hacía alguna señal.

A las ocho en punto de la tarde estaban llegando a la mansión de nuevo. Michael estaba hasta los huevos del paripé de Garris que, entre negocios, hacía esas falsas fiestas dando a entender que pertenecía a la alta sociedad.

Maldito idiota estreñado.

—Cambia esa cara, Michael —le advirtió Ian.

Asintió y salió del coche asqueado. Tenía que hacer su trabajo y no estaba nada a gusto con la situación. Si por él fuera, dejaría que la agencia se encargara de todo, aunque esta quería a los terroristas con las manos en la masa.

También estaba el problema añadido de que iban detrás de Eidel. Debería sacarla de allí y llevársela tan lejos como pudiera. Había remotas islas vírgenes, ¿verdad?

—Vamos, cariño. —Pam estaba ya metida en su papel y tenía que admitir que estaba preciosa.

—Parece que te lleven al matadero —murmuró Matt detrás de ellos.

—Un minuto... —pidió recomponiéndose el traje.

—No os retraséis —ordenó Slade por el auricular de Pam.

El único que no lo llevaba era él.

—Estamos entrando— contestó ella haciendo rodar los ojos.

—¿Michael? —preguntó Killian.

—Estoy listo.

Estaban los cuatro de pie en la entrada y eso no daba buena imagen, así que subieron la escalinata con Pam colgada del brazo de Michael.

—Esto está lleno de gente —susurró Pam.

—Mejor, así cuando nos larguemos pasaremos desapercibidos —contestó deseando que llegara la hora de escabullirse.

—No lo creo, eres uno de los compradores —murmuró Killian—, y no olvides que mi papel aquí me está tocando los huevos. Estoy dispuesto a largarme antes que tú, así que deja de mearte en los pantalones, joder.

Sonrieron ante la pulla del teniente, que tenía que engatusar a la bella dama de Garris y, por lo visto, prefería ahorcarse.

El gran salón estaba repleto, sí. Michael y Pam se dirigieron a la barra mientras Killian y Matt se quedaban a un lado para proteger y vigilar todos los movimientos de Michael, o eso pretendían aparentar.

—Ahí la tienes —avisó Matt—. Ya te ha echado el ojo.

Killian fingió no darse cuenta, pero terminó por cruzar la mirada con la mujer asiática. Ella le dedicó una pequeña sonrisa mientras Garris no dejaba de parlotear con dos hombres. El ruso y la chica que Michael conocía, Eidel, aparecieron tras ellos.

El teniente soltó una de sus radiantes sonrisas destinada a la mujer de Garris sabiendo que Alexey... sería testigo.

El hombre miró a la asiática y después a él. Killian apartó la mirada visiblemente avergonzado.

—Payaso —dijo Pam por el pinganillo.

—Soy el mejor —replicó Killian.

Tanto Matt como Killian observaron a Michael y a Pam bailar entre la gente que se movía al ritmo de una canción lenta de Scorpions; *Still loving you*.

El jodido Garris no tenía mal gusto con la música, pensó Michael.

Eidel no dejaba de mirar en la dirección de los bailarines. Aunque se cuidaba mucho de que el ruso lo notara.

Slade y el resto del equipo debían estar a punto de entrar en la nave y destruir el arma. Después, todo habría terminado, y él sacaría a Eidel de todo esto. No sabía que pasaba con Lee Chan, ella quería terminar con él, lo había visto en sus ojos que, cuando habló de él, se llenaron de odio.

—Ya es la hora, más tarde estarán borrachos —le dijo Alexey a Garris.

Eidel estaba pendiente de Zani y de esa chica con la que bailaba, pero oía perfectamente lo que hablaban los dos hombres. También se percató de cómo Zia miraba a uno de los guardaespaldas de Zani. ¿Qué pretendía ese tío? Si Garris se percataba del cruce de miradas y sonrisas, iba a terminar muerto.

Zia la miró un momento y ella negó con la cabeza de manera casi imperceptible. La chica era una cazafortunas de primera. Pero se estaba equivocando con su hombre si pensaba que podía serle infiel con ese tipo, que, por cierto, estaba bastante bueno. Garris podía tener a la mujer que quisiera y que llevaran casi un año juntos no impediría que le diera una paliza a Zia y la desechara en cualquier cuneta, lo más probable, muerta. Para su consternación, Zia sonrió de nuevo.

No iba a preocuparse por ella, pero en los dos años que llevaba metida en esto había visto a Garris y a Alexey hacer atrocidades. Si ella quería jugarse el cuello era su problema.

«¿Y qué estás haciendo tú?» Le preguntó una voz interior que prefirió ignorar.

Cuando Zia se disculpó con los hombres y se fue, suponía que, al baño, el guardaespaldas la siguió sin tener en cuenta que Alexey los estaba observando.

Mierda, esto iba a terminar muy mal.

—Avisa a los compradores, Elizabeth. —Alexey le tocó el brazo—. No tardes en traerlos. Primero a Mizraji y después a Vasíliev.

Por su tono de voz sabía que se estaba conteniendo. Por suerte, Alexey siempre daba prioridad a los negocios. Eidel esperaba que dejase pasar lo de Zia.

—Que no se relacionen entre ellos, sigue el protocolo —dijo Alexey antes de ir detrás de Garris —Avisa también a Chan.

Protocolo, incluso la palabra sonaba extraña en sus labios. Le iba a dar la risa tonta si seguía pensando en ello.

Ir a por Vasíliev no tuvo importancia, pero dirigirle la palabra a Chan era algo superior a sus fuerzas. Odiaba a ese hombre, había seguido sus pasos y, con el tiempo, supo que era un comprador recurrente. Aunque esta vez no

estaba interesado en comprar, otras veces sí lo había hecho.

China era un enemigo encubierto que, de cara a la galería, parecía tener buenas relaciones con Estados Unidos, pero a la hora de la verdad lo estaba superando; aunque viendo actuar a Chan, la guerra de armas consistía en copiar al enemigo y mejorar el prototipo.

Cuando se acercó a Zani su estómago se revolvió. La mujer que bailaba con él era preciosa y aunque podría ser alguien de su equipo, cabía la posibilidad de que fuera una chica que hubiera conocido e invitado a la fiesta. ¿Después se acostaría con ella?

—Señor ..., perdone que le moleste, pero debe acompañarme.

Zani miró a su acompañante y esta besó su mejilla.

—Te estaré esperando —dijo dulcemente.

—No tardaré —contestó él con su mejor sonrisa.

El intercambio no le gustó nada, los celos estaban haciendo acto de presencia y eso era algo a lo que no estaba acostumbrada.

Capítulo 20

Mara dejó a la madre y a la hermana de Denis en la mansión y salió disparada hacia el hospital junto al guardaespaldas de su amigo y Jude. Joel conducía ahora otro vehículo que habían ido a buscar a casa de Denis, y quería también visitar a su jefe. Había dado órdenes a los otros escoltas para que protegieran a la familia de Denis.

El encuentro en el aeropuerto había sido efusivo, la habían abrazado y había visto la triste mirada de la señora Vides, algo no iba bien, pero no era el momento de preguntar. Además, cuando Jude apareció por la terminal como si casualmente la hubiera encontrado, corrió hacia su amigo de la juventud y saltó sobre él. Había viajado con ellas, pero había querido sorprenderla.

Desde luego lo consiguió. Sabía que iría a la boda, pero Denis le había dicho que él vendría dos días antes del enlace.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Jude desde el asiento de atrás.

—Me ha dicho que se había sentido indispuerto en la calle y que alguien le había llevado al hospital.

Joel frunció el ceño sin apartar la vista de la carretera. Pero el guardaespaldas no abrió la boca.

—¿A pocos días de la boda? —Jude se echó a reír—. ¿No sabe cómo escaquearse?

Mara se giró en su asiento y casi sin poder contener la risa lo miró.

—¡Jude! No seas cruel.

Por el rabillo del ojo vio a Joel sonreír.

—Hombres... Tenéis un miedo atroz a los vestidos blancos.

—Dijo la que aún está soltera y sin compromiso —contraatacó Jude.

—Ya hemos llegado —anunció Joel.

Lo que le vino muy bien, ya que Jude tendía a terminar cabreándola con sus pullas.

—¿Ese no es Denis? —preguntó Jude señalando la puerta—. ¿Y ese pibón que lo acompaña quién es?

Joel salió del coche mientras ella contestaba a Jude.

—Ese «pibón» es intocable para ti, está casada, así que compórtate.

—Eh, solo preguntaba —se defendió él saliendo del coche.

Cuando ella salió sus ojos se encontraron con los de Denis, estaba pálido y no tenía muy buena cara. Suemy, la amiga que los invitó a una barbacoa en su casa, le dedicó una sonrisa y enseguida fue a besar su mejilla. A Mara le caía bien esta mujer.

—¿Denis? ¿Cómo estás? —preguntó acercándose a él.

Para su sorpresa Denis la abrazó. Parecía estar contento de verla, como si supiera que alguien los había atacado a Joel y a ella. Pero era imposible, había estado todo el tiempo con el guardaespaldas y no habían logrado contactar con él hasta que el propio Denis la llamó al teléfono móvil, que él mismo le había regalado, para que fuera a buscar a su familia al aeropuerto.

—Bien, solo tengo que descansar un poco. —Mara vio la mirada cómplice entre Sue y él, y eso no le gustó.

—¿Estás seguro? —interrogó.

—Después hablaremos —contestó misterioso.

—Eh, tío. Tienes mala cara. —Jude lo abrazó también sin soltar su mano.

—Gracias —contestó el aludido haciendo una mueca.

—Señor Vides, deje que lo ayude —se ofreció Joel.

—No te preocupes. —Denis miró a Sue mientras a ella la guiaba suavemente a sentarse en el asiento trasero—. Deja tu coche aquí, enviaré a alguien a recogerlo.

Sue lo miró pareciendo entender algo y después subió a la parte de atrás, junto a él. Denis quedó entre las dos y buscó su mano de nuevo. Pero ¿qué le pasaba? ¿Tenía miedo de que saliera corriendo en algún momento?

Jude se sentó junto a Joel y se giró en su asiento.

—Denis, ¿no piensas presentarme?

—Lo siento, Jude. Sue, él se Jude, un amigo de la infancia. Jude, ella es una amiga, con la que he colaborado alguna vez; es arquitecta.

—Un placer —dijo estirando la mano entre los dos asientos.

—El placer es mío. —Ante tal empalago Mara puso los ojos en blanco.

—Cuidado, Sue. Es peligroso —advirtió, haciendo reír a la chica.

Lo cierto es que Jude era un morenazo de cuerpo fibroso y muy guapo. Pero tenía la fea costumbre de acostarse con las mujeres, como si tuviera que batir algún récord.

—Lo tendré en cuenta.

—Mierda, tienes pareja, ¿verdad? —Jude parecía defraudado porque ella no hubiera preguntado el porqué de su advertencia.

—¡Jude! —exclamó Mara—. ¡Para!

—Me temo que sí —contestó Sue riéndose.

—Nunca cambiarás. —Denis negó con la cabeza—. ¿Has dejado a alguna azafata en paz?

Jude sonrió de lado.

—Nunca lo sabrás.

—Señor Vides...

Denis se centró en Joel y negó con la cabeza.

—¿Adónde?

—Vamos a mi casa, Denis —ofreció Sue—. Allí podrás descansar, ya sabes que hay habitación de invitados.

Mara se sintió excluida, no había entendido el intercambio entre Denis y Joel, pero Sue sí.

—Estáis todos invitados, así podréis hablar —continuó la chica.

¿Hablar? También podían hacerlo en casa de Denis, ¿por qué no quería él volver a casa? De todas formas, a ella le vendría bien hablar de lo que Nadia le había explicado, lógicamente, no se había creído ni una palabra; ella nunca desconfiaría de Denis. Lo conocía demasiado bien.

Lástima que estuviera enamorado de Nadia, esa mujer lo iba a desgraciar de por vida. Observó sus dedos entrelazados y pensó en lo bonito que podía haber sido que ellos terminaran juntos. No había encontrado a nadie que pudiera sustituirlo en su corazón y lo había intentado.

Sue le dio la dirección a Joel y el hombre arrancó sin demora.

—La petarda se va a cabrear —murmuró para sí misma.

—No la llames así —susurró Denis.

Pero, para su consternación, él estaba sonriendo.

—Dime que estás bien.

—Estoy bien —contestó él.

—Mentiroso.

—He dicho lo que me has pedido.

Apoyó a cabeza en su hombro y se alegró de tener unas horas con él.

Denis miró a Sue que sonreía. Ya sabía lo que le estaba diciendo solo con los ojos. «Mara es para ti». Y lo cierto era que tenerla pegada a él le traía paz, aunque Mara fuera un terremoto, a él le infundía serenidad. Y eso parecía contradictorio, pero era real.

—¿No le importará a Slade?

—No. Denis, siempre eres bienvenido a nuestra casa —miró a los otros un momento—. ¿Se lo vas a contar?

—¿Contar? ¿El qué?

Mara se echó hacia adelante para mirar a Sue.

—Cuando llegemos, Mara.

Ella pareció conformarse y guardó silencio el resto del trayecto observando la ciudad a través de la ventanilla oscurecida. Su mano seguía aferrada a él y eso le gustó. Mara no era consciente de ello, pero por mucho que despotricara y quisiera marcharse de Nueva York, él sabía que se quedaría a su lado.

—¿Esa es tu casa? —preguntó Jude señalando al frente un rato después—
Menuda mansión.

—Sí.

—La diseñó ella —añadió Denis orgulloso.

—Y tú hiciste el resto —contestó Sue.

—Me gusta —afirmó Jude.

Después de que atravesaran la verja, Joel aparcó el coche y todos descendieron.

—Pasemos al salón —invitó Sue.

—Deberías llamar a tu madre, se preocupará si no vamos —aconsejó Mara.

Tenía razón, pero podría decirle que estaba trabajando.

—No le habéis dicho nada del hospital, ¿verdad?

—No, tal como pediste —contestó Jude.

Denis se dirigió a Sue.

—¿Dónde puedo...

—Acompáñame.

Cogió de nuevo la mano de Mara sorprendiéndola.

—Tú vienes conmigo —ordenó sin tapujos.

Sue los llevó hasta una habitación que estaba en la segunda planta de la

casa.

—Puedes descansar aquí y tener intimidad. Te puedo dejar algo de Slade si quieres usar la ducha.

Le dio las gracias y llamó a su madre para preguntarle por el vuelo procedente de España y decirle que tenía trabajo y que iría más tarde.

Cuando colgó, cogió el brazo de Mara y la atrajo hacia su cuerpo, la volvió a abrazar y buscó su boca.

—¡Eh! —Mara empujó su pecho.

Denis sonrió.

—Te vas a casar, no me utilices ni me confundas..., no lo consentiré.

Se le borró la sonrisa.

—¿Crees que yo haría algo así? —preguntó serio.

—Ya no sé qué pensar. Te vas a casar con una tarada y estoy segura de que mi Denis habría escogido mejor...

Denis dio un paso atrás.

—No sabes nada, Mara. —Giró sobre sus talones y entró en el cuarto de baño para empezar a desnudarse y darse una buena ducha. Sus movimientos aún eran lentos, pero su mente estaba lúcida.

La puerta se abrió de golpe y su preciosa Mara entró como un ciclón.

—¿Qué es lo que no sé? ¡Cuéntamelo, para que pueda entenderte!

De repente fue consciente de su pecho desnudo.

—¡Deja de quitarte la ropa!

—Y tú deja de gritar, joder. Y puedes entrar, que nada te lo impida — soltó con sarcasmo.

Todo esto le recordaba las discusiones que habían tenido en el pasado. ¿Por qué Nadia no podía ser así? Era tan dócil que le daban ganas de zarandearla. Era a Mara a la que necesitaba para sentirse vivo.

—Tú y yo... tú y yo... nunca...

¿Y ahora, Mara tartamudeaba?

—Nunca, ¿qué? —exigió.

—Nunca hemos hablado de lo que pasó, te fuiste y yo me quedé allí. Y ahora pretendes que adivine tus pensamientos, Denis. ¿Sabes en qué posición estoy? A ojos de todos soy la idiota que va a asistir a la boda de su exnovio. No me apetece, ¿entiendes? Pero si eso te hace feliz lo haré... solo por ti.

Las lágrimas corrían por su rostro. Lo enmarcó con sus manos y limpió sus lágrimas con el pulgar.

—Aún te quiero —confesó él.

—Y yo a ti..., pero no lo tuviste en cuenta.

—Y me arrepiento, no sabes cuánto, cariño. Nunca has salido de mi mente ni de mi corazón.

—¡Joder! —soltó Mara por esa boquita que tanto amaba.

—Sí, nena. Aunque sueltes tacos, por una vez tienes razón.

Ella dibujó una sonrisa triste.

—Pero volviste a por los Taylor, no te arrepientes.

—Ya te lo dije: Ellos destrozaron nuestras vidas.

Mara se acercó y lo besó, y que ese gesto hubiese salido de ella de manera espontánea lo llevo a pensar que los dos querían lo mismo.

La levantó del suelo e hizo que envolviera sus caderas con esas largas piernas que lo habían vuelto loco tanto tiempo atrás.

—Mara...

El beso se tornó furioso y necesitado. Los dos anhelaban esto y lo sabía. No quería pensar en nada mientras empezaba a desnudar a la mujer que tenía entre sus brazos.

Capítulo 21

Mara se negaba a pensar en las consecuencias de sus actos. Había querido dejar pasar la conversación que había tenido con Nadia, pero no lo haría. Esa mujer era dañina para Denis y...

Sus manos la sacaron de ese pensamiento, ahora solo eran ellos, nada ni nadie podía evitar este momento. Y lo deseaba tanto...

Se terminaron de quitar la ropa y él se metió en la ducha arrastrándola a su interior.

—Denis, acabas de salir del hospital...

—Estoy bien, un poco lento aún, pero bien. Ven aquí.

Los dos terminaron debajo del agua y se volvieron a besar. Denis separó sus labios y bajó hasta su pecho mojado capturando con su boca un pezón fruncido, el latigazo de placer fue delicioso.

—Denis...

—Nena...

Eran incapaces de articular más de dos palabras seguidas. Denis buscó su centro y acarició sus pliegues suavemente. Después se arrodilló y levantó su pierna para apoyarla en el hombro mientras su boca jugaba con el clítoris mojado. Ella agarró su pelo con fuerza y cerró los ojos apoyándose en las baldosas a su espalda. El agua caía en la espalda de Denis y le enviaba gotas disparadas a su propio cuerpo. La miríada de sensaciones no tardó en agolparse en su vientre. Un suave cosquilleo que llegó hasta su centro para hacerla estallar en pedazos.

Cuando él se levantó la observó con detenimiento. Mara tenía los ojos entrecerrados, pero sonrió.

—Hazme el amor.

—Estoy en ello.

La levantó a pulso y, dejándola resbalar por su cuerpo, entró en ella. Y si el orgasmo anterior había conseguido dejarla sin fuerzas, ahora, sentirlo en su interior era como si reviviera, como si su cuerpo necesitara la energía de Denis. Quería que él se moviera, pero no lo hacía, tenía los ojos cerrados y

parecía disfrutar del momento.

—Tanto tiempo —murmuró empezando a entrar y a salir, aunque no del todo—. Sigues siendo la mujer más deliciosa del mundo.

Mara volvió a centrarse en ellos, porque su mente no dejaba de lanzarle advertencias sobre el después de todo lo que estaban reviviendo. Todo volvería a su cauce y ella..., ella se quedaría fuera de su vida, de nuevo.

—No pienses, solo siénteme, Mara —Denis había adivinado sus pensamientos.

Lo miró a los ojos y asintió.

El orgasmo volvió a construirse y se aferró a su cuello. Lamió su piel mojada y se dejó llevar hasta que los dos soltaron gemidos amortiguados, respetando la casa ajena en la que estaban.

—Te quiero.

—Te quiero, Mara. Nunca he estado tan seguro de algo.

No quería escuchar eso de sus labios, no ahora, sabía que era debido a lo que acababan de compartir y decidió ignorar la punzada en su pecho. Se giró para coger el champú, pero Denis se lo quitó de las manos y poniéndose un poco sobre la palma de su mano empezó a enjabonarle la larga melena aún rizada a pesar del peso del agua.

—Hoy me he dado cuenta de muchas cosas —empezó a decir—. Me he equivocado en todo. No quiero a Nadia, no estoy enamorado de ella.

Abrió los ojos con sorpresa.

—¿Y vas a casarte sin estar enamorado? ¿Estás loco?

—Por lo visto, sí. Pero ahora estás aquí y eso me hace realmente feliz.

No era suficiente.

—Eso no soluciona nada.

Denis permaneció en silencio mientras terminaban de asearse.

Cuando salieron, supusieron que Sue era la que había dejado pantalones de chándal y camisetas sobre la cama.

—Deberíamos bajar —dijo Mara, incómoda por el silencio reinante.

—Sí, será lo mejor.

Ya no cogió su mano. Aunque, caballeroso, la hizo pasar por delante de él.

Cuando llegaron al salón, Joel los observó suspicaz sin decir nada. Estaban tomando café y refrescos. Mara vio a la loca embarazada, esa tal Eva.

—Habéis tardado tanto que creíamos que estabais durmiendo —dijo Jude riéndose—. Y Denis, nunca me habías hablado de estos bellezones —añadió señalando a Sue y a Eva—. He tenido que buscarme la vida para presentarme, eres una mal amigo.

—¿Y a este de dónde lo has sacado, Denis? —preguntó Eva—. Porque habla por los codos.

—Eh, mientras estos estaban... —hizo una parada dramática—, lo que sea que estuvieran haciendo, os he entretenido.

—Jude, deberías cerrar la boca —advirtió Mara—. Tenemos algo que contaros, ¿verdad, Joel?

Denis se envaró.

—¿Pasa algo?

Joel explicó, ante la estupefacción de todos, lo que les había pasado en la carretera y Mara añadió lo que Nadia le había mostrado en el despacho.

—No la creí. Aunque para ella me largué cabreada, en realidad fui a buscarte a tu oficina, pero no te encontramos.

—Cuando vi a la señorita Nadia hablar con aquellos hombres, algo me dijo que usted no estaba al tanto, fui a buscarlo y encontré a la señorita..., a Mara.

—Y sigue llamándola «señorita». —Mara se llevó una mano a la frente y bufó.

—Le quedaría mejor «zorra». Lo siento, Denis —soltó Eva sin dejar de remover con la cuchara su bebida.

Joel sonrió.

—Joder, ¿pero esa mujer está tarada o qué? —preguntó Jude.

—¿Es una pregunta retórica? —preguntó Eva riéndose.

Mara estudió el rostro de Denis, estaba metido en sus propios pensamientos.

—Denis, cuéntaselo. Tal vez tenga algo que ver con la intoxicación —dijo Sue.

—¿Intoxicación? —preguntaron Mara, Jude y Joel al mismo tiempo.

Pero Denis se acercó a Mara y le dio un beso en los labios.

—Gracias por no creer en sus palabras, sabes que nunca haría nada que te hiciera daño, al menos, no conscientemente.

Mara asintió, no era el momento de acusarlo de eso. Años atrás sí lo había hecho. En cambio, sonrió.

—Lo sé. ¿Qué te pasó? ¿Por qué te ingresaron en realidad?

—Encontraron drogas en mi cuerpo. La doctora habló de cocaína o éxtasis.

—¿Qué?

—Una dosis alta, podía haber sido letal —añadió Sue.

—Joder, ha tenido que ser ella, Denis.

Denis se paseó por el salón, de repente se detuvo y se pasó una mano por el pelo.

—No.

—¡¿No?! —preguntó furiosa.

—No tiene ninguna razón para hacerlo. De todas, formas, hablaré con ella.

Mara se quedó paralizada. ¿Denis estaba ciego? ¿O en realidad, iba a suspender la boda?

—¿Va a suspender la boda? —preguntó Joel adelantándose.

—Joder, tío. Eres mi héroe. Aunque tu prometida está buena de cojones, no tiene pinta de ser muy estable.

—Yo no he dicho eso —contestó Denis, decepcionándola.

—¿Y si no fue ella? ¿Quién ha intentado atentar contra tu vida? —preguntó Sue preocupada—. Tus enemigos ya no están...

—No lo sé.

Denis parecía atormentado.

—Esos hombres que viste, ¿cogiste su matrícula? —preguntó a Joel.

—No hizo falta, son los mismos que nos atacaron. Uno de ellos, el que conducía, está muerto.

—¿Muerto? —interrogó Jude.

—En realidad, yo maté a uno y el otro quedó malherido al volcar el coche. Llamé a Erin y ella se está ocupando de todo.

—¿Cómo que tú mataste a uno? —Denis parecía furioso.

—Joel estaba ocupado conduciendo y nos estaban disparando...

—Le dijimos a la policía que había disparado yo —confesó Joel—. Lo siento, jefe. Intenté que la señorita Mara no tuviera ningún problema por eso.

—Puedo suponer que esos tíos te vieron cuando hablaron con la prometida de Denis, tú los viste salir de la casa. Tal vez esperaron a que salieras y te siguieron —conjeturó Eva.

—Dicen que las mujeres embarazadas son más inteligentes, y esa opinión

tiene mucho sentido —dijo Jude.

—Este chico empieza a caerme bien —soltó Eva orgullosa.

Jude le guiñó un ojo.

—Y si esos tipos te siguieron, era porque pensaron que te habías enterado de algo, cuando solo habías oído que hablaban de dinero —conjeturó Sue.

—Yo digo que Nadia está detrás de todo esto —argumentó Jude.

—Por el dinero de Denis no será, viene de una familia acomodada —admitió Mara—. Pero sigo sin fiarme de ella.

Denis permanecía en silencio, y conociéndolo, estaba buscando la manera de exculpar a Nadia.

—Vámonos a casa —dijo al fin—, tengo que hablar con ella.

Y eso le sentó como un tiro. Debería deshacerse de ella de una vez por todas. Pero no, Denis tenía que ser un caballero hasta el final. Maldita zorra, si por ella fuera la echaría a patadas de esa jodida mansión, sin explicaciones.

Se despidieron y Jude, Denis, Joel y ella salieron de la casa.

—Joel, quiero que investigues a la familia de Nadia.

—Por supuesto —contestó el aludido.

Eso ya empezó a gustarle a Mara.

Denis iba a su lado, pero no le dirigió la palabra para nada, estaba sumido en sus pensamientos. Jude bromeaba con Joel y ella no dejaba de darle vueltas al ataque que había sufrido Denis, a su encuentro en la ducha y a que él no hubiera decidido suspender la maldita boda.

Una vez entraron en el recinto, Joel aparcó al lado de dos coches de la policía.

—Puede que estén buscándonos por el accidente —dijo preocupada, pero no veía a Erin por ninguna parte y había cuatro policías en la puerta.

—O por lo de Denis —contradijo Jude.

Denis fue el primero en bajar del coche y dirigirse a los agentes. Los demás lo siguieron.

—Señor Vides —saludó uno de ellos—. Traemos una orden de detención.

Mara tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no sonreír. Nadia salía en aquel momento con uno de esos vestiditos de marca y sus tacones. En la celda iba a estar muy cómoda.

—Cariño, lo siento. —Esa voz dulce y empalagosa se clavó en su cerebro.

Se alzó sobre las puntas de sus pies para besar a Denis, pero este no le

correspondió, por lo que el beso acabó aterrizando en su mejilla y no en los labios, como ella pretendía. Frunció el ceño.

Un agente pasó por su lado y cogió sus brazos para llevarlos a la espalda.

—¡Eh! ¿Qué hace? —preguntó revolviéndose.

—Señorita Mara Lima, queda usted detenida por posesión de drogas — soltó el agente que ya le había puesto las esposas.

—¿Qué? —soltaron los cuatro a la vez.

La sonrisa petulante de Nadia la enervó.

Capítulo 22

Eidel, observaba a Chan mientras este hablaba con Garris, estaba esperando a que el chino terminase para poder seguirle. Tenía que enterarse de dónde estaba alojado y tenderle una trampa. Terminar con ese animal. Le había costado mucho encontrarlo como para dejarlo escapar ahora.

Uno por uno, habían visitado al gran jefe del terrorismo. Zani había hecho una nueva oferta, aunque los otros también. Después de verlas todas, era la de Zani la más suculenta para Garris. Estaba segura de que sería a él a quien le otorgaría la venta y, tal como había visto trabajar a Alexey, su antiguo amante debería andarse con ojo.

Cuando los dos hombres empezaron a hablar, ella salió del despacho para alertar a Zani. Accedió al salón y lo buscó; se estaba dirigiendo hacia la salida. Eidel sabía dónde estaban las cámaras de seguridad, todas y cada una de ellas, así que se encaminó hacia la puerta de atrás.

Michael había visto a Eidel en aquel despacho, Alexey y Garris habían aceptado la nueva oferta y ella no lo había mirado ni una sola vez. Quería verla de nuevo, pero era imposible, esa maldita mansión estaba llena de cámaras. Sabían que en el exterior también, pero los ángulos muertos eran más evidentes y él ya los había visto.

—Esperadme fuera, tengo algo que hacer— dijo Killian cuando avanzaban hacia la salida.

De repente, dos hombres cerraron las grandes puertas impidiéndoles el paso hacia la salida.

—¿Qué coño pasa? —preguntó Killian.

Michael se dirigió a uno de los israelíes que estaban cerrando y se lo preguntó en hebreo.

—Dice que son órdenes del jefe.

—¡Abre esa puta puerta! —gritó Killian a uno de los hombres y a punto de sacar su arma.

Pero los dos hombres los apuntaron con sus armas antes de que ellos pudieran hacer nada.

—Vuelvan al salón —dijo el que aún no había hablado, con un acento muy marcado.

Se retiraron un poco mientras la gente seguía bailando y charlando sin ser conscientes de que los acababan de encerrar.

—Mierda, avisa al capitán y busquemos una salida alternativa —ordenó Killian a Matt.

Volvieron al salón.

—He dejado a la mujer de Garris en un sótano, venid.

Matt iba hablando por teléfono.

—Ya han entrado en la nave y la CIA se ha hecho cargo de los vigilantes y del artefacto. Ya vienen.

—Vamos, vamos —

—Voy a buscar a Eidel —dijo Michael.

—No, Michael. Vamos a ponernos a salvo. Esto no pinta bien —susurró Pam tirando de su brazo.

—Tengo que sacarla de a...

La explosión los pilló desprevenidos y Michael sintió como su cuerpo salía disparado contra una pared. El golpe en la espalda y la posterior caída lo dejó aturdido y los oídos le pitaban.

—Mierda, ¿estáis bien? —preguntó Pam.

Seguramente había tenido que levantar la voz para hacerse oír, pero él la oía lejos a pesar de tenerla al lado.

—¿Algún herido? —preguntó Matt.

—Solo golpeada —contestó Pam.

—Estamos bien, entonces —miró a su alrededor—. ¿Teniente?

—Hay escombros y él iba más adelantado.

Por suerte, la explosión había sido en el centro y ellos estaban en un lateral, pero seguían sin ver a Killian.

Los hombres armados empezaron a disparar a la multitud, que iba cayendo muerta.

—¡Joder! A cubierto, a cubierto —gritó tirándose al suelo.

Sus compañeros lo imitaron y sacaron sus armas.

—Cargaos a esos cabrones —exigió.

—Estamos en ello —Matt estaba dando buena cuenta de su puntería.

Y él no iba armado, maldita sea.

Se levantó y corrió hacia el despacho de Garris escaleras arriba con los gritos de sus compañeros a sus espaldas. Alguien lo debió ver y disparó en su dirección, aunque no le alcanzó ninguna bala. Entró por la misma puerta que había salido hacía solo unos minutos y vio a Garris y a Vasíliev, el otro comprador, en un charco de sangre y sus cuellos rajados. ¿Qué mierda había pasado? ¿Y dónde estaban Alexey y Eidel?

A Garris no le había dado tiempo a sacar una pistola del cajón, pero estaba abierto. La cogió, comprobó el cargador y salió del despacho. Tenía que encontrar a Eidel.

Uno de los hombres que iba armado subió las escaleras y desde la baranda le disparó, se ocultó tras una de las muchas columnas en el piso de arriba y asomó un momento la cabeza. Dejó que disparara de nuevo y acto seguido fue él el que sacó su arma y abatió al idiota.

Fue abriendo todas las habitaciones y no encontró nada más que una pareja de hombres desnudos y asustados.

—Escondeos.

Cerró de nuevo y siguió buscando asomando la cabeza en cada rincón. No había ni rastro de Eidel ni de Alexey. Tal vez se habían puesto a salvo.

Saltó al jardín delantero desde una ventana que quedaba más baja y vio llegar a sus compañeros. Les hizo una señal y todos entraron por una pequeña puerta que parecía ser de servicio y estaba abierta.

—Desplegaos —ordenó Slade.

—Voy a comprobar el sótano.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Dan, pero sabía que estaba preguntando por Pam.

—Sí, si no se han movido, siguen en el salón principal. Killian se ha separado, no sé dónde está.

—Mierda —soltó Doc.

Nada, en el sótano tampoco había nadie. Aunque sí muchos monitores, era un centro de vigilancia que habían dejado abandonado.

Buscó los registros y sacó las grabaciones para esconderlas en sus bolsillos. De algo tenían que servir para investigar.

Los disparos empezaron de nuevo. La unidad estaba haciendo su

presentación. Estaban alejados de la ciudad, así que las autoridades tardarían un buen rato, si alguno de los invitados había tenido el valor de llamar a emergencias.

Tuvo que dejar de buscar a Eidel para ir tras sus compañeros y ayudar. Había aún unos diez hombres armados disparando en todas direcciones cuando volvió a entrar en la casa. Se centró en cada uno de ellos y, al igual que sus compañeros, los fue dejando fuera de combate. Uno a uno, iban cayendo.

—¿Dónde está Killian? —preguntó Pam junto al coche una vez salieron de la casa.

—Aquí. —La voz cansada del teniente salió de entre los arbustos al otro lado del coche—. Abrid el maletero, rápido.

Matt accionó el mando y el portón se abrió.

—¿Qué haces? —preguntó Michael.

—Poner a salvo el trasero de la mujer de Garris.

La llevaba en brazos y, efectivamente, la metió en el fondo del maletero inconsciente.

—¡Joder! —exclamó Matt.

—¿Esto entraba en los planes? —preguntó Pam.

—No, que yo sepa —contestó Matt.

—Supongo que tendrá una explicación —conjeturó Michael.

—Meteos en el coche —ordenó el teniente cerrando el portón trasero.

El resto de la unidad salió y todos se metieron en sendos coches, los que habían alquilado. Slade les hizo una señal para que ellos salieran antes a la carretera.

—Va a ser divertido cuando el capitán vea que te has llevado un *recuerdo* de Garris.

—Tengo mis razones.

Matt iba a incorporarse a la carretera cuando un Rolls-Royce con los cristales tintados se cruzó y salió por delante de ellos.

—Parece que tenemos prisa —se quejó Killian.

—Alguien ha salido vivo —dijo Michael pensativo y quería pensar que fuera Eidel, aunque estuviera con Alexey, pero viva.

—Teniente, ¿hay alguna explicación para esto? —inquirió Pam señalando hacia detrás con el pulgar.

—Tiene el cuerpo lleno de marcas, y yo me he asegurado de que todas las cámaras capten cómo entrábamos en una de las habitaciones. No hemos encontrado a Alexey Kalof, y nos ha visto lanzarnos miradas. No quiero que la culpe de esto.

Michael levanto una ceja.

—¿Y cómo pretendes protegerla?

—Pretendo devolverla a Estados Unidos de una patada.

—¿En serio?

—Es de padre japonés y madre estadounidense, ella nació en California.

—¿Te ha contado eso? —se extrañó Matt.

Killian resopló.

—Sí, de algo teníamos que hablar.

—Hay que joderse —repuso Michael.

—Dices que lleva el cuerpo lleno de marcas, a lo mejor practica sexo...

—No, Pam. Si el sexo te deja tantas marcas, es que algo no va bien —la cortó Killian.

—¿La has visto desnuda? —preguntó Matt de nuevo.

—Cuando le he echado la droga en la bebida, he tenido que esperar a que hiciera efecto y la chica iba embalada. —Se encogió de hombros—. Le he vuelto a poner el vestido y he salido por una de las ventanas trasera. Estaba bastante oscuro. Aunque he visto a tu Eidel merodear por el campo.

Y todo esto radicaba en esa costumbre del teniente de proteger a todo bicho viviente, daba lo mismo que fuera la exuberante mujer de un terrorista muerto. Alguien terminaría por cortarle los huevos, aunque mucho se temía que el jefe llevaría ventaja en eso.

—¿Eidel? ¿Estaba fuera? —se extrañó Michael, él la había dejado en aquel despacho.

—Sí, parecía seguir a alguien. Por poco me descubre.

De repente un coche rojo los adelantó a toda velocidad. Pero a Michael le dio tiempo a ver quién conducía y no era otra que Eidel.

Se iba a matar.

La carretera era de dos sentidos con una línea continua que dejaba claro que era peligroso adelantar.

—¿Eidel? —preguntó en voz alta, más para sí mismo que para los otros.

—¿Es ella? Va demasiado rápido —dijo Matt.

—Síguela —ordenó.

—De eso nada, no estamos en posición...

—No jodas, teniente —lo cortó—. Está en peligro; algo pasa.

Pam, que estaba a su lado en el asiento trasero, puso una mano en su hombro.

—¿Y si la llamas? Tal vez te cuente algo. Es cierto que parece tener prisa, incluso diría que va tras el Rolls-Royce.

Michael asintió y sacó su móvil intentando calmarse. No perdía de vista el coche rojo que Matt no dejaba que se alejase demasiado. Punto para él.

—Buzón de voz —dijo.

—Más vale que no lo coja... —advirtió Matt.

Era cierto, Eidel podría tener un accidente ante sus narices.

—Estamos entrando en la ciudad, va a tener que reducir la velocidad —apuntó Killian.

De repente se oyeron golpes y gritos provenientes de la parte trasera del coche.

—Bella durmiente se ha despertado, a ver cómo le explicas ahora que no la has secuestrado, teniente —dijo Pam con sorna.

Michael no escuchó la conversación, ya que estaba concentrado en ver cómo Eidel se precipitaba hacia la ciudad sin perder velocidad, delante iba el gran coche de lunas tintadas. Quizás Pam tuviera razón, parecía perseguirlo; entre el coche de Eidel y el otro había tres coches, permanecía camuflada. Cuando todos tuvieron que parar en un *stop*, Michael vio la oportunidad.

—Os llamaré.

Abrió la puerta y corrió serpenteando los dos coches que lo separaban de Eidel, Oyó al teniente gritar su nombre mientras lo hacía. Alcanzó el coche rojo, un Mazda, y abrió la puerta del acompañante que, por suerte, no estaba bloqueada.

Vio a Eidel sacar una pistola inmediatamente.

—Eidel, soy yo, guarda eso.

—¡Sal del coche, Zani! —gritó dejando el arma en su regazo.

—¿Estás bien? —la repasó con la mirada—. Garris ha muerto...

—Estoy bien, no estaba dentro. Te busqué... después te vi salir.

—Yo también te busqué, estaba preocupado.

No contestó ni lo miró, solo avanzó un poco cuando el coche de delante se incorporó a la carretera.

—¿Qué estás haciendo? Persigues a alguien, no hay duda —inquirió él.

Ella lo fulminó con su mirada gris.

—No te metas en esto, Zani.

Se quitó la chaqueta del traje y la pajarita y los lanzó al asiento trasero. Se deshizo de los gemelos que fueron a parar al mismo sitio y se subió las mangas, después se abrochó el cinturón de seguridad. Ella arrancó y también se incorporó a la carretera de cuatro carriles, adelantando a los coches hasta que vislumbró el Rolls-Royce.

—Maldita sea.

—¿Me lo vas a contar? ¿O tengo que adivinarlo?

—Tengo una cuenta pendiente con ese tío —admitió a regañadientes.

—Eso ya me lo imagino.

—Es todo lo que tienes que saber.

Redujo una marcha y volvió a acelerar.

—Es uno de los compradores, ¿verdad?

Ella no contestó.

—Déjame adivinar, ¿Lee Chan? Dijiste que lo dejara para ti. ¿Es él el que ha puesto la bomba en la mansión? ¿El que se ha cargado a Garris? ¿Por eso lo persigues?

Eidel volvió su cabeza con el ceño fruncido haciendo volar su oscura melena.

—Sí, ha sido él, está claro que si se quitaba a Garris de encima él podía seguir con el negocio. Pero no voy tras él por eso, toda esa gente me importa una mierda, están mejor muertos que vivos. Esto es algo personal.

—No voy a consentir que jodas más tu vida.

Ella abrió la boca y después la cerró.

—Está saliendo —murmuro.

—Eidel...

—Basta, Zani. Solo quiero saber dónde se aloja. Y no vas a poder hacer nada, mi vida se jodió hace tiempo —masculló.

Michael levantó una ceja, ¿se refería a su ruptura?

—¿Cuándo?

—En China, y deja de preguntar.

En China, ¿qué coño pasó en China?

—Perfecto, En cuanto sepas en qué hotel está, nos iremos. ¿Quieres joderlo? Te ayudaré. La CIA ya está detrás de todo esto y no tardará en intervenir.

Eidel vaciló un momento.

—¿Ya están avisados? Pero si aún no se ha hecho la entrega.

—Van a esperar, lo mejor sería que te mantuvieras apartada.

—Lo haré.

Su contacto no le había dicho nada. Hassan había salido ileso, igual que Alexey, pero ninguno de los dos había contactado con ella, aún.

Siguió el coche de Lee Chan y lo observó mientras entraba en el *parking* privado del hotel Sheraton. Ya averiguaría en qué habitación estaba y cómo llegar a él sin que los que lo rodeaban se dieran cuenta.

Por el momento tendría que largarse y confiar en que Zani no quisiera saber nada más.

Siguió su camino pasando de largo el hotel y buscó una cala donde detenerse.

—Esto no lo esperaba —dijo Zani cuando aparcó en un lugar oscuro y a salvo de miradas indiscretas.

—Te lo he dicho, solo quería saber dónde estaba. Ninguno de vosotros sabe dónde se hospeda el otro. Garris se negaba a saberlo, a pesar de que Alexey le advertía continuamente de que había que manteneros vigilados.

Y lo hacía.

—¿Lo hace? —preguntó él leyéndole el pensamiento.

—Por supuesto.

—¿Cómo?

—No conoce todos vuestros movimientos, pero os tiene localizados en el hotel. Si intentarais huir del país antes de dar por terminada la transacción, él sería capaz de detenerte antes de que pudieras conseguirlo.

—Mata a los otros compradores, a los que se quedan fuera —adivinó Zani.

—Sí.

—¿Has tenido que hacerlo?

—No, siempre se ocupa él —confesó.

Zani asintió.

—¿Alexey está vivo?

—Creo que sí, no estoy segura. —Ni le importaba.

—Perfecto, ¿y no sería mejor que Alexey se hiciera cargo del trabajo sucio? De todas formas, Chan Lee va a morir después de lo que ha pasado.

No sabía qué contestar a eso. Tal vez debería hacerle creer que no iba a hacer nada.

—Quizás se lo permita —mintió apoyando la nuca en el reposacabezas del asiento.

Capítulo 23

Denis intentó impedir que el agente metiera a Mara en el vehículo policial.

—¡Se están equivocando! —gritó deshaciéndose de Nadia que intentaba tirar de su brazo.

—Denis, esa bolsa estaba en su habitación, la han registrado —explicó Nadia frunciendo el ceño al ver su reacción.

—¡Suéltame! ¡Ahora! —ordenó mirándola a los ojos.

Ella lo soltó tan rápido que Denis supo en aquel preciso instante que aquella mujer había tenido algo que ver en todo esto.

—Joel, llama a mis abogados. Voy a la comisaria.

Mara los observaba desde el asiento de detrás mientras el coche arrancaba para llevársela. Los ojos de ella estaban vacíos y no mostraban ningún tipo de sentimiento. Aquella mirada se le clavó en las entrañas. Imaginaba lo que estaba pasando por su cabeza; ella venía de Brasil, de un barrio lleno de familias desestructuras y donde se vendían drogas para sobrevivir. En esto tenía las de perder, rodeada de gente con alto poder adquisitivo, estaba seguro de que Mara pensaba que terminaría entre rejas.

—Te ayudaré —vocalizó sin emitir un sonido.

Pero ella desvió la mirada al frente y vio la rendición en sus rasgos.

De eso nada, si alguien tenía un alto poder adquisitivo era él. Y lo iba a usar. Mara no había consumido ni vendido drogas en su vida. Alguien había puesto esa droga en su habitación e iba a descubrir quién había sido. Aunque tenía una idea bastante clara.

—¿A dónde vas? —La voz de Nadia le llegó desde detrás, lo estaba siguiendo.

—A mi despacho, enseguida salgo.

Subió las escaleras del vestíbulo de dos en dos y entró cerrando la puerta tras de sí, le importaba poco si lo había hecho en las narices de Nadia.

Joel estaba colgando el teléfono en aquel preciso instante.

—Sus abogados están en camino a la comisaria.

—Gracias. ¿Dónde está mi familia?

—Jude está con su madre y su hermana en el jardín, no se han enterado de nada.

—Perfecto. Reúnelas aquí dentro de veinte minutos.

—Descuide.

Salió dispuesto a darse una ducha y a cambiarse de ropa. Tenía que irse lo antes posible.

Diez minutos después salía del cuarto de baño con una toalla envuelta en su cintura y secándose el pelo con otra. Entró en el vestidor y cogió unos vaqueros y una camiseta.

—Corres mucho para salvar a esa mujer. —La voz de Nadia lo sorprendió.

Estaba sentada en el borde del colchón con sus largas piernas cruzadas y las manos apoyadas detrás, por lo que tenía el cuerpo inclinado también.

—Y tú no pareces muy sorprendida por su detención.

—Tú fuiste el que llamó a la policía.

—Alguien intentó...

Nadia se levantó de golpe y señaló su pecho con una larga uña pintada de rosa.

—¡Sé lo que intentaron! ¡Y tuve que enterarme porque un agente me plantó delante de la cara una orden de registro! ¡Cuatro horas han estado buscando, y cuando encontraron la droga no me sorprendió en absoluto! ¡Esa mujer está loca por meter esa porquería en casa! ¿Y dónde estabas tú? ¡Ni siquiera lo supe hasta que ya habías salido del hospital, porque tu maldito teléfono estaba apagado!

Nadia y sus dramas.

—Para empezar, no grites y, para terminar, Mara nunca haría eso, no la acuses de algo con lo que no tiene nada que ver. No la conoces, Nadia.

—¿La estás defendiendo? ¿Justificando el delito que ha cometido? ¿Te has vuelto loco, Denis? Soy tú mujer y ni siquiera me llamaron desde el hospital.

Denis se empezó a vestir.

—No eres mi mujer —masculló.

Nadia se quedó paralizada, y después, cuando pareció reaccionar, se dirigió a la puerta.

—Sabía que esa chica nos traería problemas —se lamentó antes de cerrar

de un portazo que retumbó en su cabeza provocándole un dolor agudo.

Esta situación lo estaba agobiando demasiado. Mara no había tenido nada que ver con esto, se repitió mentalmente. Y, además, estaba jodidamente enamorado de ella. Cuando todo esto se solucionase tendría que hablar con Nadia.

Volvió al despacho y se encontró a su familia, a Jude y a Joel esperándolo.

—Denis, ¿cómo estás? ¿Qué ha pasado con Mara? Esas acusaciones...

Imaginó que Jude se lo había contado todo, lo miró, pero este solo se encogió de hombros.

Abrazó a su madre y a su hermana antes de contestar.

—Me alegro de teneros aquí, como podéis ver estoy bien—. No iba a preocuparlas diciendo que aún se sentía raro y que los últimos acontecimientos no estaban ayudando—. Esto no tiene ninguna lógica. Van a tener que retirar los cargos.

—Más les vale, Mara nunca ha estado metida en drogas y nunca te haría daño—exclamó su hermana.

—Lo sé.

—Siempre nos preguntaba si sabíamos algo de ti o si contactabas a menudo con nosotras. También si necesitábamos algo.

Eso no lo sabía, pero algo dentro de él se derritió. Mara había sabido de él y se había preocupado por la salud de su familia. Sabiendo que, seguramente, le hacían falta más cosas a ella que a su madre.

—Me alegra saber que seguíais en contacto.

—Sí, siempre—ratificó su hermana.

Se sentó en su sillón y se pasó una mano por la frente.

—Tío, ¿seguro que estás bien?—preguntó Jude.

—Sí—dijo enderezándose en el asiento.

—Joel, dame toda la información que consigas sobre Nadia y su familia en cuanto la tengas, haz lo que tengas que hacer. La que tengo aquí, me temo que es incompleta.

—Por supuesto.—¿Se lo pareció a él o Joel acababa de sonreír?

¿Es que Denis era el único tarado que había visto algo bueno en Nadia? Ella no parecía caer bien a nadie.

Cuando Joel abandonó la habitación, su madre apoyó las manos en la mesa frente a él y se inclinó hacia delante.

—¿Te vas a casar con una mujer a la que habías tenido que investigar antes?

Los marrones ojos de su madre le hablaban de decepción. Era bajita, aunque eso nunca la detuvo, cuando tenía que poner a su familia en su sitio, incluso a su marido que la sobrepasaba unos buenos treinta centímetros. Sonrió para sí mismo al recordar cómo trabajaba duro en casa para que a ellos nos les faltara de nada, pegándoles una buena bronca cuando no les gustaba la comida que ella había hecho a partir de las sobras del día anterior. Y también recordaba cuando le propuso ir a vivir a Estados Unidos, años después, y se negó en redondo diciendo que sus raíces estaban en Brasil.

Era una mujer fuerte que se hundió cuando su marido murió, pero que a los pocos meses salió adelante sacando una fortaleza que ni él ni su hermana hubieran adivinado nunca. Porque amaba tanto a su padre que creyeron que la perderían a ella también. No fue así, por suerte, y un día decidió que llorar no le iba a devolver a su difunto esposo y que tenía dos hijos a los que enderezar. Esas fueron sus palabras.

No se había vuelto a casar, ni había tenido citas con hombres. Por mucho que él insistía que debía rehacer su vida. Un buen día le dijo que se ocupara de sus cosas y ella haría lo mismo con las suyas.

Asunto zanjado.

—¿Qué clase de amor os une, Denis? —inquirió furiosa sacándolo de sus recuerdos.

—Desde luego, no uno sincero —soltó su hermana.

Él resopló ante la cara divertida de Jude, que parecía disfrutar con la escena.

—En la posición en la que estoy he tenido que investigar a mucha gente para poder salvaguardar...

—¡Patrañas! —cortó su madre—. Está bien que investigues a futuros socios o fututas inversiones. Pero ¿a tu futura esposa?

Y en eso tenía razón, tal vez no había confiado nunca en Nadia.

—Tienes cara de culpabilidad —se rio Jude.

—Tenía que hacerlo —se justificó—, y no te metas en esto.

Su madre se enderezó.

—No estás enamorado de ella —aseguró.

—Parece que todos lo sabemos menos él —añadió su hermana metiendo más cizaña en la puta conversación.

Se levantó de golpe.

—Voy a la comisaria, no quiero que Mara pase la noche allí...

—¿Lo ves? —lo cortó Jude mirando a su hermana y enseñando las palmas de las manos hacia arriba con las cejas arqueadas.

—¿Qué es lo que hay que ver? —preguntó enfrentándose a su amigo.

—Que no te vemos corriendo así por Nadia. Es Mara la que ocupa tu corazón, idiota —contestó su hermana en lugar de Jude—. La última vez que la vimos en Brasil ya nos dimos cuenta de que esa chica no era para ti, estás ciego, hermano.

—Yo no lo habría explicado mejor, capullo —añadió su amigo.

¿En serio pensaban eso? Su madre soltó una risita.

—Tráenos a Mara de vuelta, cariño. Y por el camino, aclara tus ideas. Aún estás a tiempo.

Abrió la puerta y salió sin contestar.

Cuando entró en el garaje se subió a su BMW y salió en dirección a la ciudad sin dejar de darle vueltas a todo el asunto.

Mara lo excitaba, le hacía ver que en su vida todo era demasiado rutinario. Incluso su relación con Nadia lo era.

La mujer que había dejado en Brasil había conseguido que por sus venas corriera de nuevo la adrenalina con solo una mirada. ¿Qué había conseguido Nadia?: Cabrearlo, en el mejor de los casos, con sus repentinas pataletas.

Pero había besado a Mara y ella lo había visto. ¿Qué mujer no se comportaría así después de pillar a su prometido besando a otra? Debía ser objetivo y ver las cosas desde el ángulo que se merecían.

El caso era que hacía años que nada lo hacía estar tan vivo como lo estaba ahora y todo se debía al reencuentro con Mara. Su secuestro en Brasil había precipitado las cosas. Saber que estaba en peligro lo había hecho reaccionar, incluso el coqueteo con Elijah, su salvador en aquella explosión, lo había puesto de mal humor.

No, eso no era un simple enfado, había sido un cabreo en toda regla.

Y él sabía el porqué de todo eso; celos, unos jodidos celos que había tenido que tragarse. ¿Había sentido celos estando con Nadia? No, nunca, se contestó a sí mismo. Y eso que su prometida coqueteaba hasta con sus escoltas.

Mara seguía muy presente en su memoria, aunque había intentado enterrar su recuerdo, y ahora que todo había vuelto a salir, dudaba que

quisiera volverlo a ocultar. La quería a su lado.

Nada más llegar, vio el coche de Gordon, uno de sus abogados, y en el que más confiaba para sacar a Mara del lío en el que la habían metido.

Un policía lo acompañó hasta un despacho y le dijo que esperase. No hizo más que sentarse en una silla metálica cuando Gordon entró por la puerta.

—Vides. —Lo miró de arriba abajo mientras estrechaban las manos—. Es extraño verte vestido de manera informal.

El hombre sonrió.

—Tenía prisa por venir. ¿Has visto a la señorita Lima?

—Sí, la van a soltar.

—¿En serio? Eso son buenas noticias.

—Tal como me pidió tu guardaespaldas, he pagado la fianza. Le han hecho las pruebas pertinentes y todo a dado negativo.

—Perfecto. Pasaré la próxima semana por tu despacho, me gustaría anular un contrato.

—Bien, Bonnie estará encantada de recibirte. Yo ya me voy, tengo a mi mujer esperando en mi casa y si tardo un poco más, Abby terminará dándome con la sartén. No hay mujer con más paciencia, pero no quiero abusar.

—Gracias por todo, Gordon. También te agradezco que hayas venido con tanta celeridad.

La espera se convirtió en horas; toda la noche sentado en una silla cerrando los ojos a ratos o saqueando la máquina de café. Preguntó mil veces, pero la respuesta era siempre la misma: «Depende del inspector».

Capítulo 24

—Denis —exclamó Mara al entrar en el despacho ya de día—. Has venido...

La abrazó y besó su pelo rizado.

—¿Pensabas que te iba a dejar aquí? —preguntó apartándose un poco.

—No... —Pero no parecía convencida.

Iban a tener una conversación muy profunda en cuanto salieran de allí.

El policía de turno entró con unos documentos que Mara tuvo que firmar, y que Gordon ya había firmado antes, y salieron.

Cuando se metieron en el coche, Denis cogió su mano.

—Sé que no has tenido nada que ver, Mara. Nunca dudaría de ti.

Ella lo miró con los ojos brillantes.

—No sé hasta qué punto puede influir Nadia en ti. Me tendieron una trampa, Denis.

—Ya lo sé.

Ella levantó una ceja.

—¿Lo de la bolsa?

—Sí, la que mostraron...

—No, no me refiero a eso. Cuando me he levantado esta mañana, antes de que Nadia me llevara a tu despacho, encontré una bolsa tirada en el pasillo cerca de mi puerta. En su interior había una fotografía nuestra de años atrás. La cogí y me extrañó que estuviera ahí, ¿qué hacía una fotografía nuestra tirada en el suelo? Pensé que tú habías querido dármela..., pero que estuviera en una bolsa no me cuadraba.

—Mierda... —Ya se imaginaba el resto—. Alguien sabía que la recogerías y te la quedarías.

—En efecto. Volví a la habitación y la metí en un cajón, quería preguntarte, pero fue cuando Nadia me vino a buscar. —Apretó su mano—. Es la misma bolsa, estoy segura. Entraron en mi habitación y sustituyeron la fotografía por cocaína.

—¿Se lo has contado a la policía?

—Por supuesto, y juro que si ha sido Nadia, no me va a importar que sea tu estimada novia. Ha intentado incriminarme y si la poli no la descubre le arrancaré la cabeza, estás avisado.

Denis se rio. Sabía que Mara tenía muy mal genio y que si Nadia era tan tonta como para cruzarse con ella perdería algo más que la cabeza.

—¿De qué te ríes?

—De que probablemente sea cierto eso de que irías a por ella.

—No lo dudes, pero también lo haré si esa idiota ha ido a por ti.

Denis aún tenía que aclarar eso, no entendía cuál podría ser el motivo para quererle muerto. No era ningún estúpido, había hecho redactar un contrato donde quedaba claro que se casarían en la modalidad de separación de bienes y que ella debería firmar antes de la boda. ¿Nadia se habría enterado de alguna manera?

—Y yo te dejaré hacerlo, pero antes tenemos muchas cosas que contarnos.

—¿Me dejarás?

No sabía si era porque ella estaba libre por fin, o porque le parecía haberse quitado un gran peso de encima, pero, mientras arrancaba, se rio a carcajadas.

Mara no preguntó, simplemente aceptó de buena manera que la alejara de la comisaría. Había tenido muchas horas para pensar mientras la tenían retenida en una minúscula habitación con solamente una mesa y dos sillas a cada lado. Se había imaginado encerrada en una celda inmunda con varios traficantes de droga acechándola por haber pisado su terreno.

No fue así, pero tuvo miedo de que terminara con sus huesos en la prisión más cercana. Durante esas interminables horas tuvo tiempo de pensar y había caído en lo de la bolsa con la fotografía. Rápidamente había atado cabos.

Cuando un tío, que dijo representarla, entró para informarla de que la iba a sacar de allí, no se lo podía creer. Su corazón supo que Denis estaba detrás de todo y que aquel abogado había sido enviado por él. Aunque no se lo preguntó, le importaba poco quien lograra sacarla de allí si así iba a poder explicarse ante su exnovio.

Denis se detuvo en el *parking* de un centro comercial, lo que fue un tanto extraño.

—Vamos a comer algo y quiero que te compres un bonito vestido. A donde vamos, lo vas a necesitar —explicó él sin bajarse del coche.

—Denis...

—Deja que te compense, cariño. —Se acercó y la besó.

Notaba la mano de Denis en su nuca mientras el beso se volvía exigente, Denis reclamaba su boca como si no hubiese nada más importante en el mundo.

—Denis, a mí no me tienes que compensar. ¿Qué hay de ti? Lo has pasado mal en ese hospital.

—Vamos a olvidarnos de todo durante unas horas, cariño. Mara y Denis divirtiéndose sin ninguna preocupación. ¿Te apuntas?

Ella se echó a reír.

—Que hayas puesto mi nombre delante es lo que me ha convencido.

Prefirió no pensar en que disfrutar de esas horas juntos no iba a borrar del mapa a Nadia. Esa mujer estaría en la vida de Denis, no ella.

No, no iba a pensar en eso.

—Entonces, deje que la haga disfrutar, señorita.

Comieron hamburguesas y pasearon entre la gente cogidos de la mano. Cualquiera que los mirara solo vería a una pareja joven más, no al empresario de éxito y a la chica que regentaba un albergue en Brasil.

Denis sacó dinero de un cajero automático.

—Dices que Nadia accedió a mis cuentas.

—Sí —contestó extrañada de que saliera el tema.

—No quiero pagar nada con tarjeta. Si logra ver mis movimientos, antes de que pueda cambiar las claves de entrada, en este lugar se perderá nuestro rastro —explicó mientras guardaba el efectivo en la cartera.

—Chico listo.

—Deberías saber eso, nena —bromeó.

Le dio un beso fugaz en los labios y volvieron a buscar el coche para salir de allí.

Denis conducía por una carretera costera en dirección sur y, conforme iban dejando Nueva York atrás, el paisaje iba cambiando a uno más rural. Con el mar a su izquierda en algunos tramos, Mara no perdía detalle de cada casa y cada playa, imaginó que la gente que vivía en estas zonas debía llevar

una vida más tranquila. Hablaron de todo un poco, incluso del pasado, sin rencores. Escucharon música en silencio y, de vez en cuando, Denis apretaba su mano y le guiñaba un ojo.

—¿Aún no vas a decirme a dónde vamos?

—Estamos llegando —señaló el cartel a la derecha de la carretera.

—Baltimore —leyó en voz alta.

—Hace un tiempo compre una casita de madera que da al río. Es un lugar tranquilo en el que suelo perderme. Siempre he venido solo.

Mara se sintió orgullosa de ser la única que conocería este lugar. Denis condujo unos kilómetros más y entró por una calle estrecha apenas asfaltada. Cuando llegó al final se maravilló, la calle terminaba en una verja con una gran entrada. Denis bajó para abrir la puerta abatible de madera, igual que la casa que se veía al fondo. Y después de entrar y volver a cerrarla, condujo de nuevo hasta el pie de las escaleras de la entrada cubiertas por un pequeño porche.

—Es preciosa —dijo Mara admirando la fachada hecha de tabloncillos horizontales.

—Sencilla.

—Tiene pinta de refugio, sí. No me extraña que termines aquí cuando quieres estar tranquilo.

Miró alrededor, había unos pocos árboles, pero tenían un ancho tronco y el suelo estaba lleno de pequeñas flores silvestres. Pudo ver alguna casa a lo lejos, los vecinos estaban a bastante distancia.

—Vamos, estuve aquí hace un año, espero que no esté muy sucia.

—¿Nadie viene a cuidarla? —preguntó extrañada, Denis podía permitirse eso.

—No, cuando entres lo entenderás.

Abrió la puerta con la llave y la dejó pasar a ella primero.

—Espera, voy a correr las cortinas —pidió Denis.

La luz fue inundando la estancia y Mara lo entendió todo, por eso él no quería que nadie entrara aquí. Era su refugio y su secreto.

—Dios Mío —dijo tapándose la boca con la mano—. Es idéntica.

—Sí, cuando la vi anunciada en un portal inmobiliario me recordó tanto a nuestra casa en el barrio que no me pude negar y la compré.

La casa donde ambos habían vivido durante un tiempo, incluso los muebles rústicos eran parecidos. El pequeño salón, las habitaciones, la

cocina...

—Es como volver a estar allí —susurró.

—Sabía que te gustaría.

La abrazó por detrás y besó su cuello.

—Nadia, ¿tampoco lo...

—No, como ya te he dicho, solo yo conozco su existencia. Era mi manera de mantenerte en mi memoria. Siempre has estado ahí.

Se dio la vuelta dentro de sus brazos y, poniéndose de puntillas, lo atrajo por la nuca para besarlo. Besar a Denis se estaba convirtiendo en una sana costumbre que necesitaba a todas horas.

Cuando se separaron fue a ducharse, lo de haber estado en esa comisaria gran parte de la noche la hacía sentir sucia.

Se puso el vestido vaporoso en color verde y la ropa interior que también habían comprado. Denis también salió vestido informal del baño, con vaqueros y una camiseta oscura, estaba muy atractivo.

La llevó a un bonito restaurante de la zona donde cenaron cangrejo azul Jumbo. La cena estaba deliciosa y disfrutó del marisco. Más tarde pasearon por distrito de Inner Harbor, que estaba bastante animado, y tomaron una cerveza fría en una de sus numerosas terrazas con vistas al puerto iluminado.

—¿Lista para volver? —preguntó Denis, pagando la cuenta.

—Sí, creo que voy a caer plana en la cama.

Denis sonrió.

—Ha sido un día intenso. Pero quiero que conozcas mi rincón secreto, te va a gustar.

Cuando volvieron a la casa, Denis buscó una manta y, cogiéndola de la mano, la llevó a la parte trasera de la casa donde un jardín rodeado de árboles terminaba en la orilla del río. Denis extendió la manta entre dos árboles separados por un par de metros y los dos se tumbaron en ella mirando al cielo entre sus ramas.

—Se respira paz —susurró ella.

—Siempre ha sido así, por eso vengo de vez en cuando.

La oscuridad los envolvía y protegía de miradas indiscretas. Aunque a la distancia que estaban de las otras casas dudaba que alguien pudiera verlos a plena luz del día.

—¿Vienes a menudo?

—Siempre que puedo, así desconecto de todo. Solo hay un pequeño

problema.

Ella giro su rostro y sus ojos se encontraron.

—¿Cuál?

—Tú.

—¿Yo soy un problema? —preguntó contrariada.

Denis sonrió y acercó la mano a su mejilla para acariciarla con el dorso.

—¿Sabes lo que significa para mi estar aquí? —preguntó mirando su boca —. Es tu recuerdo el que ocupa mis pensamientos, Mara.

—¿Es por eso que no has venido en el último año?

—Es por eso, sí —admitió con la culpabilidad asomando a sus ojos.

Mara supuso que así alejaba los viejos fantasmas de su relación y se centraba en Nadia.

—Entiendo —dijo cerrando los ojos.

Sintió la mano de Denis en su mejilla.

—Mírame, Mara.

Cuando abrió de nuevo los ojos él estaba de lado apoyado en un codo y sosteniendo la cabeza en su mano.

—¿Sabes cuántas veces nos he imaginado así? —continuó—. Eres la persona que faltaba en este lugar. Ahora está completo.

Mara se incorporó y dobló las rodillas para abrazarlas, aunque eso la alejaba de su contacto, necesitaba decirle lo que pensaba sin que nada la distrajera.

—Siento que lo nuestro no funcionara, Denis. También entiendo que hayas querido rehacer tu vida, pero tenemos las horas contadas; después de tu boda no volveremos a vernos. Es eso lo que quiero y espero que tú también sepas comprenderlo. No tendremos ninguna relación...

Denis se sentó de golpe y la besó cortando la diatriba.

—Quiero tenerte.

—No.

Hablaban con los labios pegados.

—Sí. —La empujó suavemente hasta que su espalda tocó de nuevo la manta.

Denis se puso encima obligándola a abrir las piernas con la rodilla.

—Denis, no. No voy a ser tu último polvo de soltero.

Intentó apartarlo empujando sus hombros.

—Eres la mujer a la que amo y a la que no puedo olvidar por mucho que

lo intente.

—¿Y Nadia?

—¿Tenemos que hablar de ella ahora? —preguntó él levantando una ceja.

—Sí, tenemos que hacerlo.

Se incorporó y volvió a sentarse a su lado mientras Mara permanecía tumbada. Ningún hombre la iba a utilizar nunca y Denis no era ninguna excepción.

—Entonces, deberíamos entrar.

Él se levantó y tiró de su mano para ayudarla a levantarse, después recogió la manta y juntos, recorrieron el jardín de vuelta a la casa.

Capítulo 25

Michael y Eidel terminaron en el mismo hotel donde se habían reunido la última vez. No se fiaba de ella, sabía que iría tras Chan. Por mucho que intentara ocultarlo, no había cambiado tanto como para no saber lo que se traía entre manos. Nunca había sido testigo de que ella abandonase cualquier idea que tuviera en su cabeza.

Cuando Eidel entró en el cuarto de baño llamó a Slade. La operación había terminado con éxito, la CIA había ejecutado unas cuantas detenciones, aunque Alexey había conseguido escapar y Chan no tardaría mucho.

Se debatió entre descubrir a Chan o no. Slade lo había dejado todo en manos de la agencia. Tal vez fuera mejor así.

El jefe le ordenó seguir escondido hasta que saliera el avión de vuelta a casa por la mañana.

No había problema, se llevaría a Eidel con él.

—Hoy pasaré la noche aquí —dijo ella saliendo con una simple camiseta.

—Me quedaré contigo.

Ella se sentó en su regazo.

—Aprovechemos el tiempo —dijo antes de saquear su boca.

Eidel siempre había sido una mujer dominante en la cama y ahora se lo estaba demostrando de nuevo.

Tiró del borde de su camiseta y lo obligó a tumbarse mientras desabrochaba el botón de sus pantalones y bajaba la cremallera. Se incorporó y se quitó su propia camiseta quedando completamente desnuda.

Se arrodilló en el suelo y sacó su pene con una mano mientras con la otra acariciaba uno de sus pechos.

—Quiero saborearte.

Michael no pondría ningún impedimento a eso. Cerró los ojos cuando sintió el calor de su boca y su lengua empezó a jugar con el glande. Joder, Eidel siempre había sabido hacer eso que tan loco lo volvía.

Los gemidos que ella hacía mientras lo chupaba le hicieron subir a un nivel en el que no se veía capaz de dar marcha atrás.

—Eidel... —puso una mano en su cabeza para que lo dejara ir, aunque Eidel no aflojó su agarre.

Siguió haciendo maravillas con él y cuando se corrió en su boca quedó extenuado. Maldita sea, se había salido con la suya. En cuanto se recuperase iba a follarla hasta que cayera rendida. El corazón le iba a mil.

—Sigues estando tan delicioso como siempre —dijo relamiéndose y serpenteando sobre su cuerpo.

Algo en su actitud no terminaba de encajar. Se comportaba como si le estuviera haciendo un favor.

Maldita sea, no quería eso.

—Ven...

—Estoy cansada —dijo besando sus labios.

Se acurrucó a su lado y él, después de abrocharse de nuevo los pantalones, la abrazó. Cuando despertasen por la mañana le daría tiempo a un segundo asalto antes de ir al aeropuerto.

No compartió la información que le había dado Slade. Si ella se enterase de que Alexey andaba suelto, tal vez quisiera buscarlo. Y eso lo iba a poner de muy mal humor, sin duda.

Notó como ella se dormía y se aseguró de que no estaba fingiendo, seguía sin confiar en que dejara correr al chino de los cojones. Ella no necesitaba añadir más cargos a los que ya tenía. Y estaba seguro de que tenía alguna explicación para su salida de la agencia. Seguía vinculada a ella y eso era una buena razón para que no terminara encerrada.

Pensaba interrogarla a fondo durante el viaje de vuelta. Eidel tenía mucho que explicar.

Eidel se sentía mal por lo que estaba haciendo, pero Zani no podía seguirla ni saber por qué ella necesitaba acabar con Lee Chan. Era mejor que siguiera en la ignorancia y que continuara con su vida, infringirle el dolor que ella sentía no serviría de nada ni desharía lo que ocurrió en China.

Se movió sigilosamente por la habitación y se vistió, después echó un último vistazo al hombre que tanto había amado y comprobó que estuviera dormido antes de abandonar la estancia.

Su maniobra de distracción había dado resultado. Zani se había relajado y

dormía plácidamente. Le pareció rastrero hacer algo así, pero sería algo más por lo que él le guardaría rencor y lo de menor importancia.

Cuando salió del hotel dos horas después de haber entrado con él, se agarró al volante y notó como las lágrimas corrían por sus mejillas. Esta era su despedida, ya no volvería a verlo jamás y le dolía más de lo esperado. Zani había sido muy importante y ella no supo valorarlo hasta que fue demasiado tarde.

Se apartó las lágrimas de un manotazo y salió disparada hacia el Sheraton.

Veinte minutos después estaba subiendo por la escalera de emergencia del hotel con una pistola provista de silenciador. Había logrado esquivar a un par de tíos que entraban por la parte de detrás con unas enormes cajas. Las cámaras de seguridad la habrían captado, pero le daba igual, haría el trabajo que durante tanto tiempo había planeado de todas formas. Se detuvo varias veces para comprobar que nadie subía ni bajaba, hasta que llegó a la planta donde estaba la *suite* de Chan.

Se la estaba jugando, ya que no sabía exactamente en qué habitación estaba, pero cuando se asomó, vio a dos asiáticos plantados delante de una de las cuatro puertas a su derecha.

Era un hombre de gustos caros y lo lógico es que estuviera en una de las habitaciones más caras del hotel.

Se agachó y disparó dos veces, acertando a uno de los escoltas que cayó desplomado al suelo. El otro iba a buscar su arma cuando ella chasqueó la lengua y negó con la cabeza. El hombre retiró la mano lentamente de la culata de su pistola sin apartar la vista de ella que ya se acercaba. Le señaló el teclado para que introdujera la clave de acceso. El hombre no se movió hasta que ella apuntó directamente a su pecho desde una distancia de dos metros.

La puerta hizo un clic cuando se abrió y estando aún entornada disparó al hombre que mostró sorpresa en sus ojos antes de caer. Ninguna persona que trabajase para Chan merecía vivir y no iba a dejar que nadie impidiera su avance. Entró y volvió a entornar la puerta. Si salía viva de esto tendría poco tiempo para pelearse con una puerta cerrada.

Enseguida le llegó el sonido de la música que estaba a un volumen alto, aunque amortiguada por alguna otra puerta. Si Chan había montado una fiesta en la *suite* le podía ir a favor.

Que Chan hubiera salido de la mansión de Garris antes de la explosión y

posterior matanza de invitados, le había dado seguridad y bastante prepotencia. Proponer una fiesta después de eso daba una idea exacta de la clase de hombre que era.

Los escoltas tendrían que estar pendientes de los otros invitados también. De haberlo sabido, se habría puesto guapa para la ocasión, pensó sarcástica.

Una sombra a su izquierda hizo que se pegara a la pared y se preparara para disparar.

—Elizabeth —susurró alguien—. No dispaes, soy Alexey.

¿Qué coño hacía Alexey aquí? No es que le importase pegarle un tiro, pero si había venido a la fiesta es que se relacionaba con Chan y eso no le gustó nada.

—Alexey, necesito que te marches, ahora —masculló en cuanto lo vio salir.

—¿Desde cuándo me das órdenes? —preguntó él, acercándose demasiado.

Era fuerte y alto. En un cuerpo a cuerpo tendría las de perder, sobre todo porque estaba desentrenada.

Levantó su pistola y lo apuntó.

—No me obligues a dispararte, quédate donde estás.

—¿Dónde estabas? Te vi salir a toda velocidad antes de que la CIA se hiciera con la mansión de Garris.

¿Qué?

—¿La CIA ya ha llegado allí?

—No te has enterado de nada, ya veo.

Estaban en medio de un pasillo y en cualquier momento podía aparecer alguien, pero necesitaba más información.

—Lograste escapar —dijo afirmando lo obvio—. La pregunta es: ¿Sabías algo de eso? ¿Por qué saliste disparada? ¿Tienes algo que ver con la explosión?

—Eso son varias preguntas; no tengo nada que ver con eso. Salí detrás de Chan para saber dónde encontrarlo. ¿Por qué estás aquí?

De repente, una chica salió tambaleándose de una de las habitaciones. Se hicieron a un lado mientras ella entraba en lo que parecía un baño, tan solo vio algunas baldosas en la pared.

—No soy quien crees que soy —dijo Alexey misterioso.

—¿No? Pues entonces apártate de mi camino. Tengo un asunto pendiente.

—Fue Chan el que acabó con la vida de tu hijo —intuyó.

Ella no contestó.

—Te ayudaré... —se ofreció él.

—¿Por qué harías eso? No es que hayas sido la mejor pareja que he tenido, Alexey. Has sido un bruto conmigo. Déjame en paz.

Empezó a caminar de nuevo hacia la procedencia del sonido, pero él la cogió por la muñeca.

—Elizabeth o Eidel, como prefieras: pertenezco al FSB y he sabido quién eras durante estos dos años. Solo estaba interpretando un papel.

—¿Al servicio de inteligencia ruso? —preguntó sorprendida.

Él asintió.

—No han logrado detener a Chan, en cualquier momento vendrán a buscarlo. Ha sido una operación conjunta con la CIA.

—¿Has venido a por él, entonces?

—Sí, pero se puede dar la circunstancia de que alguien le haya disparado antes de que pudiera encontrarlo.

Eidel se sorprendió.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto. Te he visto sufrir, abrazar la fotografía de tu hijo y susurrar venganza.

—Siempre pensé que no te dabas cuenta.

Alexey dibujó una sonrisa triste y se acercó despacio para abrazarla.

—Tal vez debí abrazarte y confortarte alguna vez. Pero no quería encariñarme contigo.

Alexey había elegido un mal momento para confesar, tenía cosas que hacer.

Se separó de él y lo miró a los ojos.

—Ha sido un placer trabajar contigo, Alexey. Ahora, déjame solucionar esto.

—Está bien, yo te cubriré y después huiremos de aquí.

Ella asintió y se encaminó de nuevo hacia el lugar donde Chan debía estar divirtiéndose.

Michael estaba oyendo toda la conversación desde el otro lado del pasillo, a unos cinco metros de distancia. En algún momento, ellos habían bajado la voz y no había sido capaz de captarla. Pero lo esencial sí lo había escuchado.

Alexey no era quien decía ser y sabía quién era Eidel. Y lo que más le había removido las entrañas era que aquel niño de la fotografía, había muerto a manos de Chan. Ahora entendía la obsesión de ella por ir a por él. Y tal como había dicho Alexey, él también la ayudaría. Solo esperaba que el ruso no le pegara un tiro.

¿Slade sabía que la agencia rusa también estaba metida en esto? Porque si no era así, el capitán iba a conseguir que rodaran cabezas. Si había algo que cabreara al jefe era meterse en una misión sin estar informado de todo.

Miró la pistola y permaneció escondido hasta que Eidel y Alexey entraron en la fiesta.

Esperó unos minutos hasta que la música de Sam Smith dejó de sonar y se oyó a mujeres correr, el sonido de los tacones las delataban.

La puerta se abrió de golpe y varias chicas salieron semidesnudas en dirección a la salida. Otras le vinieron por la espalda y alguna chilló al verlo armado. ¿Por dónde coño habían salido? ¿Había otra puerta? Debería buscarla.

—No gritéis —dijo manteniendo el arma apuntando al suelo—. No paréis de correr hasta la salida.

No tuvo que insistir.

Se adentró en el pasillo y vio otra puerta entornada. Miró dentro y divisó a Eidel y a Alexey apuntando a Chan mientras otros... ¿Cuántos había? Unos diez, contó.

Mierda, esto no iba a salir bien. Apretó el botón de urgencia de su reloj para que su equipo lograra encontrarlo y después lo lanzó dentro de una papelera que había justo a su lado.

Iba a aparentar haberse perdido y entrar en la habitación fingiendo buscar a alguien cuando oyó la voz de Chan que hablaba un inglés muy fluido.

—No disparéis —ordenó—. Así que ya has decidido dar el paso.

—He ido tras de ti durante dos años Chan, ¿creías que olvidaría lo que me hiciste? ¿Lo que le hiciste a mi hijo?

—Un niño que pagó por tu traición, no lo olvides. Te lo advertí y no me creíste capaz. ¿Creías que no te reconocería cuando te vi por primera vez en el despacho de Garris? Da igual los cambios de imagen que hagas, nunca

olvidaré a la puta que entregó a mi hermano.

El rostro de Eidel era una máscara; sin mostrar emoción alguna y dispuesta a disparar en cualquier momento.

—Si piensas que vas a salir vivo de aquí no cuentes con ello. Mi vida terminó el día que mi hijo apareció muerto.

Michael se envaró, Eidel había ido a morir y, por la mirada que Alexey le lanzó, supo que él tampoco había esperado eso.

«Maldita seas, Eidel».

Capítulo 26

De repente, el cañón de una pistola se apoyó en su sien. Mierda había estado tan sorprendido por la declaración de Eidel que había descuidado su propia seguridad.

—Entra —le ordenó una voz, empujando la puerta.

Lo desarmó y lo empujó a su interior. Por lo menos había encontrado la forma de entrar, pensó con sarcasmo.

Solo que ahora iba desarmado.

—Vaya, qué montón de sorpresas tenemos esta noche, nunca hubiera imaginado una fiesta tan concurrida. ¿A qué se debe su visita, señor Mizraji?

Eidel y Alexey lo miraron un momento y volvieron a centrarse en Chan.

—Pasaba por aquí —soltó con sorna.

El chino que lo estaba apuntando decidió golpearle la cabeza con el arma.

—¡Ah, joder! Solo tenías que informarme de que no había sido invitado.

—Zani —masculló Eidel sin mirarlo—. No debiste...

—¿Zani? —Chan dio una palmada y sus ojos fueron de él a Eidel.

Si su intuición no le fallaba, ese chino estaba atando cabos. Casi podía oír los engranajes en su puta cabeza.

Miró a Eidel y la vio cerrar los ojos con el tormento dibujado en su rostro, ¿qué coño pasaba aquí? ¿De qué lo conocía Chan?

—Esto hay que celebrarlo.

Tomó asiento tranquilamente y se metió una de las rayas de cocaína que había sobre una mesita que tenía delante, como si nadie estuviera apuntándole a la cabeza. Se limpió la nariz y después abrió los brazos para apoyarlos en el respaldo del sofá mientras cruzaba las piernas.

—Deja que se vaya —pidió Eidel.

¿Lo estaba protegiendo? ¿A él? No era él el que necesitaba protección.

—Primero cuéntame porque lo has llamado Zani, ¿ese no era el nombre de tu hijo?

¿Qué? ¿Eidel había llamado a su hijo Zani?

—Vaya, el hombre parece confundido —se mofó Chan.

¿Por qué ese capullo parecía disfrutar de la situación?

—Él no debería estar aquí. No te conoce, ni sabe nada de lo que pasó en China. Déjalo marchar. —El tono de voz de su chica había cambiado a uno de súplica.

Chan pareció ignorarla y miró a Alexey.

—Si hago cuentas, no me salen. No era tu hijo. Así que la conclusión...

—Por favor, Chan. Sácalo de aquí y después hablaremos.

Michael ya estaba lívido. El niño..., ese niño.

—¿Eidel?

—No era así cómo debías saberlo, Zani.

Michael dio un paso atrás como si alguien lo hubiera empujado llevándose consigo al tipo que lo sostenía. Tendrían una conversación, y le daba igual que todos estuvieran allí.

—¿Tuvimos un hijo? —gruñó a punto de saltar sobre ella, mientras un sudor frío lo envolvía.

—Sí. Lo siento, Zani. Las cosas se torcieron...

Chan se levantó.

—Espera, espera. Deja que yo explique esa parte.

—¡No! —gritó Eidel—. Por favor, Zani...

La mano con la que ella sostenía la pistola empezó a temblar.

—Tu mujer la cagó, pero bien, en mi país. Creyó que podía descubrir y joder a la mafia y salir impune. Solo tuve que buscarla y ejecutar a, por lo que ahora sé, tú hijo, para que ella no metiera más las narices en nuestros negocios.

Eidel se mantuvo quieta sin dejar de mirar al chino.

—¿Por qué coño no supe que estabas embarazada? ¿Por qué te fuiste de Estados Unidos? ¿Tan importante era la misión?

Eidel no contestó.

—¡Eidel! ¡Mírame a la cara y dime que este idiota se lo está inventando todo!

El hombre que lo agarraba volvió a golpearlo esta vez en la espalda.

—Valiente zorra, ¿ni siquiera le dijiste a tu hombre que iba a ser padre? —preguntó Lee Chan, metiéndose donde no debía.

—Eso es algo que a ti no te incumbe.

Chan empezó a caminar hacia la puerta que tenía detrás.

—Terminad con ellos, esto ya me está aburriendo.

Una risa seca salió de la garganta de Eidel.

—¡Lee Chan! —lo llamó antes de que saliera, el hombre se giró a mirarla —. Solo una cosa más.

Y sin darle tiempo a nada, ella disparó acertando en su frente.

Michael vio la oportunidad y se deshizo del tipo que lo estaba apuntando dándole un codazo en la garganta y quitándole la pistola, al mismo tiempo que las balas empezaron a llover sobre Eidel. Él también disparó a Chan, al cabrón que había matado a su hijo, lo hizo por inercia y sabiendo que ya estaba muerto. Aun así, necesitaba hacerlo.

Maldita Eidel, lo había matado sin importarle su propia seguridad.

—¡Eidel! —gritó cuando la vio caer al suelo de espaldas.

Él también disparo hiriendo a varios.

—¡Sácala de aquí, os cubriré! —gritó Alexey disparando al mismo tiempo.

Se agachó y, cogiendo un brazo de la chica, la arrastró al pasillo por el lado contrario de donde los hombres de Chan se estaban replegando. Una bala le alcanzó en la pierna y otra en el hombro. El dolor, unido a la quemazón, estuvo a punto de tumbarlo, pero siguió tirando de ella hasta el pasillo. Una vez fuera de la habitación la sentó y la apoyó en la pared.

Miró su cuerpo y supo que ella no saldría de esta. La sangre que brotaba de su estómago y de los costados era oscura, demasiado oscura. Intentó taponar las heridas con su propia camiseta, pero era imposible detener la hemorragia. No sentía su propio dolor ni siquiera al quitarse la camiseta.

—Vete —dijo Eidel empujándolo.

—No te dejaré aquí.

Alexey salió herido también, o al menos cojeaba.

—Estamos atrapados —anunció, como si no lo supiera ya.

—Está a punto de llegar mi equipo, tenemos que aguantar hasta entonces.

—¿Cómo está? —dijo señalando a Eidel con la barbilla.

—Mal.

La miró.

—Zani...

—No hables, te sacaremos de aquí.

Reconoció su propio tono seco. Pero lo que había hecho Eidel con su vida le había dolido más que las balas que habían atravesado su carne.

—Lo siento... nunca debí poner mi trabajo... por encima de nuestro hijo.

—Te equivocaste y eso le costó la vida al pequeño...

—No espero... que me perdones.

No contestó. Lo que había hecho era difícil de digerir. Cuando la había visto salir de la habitación del hotel la había seguido de cerca, la vio llorar en el interior del coche, pero nunca se imaginó que ese llanto era debido a lo que ese tipo había hecho a su pequeño.

No, nunca podría perdonar esa traición, porque era así como se sentía: traicionado por Eidel, desechado como si fuera basura, negándole la oportunidad de conocer al niño que los dos habían engendrado.

Había sido consciente de la maniobra de distracción de Eidel: pretendía dejarlo en el hotel mientras ella buscaba su venganza. Si realmente él hubiera estado dormido, nunca habría sabido lo del pequeño Zani. Y eso era lo que lo estaba matando por dentro, que ella nunca lo hubiera hecho partícipe de la situación.

Se sintió abatido cuando un dolor agudo se instaló en su pecho. ¿Cómo habría sido conocer a aquel niño? Ejercer de padre con él, jugar y educarlo. Nunca lo sabría.

—Ahí vienen de nuevo —advirtió Alexey.

Alexey y él se pusieron espalda contra espalda delante de Eidel y apuntaron a ambos lados del pasillo. Se habían oído pasos, pero todo volvía a estar en silencio.

—Lo... siento. —La mano de Eidel tocó su tobillo.

Bajó la mirada un momento para ver como la vida escapaba de su cuerpo y un creciente odio salió en forma de gruñido. No se agachó para abrazarla en sus últimos momentos, no sintió pena ni dolor. Solo odio contra ella y contra todos.

Cuando un tipo se asomó y disparó, él lo abatió mientras Alexey hacía lo mismo con otro a su espalda.

—Esto es una puta ratonera, tenemos que salir de aquí —masculló el ruso.

—Voy a asomarme —dijo avanzando hacia la esquina con su arma apuntando al frente.

Solo asomó un momento la cabeza, pero pudo ver al menos a cinco tíos antes de que empezaran a disparar de nuevo.

Solo que los disparos no venían de la dirección correcta. Alexey y él se miraron.

—¿Tú equipo? —preguntó el ruso.

—Reza lo que sepas para que así sea, estamos rodeados.

Empezaba a estar cansado, había perdido sangre y supuso que eso era lo que lo estaba dejando fuera de combate. Cuando la puerta por la que antes habían salido se abrió de golpe, uno de los chinos le disparó alcanzándolo otra vez en el hombro justo al lado de la otra bala. Cayó hacia atrás mientras veía a Jacob cargarse al chino y correr hacia él gritando su nombre.

Sintió como su consciencia iba desapareciendo. Doc le decía algo a gritos mientras intentaba levantarlo, pero sus ojos fueron a Eidel que yacía de lado contra la pared con los ojos abiertos y vidriosos. Eso fue lo último que vio antes de que la oscuridad cayera sobre él.

Un zumbido lo despertó, era el sonido constante de motores. Abrió los ojos y reconoció el interior del avión.

Olía a desinfectante y un agudo dolor le atravesó el hombro cuando quiso moverlo.

—Quieto, Michael, deberás guardar reposo hasta que lleguemos al hospital.

Doc estaba sentado a su lado sobre el colchón.

—¿Pinta mal? —preguntó con voz ronca.

—Podría haber sido peor, pero si lo que te preocupa es si vas a morir, te diré que no. Por lo que todos nos alegramos. Pero tienes desgarros musculares que tiene que ver un cirujano.

—Me dispararon...

—Tres veces, eres un capullo con suerte —soltó Slade entrando en la pequeña estancia.

Todas las imágenes volvieron a su mente. La muerte de Chan y un montón de chinos cabreados disparando. Alexey poniéndose de su parte... y Eidel. Ella..., las balas...

Miró a su capitán y pudo ver la preocupación en sus ojos.

—Eidel ha muerto —dijo como si necesitara una confirmación.

—Sí —contestó Doc—. No pude hacer nada por ella.

Cerró los ojos.

—Tenía un hijo...

—Descansa, Michael. Lo sabemos todo, Alexey nos lo ha explicado. Siento que hayas tenido que pasar por esto. Si necesitas hablar, lo entenderé.

Pero no ahora, necesitas reposo, intenta dejar la mente en blanco.

Slade sabía de lo que hablaba.

—¡Hijo de puta! ¡No me toques! ¡Yo no te pedí que me metieras en un avión!

Michael arrugó la frente, ¿qué coño eran esos gritos?

—¡Estate quieta, loca! —Ese era Killian— ¡Nunca debí sacar tu culo de allí, joder! ¡Doc!

Jacob resopló.

—Como la vuelva a dormir, va a terminar tarada.

—¿Quién? —preguntó confuso.

—Zia, la chica que estaba con Garris. Killian descubrió que solo tiene diecinueve años y que su familia vive en Arizona.

—¡Ah, mierda! —gritó Killian de nuevo— ¡Oye, ya encontrarás a otro rico al que chupársela! ¡Pero asegúrate de que no es un mafioso!

—¡Maldito, cabrón!

Las carcajadas de los otros se oían amortiguadas.

—Es una pequeña fierecilla, lleva cinco horas atacando a Killian —explicó Jacob.

—Al caballero de brillante armadura le está saliendo el tiro por la culata —esa era la voz de Dan.

—¡Qué te jodan! —contestó el teniente— ¡Y tú! ¡No voy a necesitar una maldita inyección para dejarte fuera de combate, y me va a importar una mierda que seas una mujer!

—¡Machista!

—¡Tarada!

—Voy a poner paz o a dispararles a todos —dijo el capitán—. Por cierto, Alexey quiere verte...

—¿Está aquí?

—Sí, hicimos un trato. Te ayudó, así que me ofrecí a sacarlo del país. No quería volver a Rusia, dice que tiene familia en Florida.

Él asintió.

Capítulo 27

—¿Hola?

Alexey asomó la cabeza para saludar.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Jacob.

—No, Doc. Me las apañaré, gracias.

Cuando Jacob salió, Alexey accedió al interior de la cabina privada. Ya no llevaba traje, ahora iba vestido con vaqueros y una camiseta. Parecía incluso humano.

—Todos te llaman Michael...

—Sí.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Alexey permaneció apoyado en la puerta de entrada.

—A ti también te hirieron...

—Me rozó una bala en el tobillo, vuestro médico me ha atendido.

—Perfecto.

Alexey lo miró, parecía debatirse entre hablar o cerrar la boca.

—No sé si debería explicarte...

—Hazlo. Imagino que sabes más que yo.

Alexey se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—No me compadezcas, aun estando herido puedo patearte las pelotas, maldito ruso.

El hombre sonrió.

—No es compasión, solamente me estaba poniendo en tu lugar.

—No lo hagas, estar en mi piel es una mierda.

Alexey dio un paso adelante.

—¿Puedo? —preguntó señalando el lugar a los pies de la cama, donde hacía un instante había estado Jacob.

—Sí.

Alexey se sentó y apoyó los codos en las rodillas juntando las manos en un puño, después lo observó un momento antes de hablar.

—Yo no sabía quién era el padre del hijo de Elizabeth... o Eidel. Cuando la conocí, Garris me obligó a investigar su pasado y aunque no encontré mucha cosa, supe desde el principio que ella no era una chica cualquiera. Lo de la CIA lo supe un año más tarde, pero decidí ocultarlo, incluso a ella. Yo mismo era un infiltrado y tenía que cubrirme las espaldas.

—Entiendo.

—Ella me explicó que habían asesinado a su hijo en China, que había ido allí a trabajar y que la mafia la amenazó. El resultado fue que el pequeño pagó las consecuencias. Tampoco sabía que Chan era el asesino. Nunca me habló de su trabajo en Asia. Pero sí sabía que algo la carcomía por dentro, a parte de la muerte de su... vuestro hijo. La única vez que le pregunté por el padre me dijo que era un hombre al que había amado, pero al que había fallado.

Michael se incorporó un poco, haciendo un gran esfuerzo.

—Eidel amaba su trabajo, no a mí. Si fue capaz de irse embarazada hasta China y seguir ocultándolo, es que se había vuelto loca. Me duele la muerte de mi hijo, a pesar de no haberlo conocido. Pero los actos, de mi entonces mujer, fueron repulsivos.

Alexey estuvo de acuerdo.

—Nunca imaginé algo así...

Sacó algo del bolsillo trasero de sus pantalones y se lo entregó.

—He pensado que tal vez te gustaría tenerla.

Era una fotografía de Zani, su hijo. En ella estaba solo y sonreía ataviado con un disfraz de Spiderman en un parque infantil. La máscara del disfraz colgaba de su cuello.

—Se parecía mucho a ella —susurró mirándola.

—Sí —contestó Alexey levantándose.

—Gracias, ¿de dónde la has sacado?

—Elizabeth siempre la llevaba encima, la cogí de su bolsillo. Siento decirte que tuvimos que dejar su cuerpo allí. No tuvimos alternativa.

—Lo entiendo.

Se quedó mirando la foto de su hijo.

—Te dejaré solo.

—Gracias.

Cuando el ruso ya iba a salir lo llamó.

—¿Te enamoraste de ella?

—Sí. Aunque debía interpretar un papel y nunca fui demasiado cariñoso. Tengo que decir que ella tampoco lo era conmigo.

—Siento que la hayas perdido, para ti también habrá sido duro.

Alexey desvió la mirada al suelo.

—Tengo mujer e hijos. No los veo desde hace meses. Ellos viven con mi hermano y su esposa en Miami. Solo interpreté un papel, pero ella se ganó mi afecto.

Sin decir nada más, salió y cerró la puerta.

Alexey le recordó a Tavalas. Esos hombres se infiltraban en bandas criminales con todas las consecuencias, si tenían que acostarse con mujeres para hacer más creíble la situación en la que se encontraban, lo hacían. Al menos, Alexey se estaba retirando a tiempo; su mujer seguía viva. Sin embargo, Tavalas lo había perdido todo. Incluso a sí mismo.

Volvió a mirar la fotografía y observó los rasgos de su hijo. Eidel era preciosa y Zani, su hijo, había heredado su hermosura. Habría sido un tipo guapo.

Apoyó la fotografía sobre su pecho y entonces se permitió llorar por aquel pequeño al que no había llegado a conocer.

«Maldita seas, Eidel».

No sabía cómo gestionar lo que sentía por ella, estaba entre el odio y la rabia. Pero aquel amor que una vez había sentido por su chica se había esfumado. Enterrado entre un montón de sentimientos que no debería albergar por respeto a un difunto, pero que ahí estaban.

Dos horas después aterrizaron en la base militar y una ambulancia lo esperaba al pie de la escalerilla. Lo bajaron entre Dan y Killian y Jacob subió a la parte trasera con él, mientras que Slade los seguía en su coche.

—¿Cómo te sientes? ¿Quieres que avise a tu familia?

—Estoy bien. Yo los llamaré, gracias.

Aquella noche terminó en el quirófano, pero el médico le dijo que con una buena rehabilitación volvería a ser el mismo. No todo el mundo salía sin secuelas después de haber recibido tres disparos y eso lo mantuvo activo en los siguientes días. Aunque le quedarían sendas cicatrices, no le importaba lo más mínimo.

Durante su estancia en el hospital, su familia estuvo a su lado y todos sus compañeros pasaban a visitarlo. Lo agradecía, pero no quería ver a nadie.

—¿Eidel murió en Tel Aviv? —preguntó su madre.

—Sí, estaba en una misión —mintió.

—¿Y cómo te sientes respecto a eso? —preguntó su hermana.

—Conmocionado por su muerte pero, debido al tiempo que hacía que no la veía, creo que podré superarlo. —Estaba siendo demasiado duro, pero necesitaba dejar claro que no iba a sentirse un desgraciado por Eidel. Sí lo sería por su hijo, aunque eso se lo guardó.

—Entiendo.

No les iba a hablar de Zani, era algo con lo que no quería cargar a su familia. Prefería que tuvieran un buen recuerdo de Eidel, aunque este ya había quedado mermado cuando ella lo dejó. Su madre la había tratado de loca y sus hermanas, que tan bien habían congeniado con ella, se llevaron una gran decepción.

Era mejor dejar las cosas así.

En una de las visitas del capitán, habló con él.

—Slade, necesito un tiempo...

—Has pasado por una experiencia traumática, tómate todo el tiempo que necesites.

—Gracias.

Y así fue como terminó en casa de sus padres haciendo reposo, siendo mimado por todos. Su padre le traía cerveza a escondidas y de paso se tomaba una él. Los niños de sus hermanas habían decidido que él debía jugar con la Xbox y la habían instalado en el salón para desgracia de su madre, que tenía que ver los culebrones en la cocina.

Sus compañeros llamaban de vez en cuando y bromeaban con él. La sorpresa se la llevó una tarde cuando, después de salir de la ducha, se encontró con una llamada perdida de Theresa. Imaginó que Mia le habría contado que estaba herido y quería interesarse por él.

No le devolvió la llamada, ya lo haría cuando estuviese preparado.

Se sentía arropado por su familia, pero no estaba completo. Algo en su interior le instaba a marcharse en cuanto estuviera mejor. A alejarse de todo y respirar paz. Tal vez, encontrarse de nuevo a sí mismo.

Porque estaba perdido, muy perdido.

Capítulo 28

Denis y Mara se sentaron en el sofá de la pequeña casita de madera con un café entre las manos.

—No voy a seguir con la pantomima esta de la boda, Mara. Deberías saberlo a estas alturas.

—No, no lo sé. Ha pasado tiempo, ya no reconozco tus reacciones. Y no hablas en voz alta.

Denis la miró levantando una ceja.

—¿En serio? —preguntó.

—Totalmente.

—Entonces, ¿estás esperando una explicación?

Mara sonrió, dejando que sus dientes blancos resaltaran sobre su piel oscura.

—Por supuesto.

—¿Desde el principio?

Mara hizo rodar sus enormes ojos verdes.

—Sé que no estás acostumbrado a dar ninguna explicación sobre tus movimientos, y menos si son personales. Pero recuerda que soy Mara. Así que estaría bien que empezaras a cambiar esa fea costumbre.

Después de soltar eso, se cruzó de piernas y se apoyó en el respaldo del sofá, mientras Denis permanecía echado hacia adelante mirando su taza de café, buscando la manera de empezar.

—Un tiempo después de haberme instalado en Nueva York, tuve la gran suerte de poder ampliar mis negocios a otras ciudades del país, eso me mantuvo ocupado durante algunos años. —La miró un momento para volver a su café—. Mara había dejado de revolotear en mi cabeza.

—¡Eh! Que estoy aquí, no hables así de ella. Ni que fuera una mosca cojonera.

Él se echó a reír.

—Lo eres, reconócelo.

—Bueno, un poco —dijo juntando sus dedos y guiñando un ojo.

—Una mosca preciosa —susurró él, más para sí mismo que para ella.

Mara no dijo nada para dejarlo continuar.

La punta de los dedos de Denis repiquetearon en la taza.

—Lo cierto, es que estaba tan ocupado que mi mente no tenía tiempo ni de pensar en mi vida personal.

Ella puso una mano en su antebrazo imaginándose a un joven Denis sacando adelante una empresa con todo lo que eso conlleva.

—Cuando me quedé con mi parte de la empresa, recuerda que éramos tres socios de la universidad, ya estaba bastante asentada y empecé a contratar a gente para que hiciera el trabajo al que yo no llegaba. Entonces me convertí en la cabeza visible y tuve que acudir a muchos actos.

—Sí, salías en algunas revistas.

—Lo sé, no me gustaba, pero era la mejor manera de que los clientes con pasta accedieran a contratar mis servicios. Me di cuenta de que muchas de las hijas de esos tipos se interesaban por mí, así que no le puse pegas a salir con ellas. Modelos y actrices dispuestas a salir en las revistas con un tipo desconocido, pero que gustaba.

Mara sabía todo eso y también recordaba cómo se le encogía el corazón cada vez que veía alguna de esas fotografías.

—Al principio disfruté de esas atenciones y mi cartera de clientes iba aumentando, pero llegó un punto en el que me sentí vacío...

—Vaya, ¿los tíos podéis cansaros de eso?

La sonrisa triste de Denis la hizo arrepentirse de haber bromeado.

—Sí, Mara. No puedo hablar por otros tíos. Pero ya sea por mi educación o por el referente que tenía en mis padres, a los que siempre había visto juntos, necesitaba algo más sólido en mi vida.

—Entiendo.

—Y entonces conocí a Nadia.

Mara soltó una carcajada y después se tapó la boca con la mano sin dejar de reír. Denis iba a pensar que estaba loca.

—Lo siento, lo siento. Por favor, no lo tengas en cuenta, ha sido una reacción totalmente espontánea y ha escapado a mi control. No volverá a suceder —se disculpó.

Aun sí, le costó dejar de reírse.

—Mara...

—Si supieras lo que he pensado, tú también te reirías, pero continúa.

—No te cortes, nena. Ahora ya tengo curiosidad.

Mara se puso seria, ¿él quería saberlo? Pues se lo iba a decir.

—Estaba pensando que, si saliste con muchas mujeres y decidiste dar el paso con Nadia, no puedo llegar a imaginar en cómo serían las otras. Había oído hablar de mujeres preciosas con la cabeza llena de pájaros, pero hasta que no conocí a tu novia no fui consciente de que había dejado de ser una leyenda urbana.

Denis levantó la ceja.

—Ese comentario es demasiado machista, incluso para ti.

—No, cielo. «Machista» sería decir que solo sirven para follar, y a ese punto aún no he llegado.

—¿Piensas hacerlo?

—En mi mente, sí.

Denis se rio con ganas.

—Nunca cambiarás.

—No.

—Tienes razón en una cosa: algunas de esas chicas viven el día a día sin pensar en un futuro y disfrutando de la fortuna familiar; si te refieres a eso con lo de «la cabeza llena de pájaros», te doy la razón. Aunque Nadia no me pareció una de ellas. Trabajaba para no tener que tirar del patrimonio familiar y hacía de modelo publicitaria, me pareció admirable.

—Entonces es que folla perfectamente, te felicito.

Iba a levantarse y salir de nuevo al jardín para respirar aire fresco, pero él la atrapó por la muñeca.

—No hemos terminado, dijiste que querías hablar.

Dio un tirón para soltarse de su mano.

—Digamos que hablar de esa mujer me pone de mal humor, no espero que lo entiendas. Además, no hay más ciego que el que no quiere ver.

—Sé que no la quiero. ¿Es eso lo que querías oír?

—Eso y que sospechas de ella.

—No tengo pruebas...

—¡Maldita sea, Denis! Ha mentado; fue ella la que nos descubrió en Brasil. ¿Necesitas más pruebas?

—Pudo ser alguien de mi entorno, no ella. Además, entiendo su postura. Has aparecido en mi vida y eres preciosa, es normal que se haya puesto un tanto irritable.

Mara se sentó a su lado y entrecerró los ojos.

—Dime, Denis. ¿Has pasado por su cama desde que he vuelto?

—¿Qué importancia tiene eso?

—¿Lo has hecho?

Ahora fue él el que se levantó de golpe.

—¡No, Mara! No he podido...

—Ahí lo tienes.

Denis la miró.

—Eso solo demuestra que no es a ella a la que quiero en mi vida.

—¿Y crees que ella no se ha dado cuenta? Muy idiota tendría que ser. ¿Ni siquiera se te ha pasado por la cabeza que, tal vez, esté detrás de todo para que me aleje de ti?

—Mara, hay una investigación en curso. Si ella ha urdido todo esto, lo descubrirán.

—Y, mientras tanto, le estás haciendo creer que todo sigue adelante.

—¿Quieres que la eche de mi casa?

—Quiero que pongas las cartas sobre la mesa, Denis. Que la hagas cantar, que tenga que admitir que yo soy un impedimento para vuestro enlace y que ha intentado matarte.

—Te dije que hablaría con ella. Hemos venido aquí para estar tranquilos, cariño. Olvida Nueva York y disfruta de este momento.

Se agachó delante de ella y cogió su cara con ambas manos.

—Déjame disfrutar de ti. Ella se irá de mi vida, pero no puedo hacerlo sin darle una explicación.

—No la merece...

—Olvídala.

—Está bien.

Finalmente decidió claudicar y, como él mismo decía, disfrutar del momento. Conocía a Denis, sabía que nunca le haría daño con otra mujer. Si terminaban teniendo sexo sería lo más bonito que le habría pasado en mucho tiempo.

Dejó que Denis la besara y tirara de su vestido para sacárselo por la cabeza. La ropa interior de encaje blanco resaltaba sobre su piel negra y se sintió especialmente atractiva.

—Eres tal como te recordaba.

—Yo también quiero recordarte.

Se puso de pie y desabrochó los botones de la camisa para después deslizarla por sus hombros hasta que dejó que cayera al suelo. Después siguió con los pantalones.

—Oh, sí. Bueno, un poco más musculoso, pero me gustas igual.

Denis levantó las dos cejas y ella se echó a reír.

—Gracias, mujer.

Lo empujó un poco para que se sentara en el sofá y de pie, delante de él, se quitó el sujetador y las bragas. La erección de Denis llamó su atención.

—No te muevas —dijo él, a la vez que atrapaba su cintura con las dos manos.

Besó su vientre con suavidad mientras sus manos recorrían su cintura y sus muslos.

—Ven.

Ella se sentó a horcajadas sobre él sintiendo su pene exactamente en su centro, se apretó contra su cuerpo y se movió.

—Mara, estate quieta.

—No.

—No tenemos preservativos, cariño.

—¿Y lo dices ahora? —se lamentó.

—Eres irresistible y yo débil. No me puedo resistir a tus encantos.

Mara se detuvo y lo miró.

—Oh, claro. —le dio un manotazo en el hombro cuando él dibujó una sonrisa lenta—. No me digas que tenemos que hacerlo como dos adolescentes.

—Es mejor que nada.

—Muy mal, Denis. Podría quedarme embarazada, no tomo nada.

—No nos niegues esto...

La levantó y la dejó deslizarse a lo largo de su pene. No, no se negaría esto, a ninguno de los dos. Volver a sentir a Denis en su interior era como estar viviendo un sueño que nunca creyó que se haría realidad de nuevo.

Gimió abrazándolo y besando su cuello. Él lamía su hombro y le daba pequeños mordiscos mientras aceleraba las embestidas. El orgasmo se formaba en su interior y amenazaba con arrasarlo con todo. Apretó sus músculos internos, dejó que el placer la invadiera por completo y se dejó llevar mordiendo la curva entre el hombro y el cuello de Denis.

—Joder, Mara.

La levantó y se corrió entre sus cuerpos, apretándola contra él; el pecho de su hombre subía y bajaba hasta que dejó que su cabeza se apoyara en el respaldo del sofá. Mara buscó su boca y encontró su lengua con la que jugó y bailó mientras sus alientos de mezclaban.

—Debería haber recordado esa costumbre tan tuya de morderme —dijo Denis contra su boca.

—¿Qué?

—Me has mordido.

—Ah, ¿en serio?

Denis se echó a reír y ella sintió la vibración contra su pecho.

—Cariño, deberíamos ducharnos.

Denis miró entre sus pechos hacia abajo.

—Como dos adolescentes.

—Eso es —se carcajeó ella.

Denis se levantó con ella a cuestas y entró en el baño.

—Vamos a solucionar este desastre, nena.

Capítulo 29

Mara se despertó la primera y notó los brazos de Denis envolviéndola. Estaban desnudos y el roce de sus cuerpos era delicioso. Se dio la vuelta dentro de sus brazos y besó sus labios.

—¿Ya estás despierta?

—No, solo estaba soñando.

Él sonrió aún con los ojos cerrados.

—Ya somos dos —admitió.

—Deberíamos volver, tu familia estará preocupada.

Abrió los ojos.

—Ni siquiera he mirado el teléfono, no sé ni cuánto hacía que desconectaba tantas horas.

Ella lo besó por última vez antes de levantarse y empezar a vestirse.

—Yo tampoco lo he mirado. ¿Hay algo para desayunar?

—No, ya pararemos en algún sitio.

Pero Denis no parecía dispuesto a levantarse.

—Vamos, grandullón. —Tiró de su brazo—. Tengo hambre.

Denis se dejó arrastrar fuera de la cama y soltó un gruñido.

—La idea era no salir de esta habitación —dijo al mismo tiempo que ponía en marcha su teléfono—. Mierda, pero si solo son las cuatro de la madrugada.

—Una hora magnífica.

En realidad, ella quería volver cuanto antes para que Denis aclarara la situación con Nadia.

El móvil de Denis empezó a emitir pitidos mientras se vestía y lo miró asqueado.

—Mensajes y llamadas perdidas de mi madre, de Jude, de mi hermana, del trabajo y de Joel. Bienvenida de vuelta a la realidad.

Al mismo tiempo, el móvil de Mara hizo lo mismo.

—Nos ha durado poco la paz —se lamentó ella—. Erin me ha estado buscando, debe de ser algo relacionado con la persecución en la carretera.

—Enviaré un mensaje para tranquilizarlos a todos y la hora a la que espero que lleguemos.

—Haré lo mismo con Erin, ¿la puedo invitar a tu casa?

—Por supuesto.

Mara conducía de vuelta a Nueva York. Los dos escuchaban en silencio *Wait* de Maroon 5.

Iban sumidos en sus propios pensamientos, los suyos eran muy poco alentadores, no podía esperar a saber qué había pasado en Nueva York en las últimas horas para que Erin la buscara. ¿Habría descubierto quiénes eran esos hombres? Si no era así, ni tampoco sabía quién había drogado a Denis, volverían a la casilla de salida. Aunque esperaba que con Nadia fuera de la casa de Denis. Sabía que estaba siendo egoísta, pero apostaría su melena a que esa arpía intentaba algo.

Le caía bien Erin, la chica de Elijah, los dos eran unas personas abiertas que enseguida la habían aceptado como amiga de Denis y ofrecido su ayuda. Aún podía recordar el mal rato que pasaron Elijah y ella enterrados bajo aquellos kilos de tierra cuando todo estalló estando secuestrada. Se estaban quedando sin oxígeno y él no dejaba de bromear. La sangre fría de aquel hombre evitó que ella entrara en pánico. Nunca se lo podría agradecer lo suficiente.

Cuatro horas después, con un descanso de veinte minutos para comer algo, llegaron a su destino.

—Denis, saludaré a tu madre y subiré a la habitación...

—Yo hablaré con Joel... y con Nadia.

—Te quiero.

—Yo también, te quiero, solo recuérdalo.

No se besaron ya que Nadia estaba en la puerta de entrada con los brazos en jarras. Eran las nueve de la mañana y la chica parecía buscar guerra a una hora tan temprana. Pobre Denis.

—Espero que sepas torear.

—No seas mala, Mara. Después subiré a buscarte.

Descendieron del coche y subieron las escaleras.

—Quiero saber dónde has estado, llevo toda la noche esperándote.

Mara puso los ojos en blanco.

—Buenos días a ti también —dijo pasando por su lado y rozándola intencionadamente.

—¿Cómo te atreves a aparecer con ella aquí? —exigió Nadia sin hacer caso de Mara.

—Vamos a mi despacho, tenemos que hablar. —Escuchó la voz de Denis a su espalda, al hombre le esperaba una buena.

Los taconazos de Nadia resonaron en el suelo de mármol y el sonido se perdió a lo lejos mientras ella subía las escaleras.

Necesitaba refrescarse así que entró en su habitación y se quitó la ropa, se tumbó en la cama y suspiró. Descansaría un rato y se daría una placentera ducha.

Denis ni siquiera se planteó descansar, tenía asuntos que atender y cuanto antes lo hiciera, mejor.

Joel salió de la cocina y los saludó serio. Supo en aquél preciso instante que algo iba muy mal.

—Señor, debería hablar con usted..., a solas.

—Enseguida estoy contigo, Joel.

Cogió el brazo de Nadia que sonreía tontamente. Tal vez, veía su negativa a hablar con Joel inmediatamente como un triunfo sobre él.

—Señor Vides, permítame que insista. Es importante.

La mirada elocuente de su escolta lo hizo decidirse.

—Está bien —se volvió hacia Nadia—. Discúlpanos, no tardaremos.

Ella hizo un mohín con la boca y se metió en la cocina mientras Joel y él enfilaban la escalera derechos a su despacho.

—Debo mostrarle lo que hemos descubierto hasta ahora. Con permiso. — Denis asintió al verlo dirigirse a la parte trasera del escritorio. Sacó unos documentos que había en el primer cajón después de abrir con la llave que él mismo le había proporcionado—. Estaban bajo llave porque la señorita Nadia no hace más que ir de una habitación a otra.

—¿Hemos?

—Sí, la inspectora Erin Weston me ha proporcionado una información muy valiosa que de otra manera habría tardado días en conseguir. Por otro lado, desde el departamento de contabilidad han dado la voz de alarma sobre movimientos de capital no justificado de sus cuentas, son sumas enormes...

—Mierda. Empieza desde el principio.

—La primera vez que investigué a la señorita Nadia no entré en su vida íntima y familiar, a la vista del nivel de vida que llevaban sus padres y ella. Pero esta vez sí lo he hecho. La familia de la señorita Nadia está arruinada. Las últimas inversiones que su padre hizo no salieron bien y el pufo es enorme.

—Por eso ella trabajaba, para poder subsistir. Me hizo creer que era una mujer independiente, aunque viviera en casa de sus padres.

—Suponemos que era una tapadera para que usted no tuviera en cuenta la posición de la familia.

—¿Y el dinero robado? ¿Era para ayudar a su familia?

Le estaba sentando como una patada en los huevos, si ella hubiera hablado con él tal vez la hubiera ayudado.

—Me temo que no, señor Vides. Aunque, una vez casados podría hacerlo perfectamente.

—Entiendo.

—El dinero lo entregó a los hombres con el que la vi hablando, es por eso que nos atacaron a la señorita Lima y a mí. El que sobrevivió al accidente fue detenido. La inspectora Weston se hizo cargo del interrogatorio y así supimos que el pago era para terminar con Mara.

—¿¡Qué?! ¿Nadia, pagó a esos tipos para que mataran a Mara? — Empezó a pasearse por la habitación.

—Eso no es todo lo que sabemos. —Denis se detuvo para mirarlo—. Los Taylor contactaron con ella cuando usted estaba en Brasil, la amenazaron de muerte si no daba la dirección del apartamento. Ella les pidió que mataran solo a la señorita Lima y que una vez se casara con usted podrían llevar a cabo su venganza.

—Yo era el siguiente en la lista.

—A cambio les pagaría unos diez millones de dólares.

—Joder...

—Pero no salió bien, como ya sabe. Así que los dos hombres que vi también trabajaban para los Taylor y querían llevarse la pasta, a pesar de todo. Creo que lo de matarle a usted ya estaba descartado. La señorita Nadia tiene una fijación por la señorita Lima. Al no poder acabar con ella, quiso inculparla de la intoxicación por droga, apartarla de usted. Su futuro peligraba.

—Y a mí pretendía desplumarme lentamente después de la boda. Pero podía haber muerto por sobredosis.

—Supongo que es un riesgo que tuvo que correr.

—¿Cuándo te has enterado de todo?

—Anoche, pero la inspectora Weston aún tenía que atar cabos sueltos para poder realizar la detención.

—Mara ha quedado con ella.

—Lo sé, me ha pedido que retenga a la señorita Nadia todo lo que pueda. Tengo a dos hombres vigilándola, aunque no pueden entrar en las habitaciones, solo controlar su paradero.

—No voy a hablar con ella, creo que todo lo que tenga que explicar lo hará ante un juez —masculló—. Esperaremos a la inspectora Weston.

Nadia se separó de la puerta aterrada. Denis ya lo sabía todo y estaban a punto de detenerla. Había subido tras ellos y se había metido en su habitación. Denis había hecho construir una puerta que daba a su despacho. Mil noches se había levantado para ponerse a trabajar y dejarla sola en la cama.

Denis estaba a punto de suspender la boda, algo que no estaba en sus planes. Pero no iba a ser feliz junto a Mara.

No lo permitiría.

Ella tendría la última palabra.

Sacó el cuchillo de debajo del colchón, el que pensaba usar hacía unos días en un arrebato. Esa mujer era irritante, con su risa y su coqueteo. Denis era suyo y hoy Mara lo iba a entender por las malas, aunque eso le costara truncar todo lo que había planeado para su futuro. Sabía que había sido una mala idea que los hombres de Taylor quisieran reunirse en su casa. Joel los había visto.

Pero, entre matar a Joel o a Mara, elegía a la sucia brasileña.

Escondió el cuchillo debajo de su vestido enganchándolo a la goma de las bragas y salió al pasillo. Sabía que la estaban vigilando, así que actuó rápido. Ellos no podrían entrar a la habitación que ocupaba la negra.

Caminó con paso ligero hasta la puerta y entró directamente en la

habitación, como si fuera la cosa más natural. Si esos hombres pensaban que no estaba segura de lo que hacía avisarían a Denis inmediatamente.

Una vez dentro, se encontró con la habitación vacía. Iba a volver a salir para encontrarla cuando escuchó ruidos en el baño. Sacó el cuchillo y esperó con una ligera sonrisa.

«Denis, nunca debiste dudar de mí», pensó contenta por la anticipación.

No tuvo que esperar mucho para ver salir a Mara vestida solo con ropa interior secándose ese pelo enmarañado con una toalla.

La debió ver por el rabillo del ojo porque se giró rápido y clavó sus ojos verdes en el cuchillo. Pero ella ya se había abalanzado blandiendo su arma.

Aunque Mara fue rápida, no pudo evitar llevarse un corte en el costado, justo por encima de la cadera.

—¡Eh! —gritó apartándose de esa loca.

—Vaya, parece que estás perdiendo sangre.

—¿Se puede saber a qué coño estás jugando?

—La pregunta es: ¿a qué estás jugando tú? Crees que puedes llegar y poner la vida de Denis patas arriba, y estás muy equivocada.

Joder, como escocía la herida, debería taponarla con algo, pero perder de vista a Nadia podía costarle la vida.

—Veo que ya has hablado con él —la provocó.

—Sí, y me ha perdonado. Ahora, no sabe qué hacer contigo. Así que he decidido que voy a allanarle el camino —mintió descaradamente.

—Ya. ¿Admites que estabas detrás de toda esta mierda?

—Sí, pero nadie ha resultado muerto, así que lo ha entendido perfectamente.

Y una mierda.

—¿No tienes ni idea de la relación que manteníamos años atrás verdad?

—Follabais como conejos, ¿a eso llamas relación?

Mara estuvo a punto de reírse en su cara, pero estaba herida, debería dejar que se acercase más y terminar con esto.

—Bueno, eso también. —Volvió a provocar—. Pero, resulta que nos conocemos desde que éramos niños. Sé cómo reacciona ante las situaciones,

así que ahórrate el teatro y suelta ese cuchillo o terminarás haciéndote daño. No es que me importe.

—¡No sabes nada de él, ya no es el hombre que conociste!

Podría darle la razón, aunque fuera mentalmente. Pero debido a los últimos acontecimientos, sabía que Denis seguía siendo el mismo. Y también sabía que si se enteraba de esto, Nadia tenía las de perder.

—Qué mal genio, rubia. ¿No follas últimamente? —Notaba como la sangre bajaba por su pierna. Necesitaba actuar antes de que tocara el suelo y eso la hiciera resbalar.

Nadia apretó los dientes y fue a por ella de nuevo. Mara se apartó de un salto haciendo que Nadia no encontrara apoyo y tirara todo lo que había sobre el tocador al suelo para poder mantener el equilibrio, provocando así un gran estruendo.

Aprovechó para empujarla por la espalda y tirarla al suelo. La muy tarada no soltaba el cuchillo. Se sentó a horcajadas sobre su vientre e inmovilizó la mano que sujetaba el cuchillo contra el suelo.

—Una vez me llamaste barriobajera. ¿Sabes lo que es criarse en un barrio como el mío?

No dejaba de moverse bajo su cuerpo, dando manotazos y agitando las piernas. Levantó su muñeca y la bajó de golpe para que el impacto contra el suelo la obligara a soltar el cuchillo. Nadia gritó de dolor, pero lo soltó. Mara lo cogió y se lo puso debajo de la barbilla.

—Pues te lo voy a resumir: criarse en mi barrio fue una puta mierda. Pero me enseñó a defenderme. Podría acabar contigo y alegar defensa propia, tú me has atacado primero. ¿recuerdas? —Usó un tono de voz bajo y le hablaba a solo unos centímetros del rostro.

La mujer se quedó quieta con los ojos muy abiertos. Y pálida, muy pálida.

—El único problema es que sería rápido y eso me molestaría demasiado.

La puerta se abrió de golpe, pero ella no se inmutó.

—¡Mara! —gritó Denis.

—Esta puta ha intentado matarme —dijo entre dientes.

Estaba valorando seriamente lo de clavar el cuchillo y terminar con esto. Solo un empujón y habría terminado con la patética vida de esa indeseable.

—¡Está sangrando! —gritó Joel.

—Déjala ir, nena. No arruines tu vida por esto. —Denis se había

agachado a su lado, pero no la tocaba —. Tenemos un futuro juntos, ¿lo recuerdas?

En esos momentos los ojos de Nadia buscaron los de Denis y una maldita lágrima resbaló por su sien.

—¡Suelta el cuchillo! ¡Ahora! —Miró a Erin que la estaba apuntando con su pistola.

Volvió a mirar a Nadia.

—Espero que te pudras en alguna celda para el resto de tu vida.

Tiró el cuchillo a un lado y con la ayuda de Denis se levantó.

—¡Oh, Dios mío!

La madre de Denis, su hermana y Jude acababan de llegar y entraron atropelladamente en la habitación. Erin se abalanzó sobre Nadia y, haciendo que se diera la vuelta, la esposó.

—Envíen una ambulancia al número dos de la calle...

Sintió como se le aflojaban las piernas mientras una toalla era aplastada contra la herida.

Capítulo 30

—¿Mara? Mara, estoy aquí. Mírame.

Abrió los ojos y se encontró con los de Denis que parecían preocupados.

—Cariño... —La mano de Denis se posó en su mejilla y después se acercó para besar sus labios.

Sonrió mientras lo hacía.

—Gracias a Dios, niña. —La madre de Denis cogió su mano.

—¿Cómo estás? —preguntó Lina, la hermana.

Miró la habitación. Estaba en un hospital.

—Bien.

Y era cierto, no sentía dolor.

—Hola, chica mala. —Jude le dio un beso en la frente—. Te han cosido un poco.

—Ya...

Erin, Elijah y Joel entraron en aquel momento.

—¿Me apuntaste con tu pistola? —preguntó mirando a Erin.

—Un poco.

—Muy mal —dijo con una sonrisa.

—Ya sabes lo que nos gusta una pistola a los polis —declaró la chica.

Volvió a sonreír.

—Deberías portarte mejor. ¿Dejarás algún día de meterte en líos? —inquirió Elijah con sorna.

—No creo —contestó Denis por ella.

—¡Oye!

Las bromas siguieron durante un rato, hasta que una enfermera los echó a todos menos a Denis.

—Te ha permitido quedarte, ¿qué le has prometido a cambio?

—Un hijo —contestó resuelto.

Le dio un manotazo.

—¿Voy a tener que ir amenazando a toda mujer que se acerque a ti? ¿Qué clase de vida es esa?

Denis sonrió.

—¿Eso significa que te quedarás conmigo?

—Deja que lo piense. Te he librado de una energúmena y ahora andas suelto de nuevo. No creo que pueda dejarte solo.

Denis la besó y después pasó el pulgar por sus labios.

—No ando suelto. Tú me tienes atrapado.

—Ah, esto...

—Quédate conmigo, Mara. Construyamos un futuro juntos. Viajaremos a Brasil tantas veces como quieras, así podrás seguir con la dirección del albergue. Te ayudaré...

Tapó su boca con la mano.

—No tienes que convencerme. Te quiero, Denis, y me quedaré a tu lado.

Los ojos del hombre se iluminaron.

—Te quiero, Mara. No sabes lo feliz que me acabas de hacer.

Echó las manos a su cuello y lo besó con devoción, se estaba salvando porque estaban en un hospital. Pero las ganas de tenerlo solo para ella estaban empezando a ser una molestia.

—Pero que quede claro que solo es por tu dinero.

—Puedo vivir con eso. Mujer interesada.

—Ajá.

En el momento que empezó a reírse con ganas su cuerpo le recordó que no estaba al cien por cien y se quejó.

—En unas horas podremos irnos a casa. Pórtate bien.

—Vaya, yo que quería montar un espectáculo en esta cama.

Alguien carraspeó y los dos miraron hacia la puerta. Slade y Sue estaban entrando.

Capítulo 31

Tres meses después...

Michael terminó de cortar la leña y cogiéndola entre sus brazos la metió en la cabaña. Hacía frío en Montana. La dejó caer al lado de la chimenea y metió un par de troncos sobre las llamas.

Un par de horas antes había hablado con Slade. El hombre le había explicado que su equipo no había vuelto a salir del país y que solo hacían trabajos como escoltas.

Paradójicamente, con la que más hablaba por teléfono era con Theresa. La chica había conseguido que se relajara, aunque fuera en la distancia. Le había contado que, en realidad, nunca había habido una tercera persona en su relación. Eso lo cabreó y estuvo una semana sin llamarla.

Estaba harto de mentiras.

Pero, poco a poco la fue entendiendo. Ella venía de una familia desestructurada, nunca había tenido suerte con los hombres y se dedicaba en cuerpo y alma a su trabajo. Se había asustado y por eso lo había alejado de ella. Mia le pidió paciencia con su amiga y lentamente volvió a confiar en Theresa. Le prometió volver a intentarlo cuando volviera a Nueva York.

En cuanto a Eidel, decidió que si la perdonaba podría pasar página. No podía seguir viviendo con ese odio hacía ella. Había sido su propio psicólogo; intentando entender las razones por las que ella había actuado así, había terminado entrando en un bucle tan dañino que no lo dejaba dormir.

Fue a visitar la tumba de su hijo un par de meses atrás, era por eso que Eidel había vuelto a Montana, para enterrarlo allí. Pero ni siquiera entonces quiso contar con él y lo echó de su lado.

Quizás, ella quería ahorrarle el dolor.

No quiso buscar otra explicación.

Fue extraño estar allí con un pequeño ramo de flores, intentando imaginar cómo era o qué personalidad tenía Zani.

Su hijo no volvería y Eidel estaba enterrada en algún lugar. No preguntó

ni intentó repatriar el cadáver. Supuso que debía estar en algún cementerio judío de Tel Aviv. Ella no merecía que él se molestara en eso. La manera que tuvo de enterarse de que había sido padre fue más de lo que pudo soportar.

Joder, no se consideraba un mal tipo. No merecía ese trato.

Miró la fotografía del pequeño Zani, la había hecho enmarcar y estaba sobre la chimenea. Paseó un dedo por el rostro infantil y las lágrimas lucharon por salir.

—Lo siento —susurró.

Al día siguiente empaquetó sus cosas y las lanzó dentro de la *Pick up*. Ya era hora de que volviera a su vida, a su trabajo y a su familia. Theresa estaba en Nueva York y tenía el firme propósito de volverla a ver.

Emprendió el largo viaje sin dar cuenta a nadie de su cambio de planes.

Theresa supo todo lo que Michael había sufrido por boca de Mia. No creyó oportuno soltarle a bocajarro que estaba embarazada. Le dejó espacio, pero no podía ocultarlo por más tiempo; ya estaba de casi cinco meses...

Saludó con una sonrisa a los niños que estaban esperándola en clase. Esos pequeños eran su vida y nada ni nadie podría apartarla de ellos. Los más pequeños solían ser adoptados con más facilidad, pero una vez llegaban a la adolescencia, pocas parejas querían hacerse cargo de ellos. Y ahí es cuando entraba ella, que los guiaba y hacía entender las cosas que estaban mal. Muchos habían empezado a delinquir a muy temprana edad o a sufrir malos tratos por parte de adultos que no los querían o se aprovechaban de su juventud.

Mia había puesto el capital y algo de su tiempo. Pero era ella la que vivía las veinticuatro horas del día con sus problemas, sus llantos o su mal humor. Nayeli había encajado muy bien en el centro, su trabajo como profesora no podría ser más acertado, tenía buena mano para los críos y era una gran ayuda para todos.

Mía y Theresa se habían conocido en uno de esos centros y se habían hecho inseparables. Con el tiempo, sus destinos se separaron. Pero cuando ella quiso dedicarse a esto, a montar un centro de acogida, Mia no lo dudó ni

un momento y parte de lo que ganaba como soldado lo guardaba para el proyecto mientras ella hacía trabajos temporales y ahorra todo lo que podía.

Era la hora del recreo para los pequeños cuando el timbre de la puerta sonó. Normalmente, era algún transportista trayendo cajas repletas de material escolar que algún colegio privado donaba a los centros como el suyo. Hizo una señal a una de las cuidadoras y fue a abrir.

Michael apareció ante sus ojos con la cabeza rapada casi al cero, vestido con unos vaqueros negros y una camiseta roja. Sus manos estaban metidas en los bolsillos. Se le veía más delgado y en su rostro había señales claras del sufrimiento por el que había pasado..., que aún debía estar pasando.

—Michael. —Se llevó una mano a la boca.

Él sonrió, aunque el gesto no llegó a sus ojos.

—Siento no haberte avisado. Decidí volver y lo hice sin pensarlo demasiado.

—No sabes cuánto me alegra verte aquí. —Lo abrazó y besó su mejilla.

Michael se envaró, la apartó poniendo las manos en sus hombros y miró su barriga.

—Lo siento, no quería que te enteraras así. Podemos entrar a mi despacho.

Pero él no se movió del sitio, seguía con la mirada clavada en su vientre.

—No es lo que crees, te lo explicaré todo.

—¿No estás embarazada?

—Sí, sí lo estoy.

Cogió la mano del hombre y lo hizo entrar. La puerta de su despacho estaba al lado y cuando estuvieron dentro, Theresa cerró.

—¿Te vas a alguna parte?

Siguió la mirada de Michael y vio la maleta junto a su escritorio.

—Sí, ya tenía el billete de avión para ir a ver al padre de mi hijo.

—Entonces no te entretengo.

Michael hizo amago de volver a salir, con la decepción pintada en su rostro, pero ella se plantó delante.

—Mi destino era Montana, pero resulta que has venido.

Michael abrió los ojos con sorpresa.

—¿Es mío?... quiero decir, ¿nuestro?

Ella asintió con una sonrisa.

—Iba a decírtelo en cuanto te viera.

Michael la besó con devoción, acariciando su rostro al mismo tiempo.

—Estás preciosa.

—Oh, no, ya se me empieza a notar demasiado.

—Entonces, cada día que pase estarás más bonita.

Michael la llevó de la mano hasta uno de los sillones que había delante del escritorio y se sentó con ella en el regazo.

—¿De cuánto estás? Según mis cálculos, de unos cinco meses.

—Sí.

—¿Qué pasó, Theresa? Sé que te asustaste, pero por teléfono no me lo has contado todo.

Ella bajó el rostro, pero él cogió su barbilla con solo dos dedos y la obligo a mirarlo a los ojos.

—Hacía muy poco que teníamos relaciones y aunque habíamos usado protección, algo falló.

—No me refería a eso...

—Lo sé. Es solo que parecía que te había atrapado de alguna manera. Mi reacción fue alejarme de ti.

—Con una excusa muy precisa.

—No se me ocurrió otra.

—Pero esa persona de la que me hablaste no existe —quiso asegurarse.

Ella se tapó el rostro.

—Lo siento, Michael. Tuve miedo de tu reacción. Miedo de que no quisieras a esta niña, de que no estuvieras lo suficientemente enamorado de mí o preparado para esto.

—¿Es una niña? —preguntó apartando sus manos para ver su cara.

—Sí, lo supe hace poco.

—Una niña..., será tan guapa como tú.

Ella sonrió con tristeza.

—Sigo enamorado de ti, aunque no lo supe hasta que me sorprendí mirando mi teléfono, esperando que me llamaras, esperando oír tu voz. Las cosas que han pasado...

—No hables de eso si no quieres, lo entenderé.

—Lo único que quiero que entiendas es que aquello me nubló el juicio. Ella significó mucho en mi vida, Theresa. Pero que nunca me hablara de mi hijo...

—Michael. Tu hijo siempre estará en tu corazón.

—Así es, me ha costado comprenderlo.

—No quiero que pienses que yo pretendía hacer lo mismo. Mia y yo hablamos, le conté que estaba embarazada y todos mis miedos. Días después me arrepentí de las palabras que te dije y te busqué, pero ya no estabas. Habías viajado a Tel Aviv.

—¿Mia te dio esa información?

—No, me lo dijo cuando volvisteis. Solo sabía que habías viajado por trabajo.

—Entiendo.

—Después, cuando ella me explicó por todo lo que habías pasado, me di cuenta de que necesitabas tiempo, de que no era el momento. Aunque pensaba decírtelo antes de que nuestra hija naciera.

—¿Cuándo ibas a salir de viaje?

—Mañana. Mia y Killian buscaron tu cabaña. Nadie sabía dónde estabas. Aunque lo descubrieron al poco de irte.

—¿Han sabido... —Juntó las cejas—. Me han estado vigilando —afirmó finalmente.

—No sé si debo hablar...

—No pasa nada, los conozco, seguro que se turnaron para controlar mis pasos.

—Michael...

Theresa no quería que él se cabreara con sus compañeros.

—Lo que ellos no saben es que la única razón por la que no perdí la cabeza fuiste tú.

—¿De verdad?

—Sí, cuando supe que solo te habías alejado de mí por miedo a tener una relación, me juré que te conquistaría de nuevo. Ya estaba harto de auto compadecerme. Tenía que volver a vivir. Por eso he regresado.

—Eres un hombre muy fuerte.

—Y tú una mujer estupenda. Sé que habrías terminado diciéndome lo del embarazo. No eres ella, nunca os compararé, y desde este momento ella está fuera de toda conversación. Fuera de nuestra vida.

—Me alegra saber que estás bien, o todo lo bien que cabría esperar.

—No estoy al cien por cien, pero me recuperaré, te lo prometo. Ahora tengo a mis chicas —declaró acariciando su vientre.

Subió una mano por su muslo llevándose la falda a su paso, volviéndola a besar, sus dedos acariciaron el borde de sus bragas y ella se encendió. Sabía que no estaban en el lugar correcto, pero un poco de intimidad en este momento era lo que más ansiaba.

Michael siempre llevaría el peso de la muerte de su hijo sobre los hombros y ella haría lo posible para que la memoria del pequeño estuviera siempre presente. Su hija sabría algún día que tuvo un hermano mayor.

Capítulo 32

—Theresa, esa *Pick Up* que hay ahí... —Mia entró sin llamar—. ¡Oh, joder! Chicos, chicos, que hay niños por aquí.

Theresa dio un respingo y Michael sonrió mientras ella salía de prisa de su regazo.

Maldita Mia.

—No veo a ninguno —dijo Michael mirando detrás de ella.

—Bueno, pues estoy yo —soltó su compañera de equipo.

—No me hagas hablar, cariño. —besó la mejilla de Mia—. ¿Te tengo que recordar que toda la unidad tuvimos que oír a Killian y a ti en cierta tienda de campaña? ¿O pensabas que la lona era de acero insonorizado?

—¿En serio? —se rio Theresa.

Mia se acercó y dejó una bolsa sobre el escritorio.

—No, miente como un bellaco —contestó resuelta.

Michael se rio a carcajadas. Lo cierto es que sentaba bien volver a reír.

—Hay demasiados testigos, nena.

—Corramos un tupido velo —lo miró de nuevo—. ¿Por qué coño no has anunciado tu vuelta?

Michael resopló.

—Yo también me alegro de verte. —Le guiñó un ojo—, ¿me he dejado a algún compañero tarado en Montana?

Mia abrió los ojos sorprendida.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que estábamos cerca?

—Lo intuía, aunque no os dejasteis ver.

—Reconoce que somos buenos, cielo. —El apelativo sonó demasiado forzado.

—Yo también.

—*Touché*. Malditos hombres y sus egos. —Theresa sonrió—. No sabes lo que te espera, corre mientras puedas.

Michael se acercó a Theresa y puso un brazo sobre sus hombros.

—Felicítame, vamos a ser padres. Aunque sé que ya lo sabías, yo me

acabo de enterar.

—Me alegra saber que se lo has dicho —Mia besó a Theresa en la mejilla.

Ella asintió.

—Muchas felicidades, no creo que haya nadie ahora mismo que merezca ser más feliz que tú, Michael. —Lo abrazó y también lo besó.

—Gracias.

Mia dejó varias cosas sobre la mesa, entre ellas, había unos cuadernillos infantiles.

—Recojo a Marie y nos vamos. Will está con Killian, y dejarlos solos no puede traer más que problemas.

Los tres se rieron.

Michael sabía que Killian y Mia habían decidido que Marie podía seguir estudiando en el centro hasta que fuera al instituto. Theresa era una segunda madre para ella y no habían querido que Marie la echara de menos. Jared, el hijo adoptivo de Wyatt y Nayeli, también seguía sus estudios aquí. Los últimos en incorporarse habían sido los hijos de Jacob, Nicole y Roy.

—Nena, ¿puedes dejar el centro por unas horas? —preguntó a Theresa.

—Sí, no hay problema. Hoy estamos todas aquí.

—Entonces acompáñame a casa. Quiero asearme y prepararte una buena cena.

—Vaya, ¿es así cómo funciona?

Michael puso las manos en su cintura.

—¿Lo de cuidarte? Sí.

—Me voy a acostumbrar...

—Hazlo.

Se besaron y salieron del centro después de recoger la maleta de Theresa.

—Te vendrá bien por si necesitas cambiarte.

Juraría que ella se sonrojó.

—Tendremos que hacer la compra primero. El frigorífico está vacío —se lamentó, quitándole hierro al color de sus mejillas.

Una hora después llegaron a su apartamento y se negó a que ella hiciera más viajes al coche para subir bolsas y equipaje. Ya había subido un par y a él le había parecido demasiado. La chica se quejó, pero, después de prometerle que no quedaba mucho por transportar, se quedó tranquila.

Quería cuidar de ella y, aunque le había costado un poco entender la huida de Theresa de su relación, había terminado por comprender los motivos. Si había hombres que salían despavoridos ante una situación así, él no era uno de ellos. Esa niña tendría una madre, pero también un padre.

Theresa empezó a lavar y cortar las verduras mientras Michael se duchaba. No dejaba de darle vueltas al aspecto con el que se había presentado en el centro. Había bajado de las montañas para ir directamente a verla. Eso significaba algo.

Michael no volvía del baño y empezó a preocuparse. Conocía perfectamente el apartamento, había estado varias veces, así que se lavó las manos y fue para llamar a la puerta, pero se lo encontró sentado en la cama con unos pantalones de chándal como única prenda, mirando un marco que tenía entre las manos.

—¿Michael?

Él levantó la cabeza.

—Enseguida voy, solo estaba vaciando el petate.

Theresa se sentó a su lado.

—¿Es Zani?

—¿Sabes su nombre?

Puso una mano sobre su brazo.

—Todos lo sabemos, Michael.

—Creo que no lo sabes todo.

¿Había algo más?

—Zani, es mi verdadero nombre. En la unidad decidimos cambiarnos los apellidos para proteger a nuestras familias. Yo también me cambié el nombre de pila; es israelí y demasiado evidente.

Eso no lo sabía.

—Entiendo. ¿Por eso ella...

—...le puso mi nombre.

Porque Eidel también amó a Michael. Por muy desacertadas que fueran sus decisiones.

—Es un nombre bonito.

—¿Te gusta?

—Sí, pero para mí eres Michael, así te conocí.

Michael volvió a mirar la foto del pequeño.

—Era muy guapo —comentó Theresa.

Él volvió a dejar la fotografía en el petate.

—Gracias.

—¿Por qué no la pones en un lugar visible?

—¿No te molestaría?

Acunó su rostro entre las manos y miró a los bonitos ojos claros del hombre que amaba.

—Forma parte de tu vida, y aunque lo lleves en tu corazón, creo que merece estar en un lugar privilegiado, a la vista de todos. Su madre ya lo ocultó bastante.

—Mis padres y hermanas no conocen su existencia.

—¿No tienes intención de hablarles de tu hijo?

—No estoy preparado.

Y lo entendía.

—Tal vez, algún día...

—Tal vez.

Podía percibir en su tono que no quería hablar más sobre el tema de su familia.

Cogió su mano y la llevó a su vientre.

—Le hablaremos de Zani, Michael.

Él asintió.

—Eso me gustaría.

—Entonces, vamos a elegir un sitio para que Zani la vea crecer cuando venga aquí.

Michael volvió a coger la fotografía y los dos fueron al salón.

En una de las estanterías, al lado del sofá, había fotografías de su familia, muchas eran de sus sobrinos y Michael la colocó entre los pequeños. Sabía el esfuerzo que estaba haciendo para que ella no lo viera triste.

Lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho.

—Gracias, Theresa. No sé si me habría decidido a hacerlo.

—Con el tiempo dolerá menos, pero su recuerdo siempre estará.

La besó sin dejar de abrazarla.

—Vamos a la habitación —propuso él.

Michael la desnudó nada más entrar y cuando le quitó la última prenda se arrodilló delante de ella y besó su vientre abultado.

—Tu cuerpo está cambiado, pero me gusta cómo te sienta el embarazo. Nunca pienses que no eres atractiva para mí.

—Gracias, no puedo evitar sentirme insegura.

—No quiero que te sientas así conmigo.

—Está bien.

—Abre las piernas, cariño. —Y ella lo hizo.

Besó su pubis y su lengua se coló entre los pliegues de su sexo.

—Estaba deseando saborearte.

—Me encanta que lo hagas.

La levantó y la puso de espaldas sobre el colchón, se quitó los pantalones de chándal y volvió a arrodillarse entre sus piernas. Dejó un reguero de besos en el interior de sus muslos y apoyó el interior de sus rodillas sobre sus hombros. Theresa solo apoyaba la parte alta de la espalda en la cama, pero la postura le agradaba.

Sus manos acariciaron sus pechos con suavidad cuando su pene buscó la entrada. Sentirlo dentro fue maravilloso. Michael conocía su cuerpo y siempre había sido generoso en el sexo. Las embestidas eran lentas y profundas, pero él aumentó el placer acariciando su clítoris con el pulgar.

Estaba sensible y sabía que en poco tiempo el orgasmo la alcanzaría; quería volar junto a él. Sus pulmones exigían más aire y al mismo tiempo no quería que Michael parara de hacer lo que tanto había deseado.

—Déjate llevar, cariño.

Y así lo hizo, agarró las sábanas en un puño y dejó que su cuerpo respondiera a los estímulos. Se curvó y soltó un largo gemido cuando él la agarró por los muslos para afianzar los embates, aún estaba saboreando los últimos coletazos de placer cuando él se dejó ir y con un gruñido terminó.

Salió de ella con cuidado y se tumbó a su lado.

Volver a sentir a Theresa le recordó lo maravillosa que era. Tan receptiva a él que desde la primera vez que habían estado juntos le había gustado. Desde Eidel, había estado con otras mujeres, pero solo Theresa había conseguido despertar el interés en Michael.

Pensándolo detenidamente, nunca debió dejarse llevar por Eidel. Ya no era lo mismo, ni siquiera cuando se habían acostado en Tel Aviv había notado la magia que los unía tiempo atrás. Se había vuelto una mujer fría con un solo objetivo en mente: la venganza.

Michael había quedado fuera de su vida y ella ni siquiera se había molestado en aclarárselo debidamente allá en Montana. La Eidel que él conoció años atrás jamás hubiera utilizado su cuerpo para conseguir lo que quería. Sin embargo, vivía y follaba con Alexey.

Sin sentir nada, sin vivir de verdad.

—Michael...

—¿Estás bien? —Se sintió culpable al momento de que sus pensamientos fueran a parar a la mujer que tanto lo había puteado.

—Sí. Solo que...

Se puso de lado y se apoyó en un codo mientras con la otra mano dibujaba círculos con los dedos en su cadera.

—¿Qué pasa?

—Entenderé que no estés preparado aún para una relación. —Él iba a hablar, pero ella le puso un dedo en los labios—. Déjame terminar... Todo esto ha sido muy duro para ti y después te encuentras con un embarazo que no imaginabas siquiera. Solo quiero que sepas que sabré esperar, que necesitas recomponerte.

Sí, estaba hecho pedazos, pero ella no tenía la culpa de eso. Merecía que él estuviera a su lado.

—Tengo que aprender a vivir con esto, y lo quiero hacer a tu lado. ¿Lo podríamos intentar?

—Claro que sí.

La sonrisa que se dibujó en su rostro hizo que en su pecho algo se activara. Amor, lo que sentía por Theresa era amor.

Capítulo 33

Los días fueron pasando y su mente cada vez se despejaba más. Theresa siempre tenía algún plan y en todos ellos él estaba incluido. Disfrutó y se emocionó al ver una ecografía a todo color de su hija, a la que habían decidido llamar Noga, un nombre israelí que significaba resplandor o brillo, refiriéndose al planeta Venus.

Su hija sería su estrella más brillante.

Cada día que pasaba se enamoraba más y más de Theresa. Era una mujer de gustos sencillos que con poca cosa era feliz: sus niños del centro, ver una película romántica, que a él le hacían gracia, pero que ella terminaba llorando y echándole la culpa a las hormonas. También era capaz de convertir un simple paseo por el parque o la playa en un día inolvidable. Hacían *picnics* al aire libre y él ayudaba en el centro de menores si algo se rompía o estropeaba, tal como había hecho tiempo atrás.

Slade no lo atosigaba, pero necesitaba volver a centrarse en el trabajo. Así que una tarde decidió ir hasta el complejo. Por Mia, supo que todos estaban allí entrenando.

Introdujo el código y entró en las instalaciones. Los gritos de Dan y Killian llegaron hasta él, estaban en la cancha de baloncesto y se empujaban el uno al otro y se reían.

Levantaron la cabeza en cuanto entró.

—¡Michael! —gritó el teniente—. ¿Quieres unirte? Prometo darte una buena paliza.

—Voy a cambiarme.

—Eso es, ven a que te machaquemos —dijo Dan riéndose.

Eso era lo que necesitaba, estar con ellos sin que nadie volviera al tema de su pasado. Intentado que todo volviera a la normalidad.

Pam formó equipo con él y ganaron. Killian y Dan no dejaban de culparse el uno al otro por haber perdido. Pam lo abrazó y supo que no era solo por haber triunfado en la cancha.

Agradeció su silencio.

—¡Michael! Veo que has puesto tu trasero en marcha. —Slade lo miraba desde lo alto de la pequeña grada—. Pasa por la sala de reuniones, te espero.

Fue a refrescarse y se volvió a vestir de calle.

Por los pasillos, antes de llegar a la sala, se cruzó con los integrantes de otras unidades. Hombres fornidos que se dedicaban a la seguridad en su mayoría. Slade siempre utilizaba a su propia unidad para hacer trabajos fuera del país. Los otros trabajadores de la empresa solían quedarse en Estados Unidos.

—Pasa —dijo el capitán cuando él llamó a la puerta.

—¿Vuelvo a estar en el equipo? —preguntó pensando que se trataba de alguna operación.

—¿Te habías ido? —preguntó a su vez Slade.

—No, supongo que no.

Le gustó que su retirada no hubiera significado una baja importante en la unidad, seguían contando con él.

—Has recibido una carta, el remitente es de un bufete de abogados. Tiene pinta de citación. Te buscaban por tu verdadero nombre, así que el FBI nos la ha hecho llegar.

Michael frunció el ceño, pero cogió el sobre y lo abrió. Cuando terminó de leer se sentó y lanzó la carta sobre la mesa.

Ellos nunca daban su dirección personal, siempre la del complejo, ya que era un simple apartado de correos que Slade comprobaba de vez en cuando.

—¿Malas noticias?

—Es el albacea de Eidel, me ha citado para dentro de dos días en su despacho. Parece que ella había hecho testamento.

—No estás obligado a aceptarlo.

—Lo sé.

—¿Irás?

En condiciones normales no habría acudido a esa citación ni por un millón de dólares, pero Eidel no tenía familia, lo más probable es que le dejara la cabaña de Montana. La misma que no quería volver a pisar en su vida.

Al fin y al cabo, podía venderla y donar el dinero. No quería nada que ella le hubiera dejado. Pero ya sabía quién iba a salir beneficiado.

—Sí, tengo planes para lo que sea que se trate en ese despacho.

—Perfecto.

—¿Theresa? —La voz de Michael le llegó desde dentro del centro.

Dejó lo que estaba haciendo y se quitó los guantes de jardinería. Alguien tenía que arrancar las malas hierbas.

—¡En el jardín!

Michael apareció con un ramo de flores silvestres de todos los colores.

—Oh, ¿y eso? Son preciosas.

Besó sus labios y le dio las flores.

—Para ti. ¿Estás lista?

—Me doy una ducha y soy toda tuya.

Los chicos ya se habían retirado a sus habitaciones; los más pequeños ya dormían, los mayores escuchaban música o jugaban a juegos de cartas antes de acostarse. Las cuidadoras solían involucrarse en esos juegos para que no apostaran. A Theresa no le gustaba prohibir nada y la mejor manera era que alguien estuviera allí para mostrarles otras opciones de juego, como hacer trueques o intercambiar los quehaceres de la casa.

Las estancias de los pequeños quedaban alejadas de las de los mayores, así que mientras no hicieran mucho ruido, estos últimos podían acostarse más tarde.

Media hora después salieron en dirección norte. Durante los días anteriores habían acordado que comprarían una casa con jardín. A Theresa le hubiera gustado que él primero le hubiera propuesto matrimonio, pero Mia le dijo que todo llegaría y que tener unos documentos oficiales no cambiaba nada. Quizás el hecho de no haber tenido nunca una familia de verdad la empujaba a pensar que era así como debía comenzar todo.

—Es una casa grande, creo que te gustará —comentó Michael sacándola de sus pensamientos.

Acababa de aparcar delante de una bonita casa de estilo neocolonial con altas columnas en la entrada.

—Es maravillosa —dijo con la boca abierta mientras salía del coche.

—Espera a verla por dentro.

Era una estructura de dos pisos con un porche delantero y otro trasero que daba al jardín. Por dentro era amplia y luminosa. Con cuatro habitaciones y

tres baños. La cocina también daba al jardín y sus vecinos no eran otros que Wyatt y Nayeli. De hecho, ellos eran los que los habían puesto al tanto de la venta.

—¿Te gusta? —preguntó Michael abrazándola por detrás mientras contemplaban el jardín vallado.

—Es perfecta.

—Entonces, nos la quedamos.

—Sí.

La iban a pagar a medias, ella había ahorrado durante años y tenía un pequeño pellizco para aportar. Le había costado convencer a Michael, pero lo había conseguido.

Él hizo una llamada y la casa ya casi les pertenecía.

—Ahora, vamos a celebrarlo. —Michael tiró de su mano y después de cerrar la casa subieron de nuevo al coche.

Cenaron en un restaurante del SoHo y después pasearon por sus calles.

Michael entró en el despacho del abogado acompañado por la secretaria, que le pidió que se sentara unos minutos mientras el hombre terminaba otra reunión.

Se entretuvo en mirar la ordenada estantería llena de libros jurídicos que tenía enfrente y las fotografías que había en la parte central, debía ser la familia.

La puerta se abrió a su espalda y un hombre de mediana edad trajeado entró con una carpeta bajo el brazo.

—Señor Zani Amar, me ha costado bastante dar con usted. Soy Armand Tohn, representante legal de la señorita Eidel Hamo, tristemente fallecida. — Se levantó y estrechó su mano—. Siento conocerlo en estas circunstancias, reciba mi más sentido pésame.

—Gracias.

—Enseguida pasaré a leer sus últimas voluntades, pero déjeme primero ofrecerle un café o cualquier otra cosa que le apetezca.

—No, gracias. Puede empezar.

Sabía que su voz sonaba cansada y un poco autoritaria, pero cuanto antes saliera de allí, mejor.

—Como desee. Hace poco recibí la autopsia del cadáver, por eso lo cité.

Estaba seguro de que Eidel había encargado a alguien hacer ese envío en el caso de que ella muriera, Alexey no parecía ser el elegido ya que ninguno de los dos confiaba en el otro.

—La cabaña de Montana y, ¿un seguro de vida del que soy beneficiario? —preguntó en cuanto el abogado terminó de leer.

—Eso es. —Rebuscó dentro de la carpeta y extrajo un sobre blanco y alargado—. También me pidió que le diera esta carta.

Cogió el sobre y lo miró, por delante y por detrás. Solo estaba su nombre en la parte frontal y el de ella en la posterior.

—¿Quiere que lo deje solo para que pueda leerla?

—Sí, por favor.

Rompió el sobre y sacó un folio doblado en cuanto el hombre salió del despacho, reconoció la letra de Eidel enseguida. Una fotografía de su hijo con una gran sonrisa resbaló hasta su regazo. Llevaba un mono vaquero y una gorra de beisbol de talla muy pequeña.

En la imagen, era más pequeño que en la que tenía en su casa. Sus ojos tenían vida incluso a través del papel fotográfico y un nuevo pinchazo, de los muchos que ya había sufrido, golpeó de nuevo su corazón.

Desdobló la hoja y empezó a leer.

Querido Zani:

Si estás leyendo esta carta es porque ya no estoy aquí, sabía que pasaría, por eso preparé todo esto.

Sé que a estas alturas debes de guardarme rencor por no aceptarte de nuevo en mi vida cuando nos reunimos la última vez. Aun así, me voy a tomar la licencia de explicarte lo que ocurrió y por qué no pudiste conocer a tu hijo.

Fuiste padre, Zani. Nuestro hijo nació en China y le puse tu nombre porque sentía que de esta manera te tenía más cerca, nunca te olvidé. También quería que nuestro pequeño supiera que tenía a un papá en Estados Unidos, al que algún día conocería.

Michael apretó los labios al leer esto.

Cuando me fui a aquella misión tuve que infiltrarme. Dos meses después, supe que estaba embarazada, pero no quise informar a mis superiores. Me parecía que era un fallo de principiante y que me retirarían del caso. De todos modos, pensé que antes de un par de meses todo habría terminado y

que volvería a ti con la buena nueva, pero todo se fue al traste.

Me descubrieron y tuve que desaparecer, una anciana me encontró escondida cerca de su casa y me ofreció un lugar para pasar mi embarazo. Mi compañero siguió infiltrado y me informó a escondidas de que sabían para quién trabajaba y estaban buscándome, no pude salir del país, debido a mi avanzado estado, ni ponerme en contacto contigo para que no encontraran ningún vínculo.

Cuando nuestro hijo nació, (lo tuve en la pequeña casa donde vivíamos con la ayuda de aquella mujer) la anciana se hizo cargo de él durante un tiempo mientras yo buscaba la manera de salir del país. Pero me había convertido en la enemiga número uno, mi fotografía circulaba por todos los departamentos policiales. La mafia se había encargado de notificar a las autoridades que yo era un peligro para el país y que incluso la CIA me buscaba.

Como puedes imaginar, no podía ni acercarme a un aeropuerto ni a cualquier otro medio de transporte, todos los medios de comunicación se hicieron eco de que se buscaba a una mujer occidental. Cambié de aspecto y seguí en contacto con mi compañero, pero terminaron por descubrirlo. Sé que tuvieron que torturarlo para que dieran con mi paradero.

Pero yo no estaba, Zani. En mi propósito, cada vez más imperioso de querer escapar, encontré a un tipo irlandés, patrón de un barco de pesca de alta mar, que se ofreció a ayudarnos.

Sexo es lo que quería a cambio y no me negué, sacar a nuestro pequeño del país era primordial.

Pero cuando volví aquella noche a casa, el cuerpo de Zani y el de la anciana yacían en el suelo, en un charco de sangre. No te puedes imaginar lo que sentí, mi vida se derrumbó igual que lo hubiera hecho la tuya.

Aún no había cumplido los dos años y ya no estaba, nuestro pequeño pagó por algo que yo había hecho. No podía vivir con eso y decidí vengarme, era como ver la vida a través de un tubo, buscando a mi presa, acechándola.

Volví a Montana, paradójicamente, no tuve problemas para repatriar el cadáver. La mafia dejó de buscarme. Debo suponer que ya eran conscientes del daño que habían hecho.

Enterré a Zani y dos días después apareciste tú. No podía explicártelo, en mi mente solo estaba el nombre de Lee Chan, él asesinó a nuestro hijo. Fue por eso que te eché diciéndote que lo nuestro no tenía un futuro, que era

imposible retomar la relación. Yo ya sabía cuál era el mío.

Volví a China y seguí los pasos del hombre que había ordenado la muerte de nuestro hijo, así fue como terminé en Tel Aviv. No sé si conseguiré acabar con ese monstruo, pero si tengo que dejarme la vida en ello, lo haré.

Sé que jamás me lo perdonarás, pero también que tenías derecho a saberlo. Fui una cobarde por no enfrentarme a ti, por eso escribí esta carta.

Te dejo una fotografía de nuestro bebé, espero que la guardes con cariño. Él nunca tuvo la culpa de mis errores.

No te voy a pedir perdón porque no lo merezco, solo deseo que seas muy feliz y que puedas seguir adelante con tu vida después de esto.

Te quise siempre.

Atentamente.

Eidel Hamo.

Capítulo 34

Michael dejó la fotografía sobre la mesa y volvió a leer la carta. Ya no tenía más lágrimas que derramar, las había dejado todas en Montana, junto a su pasado.

Se levantó de golpe y arrugó la carta para tirarla a la papelería que había al lado del escritorio, pero volvió a cogerla. No quería que nadie la leyera, así que la metió en el bolsillo de sus pantalones y guardó la fotografía con cuidado de no estropearla.

Se tragó el nudo que tenía en la garganta y abrió la puerta.

—Si ya ha terminado, pasaré a darle el resto de documentación.

Asintió sin ser capaz aún de abrir la boca.

Dos horas después ya había oscurecido y se hallaba en una playa, arrodillado mirando como las olas rompían antes de deslizarse en la arena para después retirarse. El olor a salitre le reconfortaba porque no se parecía al de las montañas. Necesitaba empezar una nueva vida y lo haría al lado de Theresa y de su pequeña. Pero necesitaba poner punto y final a esto.

Hizo un hoyo pequeño en la arena, metió la carta en ella y encendió un lado del papel con un Zippo que había encontrado en el coche.

Las llamas crecieron y devoraron aquellas palabras vacías que ella había escrito. Su mente divagó un rato mientras el fuego se extinguía.

Esa carta estaba fechada un año antes de que volvieran a encontrarse. Supuso que ella no contaba con volverle a ver jamás y, por sus frías palabras, también dedujo que ella tenía claro que iba a morir y lo dejó todo arreglado para que alguien repatriara su cadáver y él pudiera cobrar el seguro de vida que era de cuatrocientos mil dólares.

La mafia no dejaba cabos sueltos y tal como había oído hablar a Lee Chan en aquella habitación del Sheraton, ella ya estaba en su punto de mira. También quería venganza por la muerte de su hermano, que ahora deducía que había sido a manos de Eidel.

—¿Por qué, Eidel? ¿Pensabas compensarme con dinero? Me quitaste la

oportunidad de conocer a mi hijo. No, no te puedo perdonar ni quiero tu dinero. Antepusiste tu maldito trabajo a la seguridad de nuestro hijo. ¡Maldita seas! —gritó con los dientes apretados mirando las estrellas.

En su fuero interno quería que se pudriera en el infierno. Aunque, aquella carta había aclarado muchas cosas, no encontraba el sentido a tanta estupidez. La podía haber ayudado, podía haber puesto a su hijo fuera de peligro. Pero ella había tomado todas las decisiones, todas. Dejándolo fuera, ignorándolo y pensando que una cantidad de dólares lo calmarían.

No sabía de dónde había salido ese dinero ni lo investigaría, pero tenía muy claro que la casa de Montana ardería hasta los cimientos y que ese maldito dinero tendría un objetivo mucho más humanitario que aumentar su cuenta bancaria.

No lo necesitaba.

Theresa, llamó varias veces al teléfono de Michael, pero siempre salía la misma voz diciendo que el terminal estaba apagado.

—No te preocupes, debe estar de camino —le dijo Nayeli que había ido a visitarla a su nueva casa con el pequeño Jared.

—Eso espero. ¿Quieres más té?

—No, ya deberíamos volver...

—Es tarde para él, sí —estuvo de acuerdo.

Nayeli se levantó y besó su mejilla.

—Entonces, ¿el sábado te parece bien?

—Por mí, sí. Pero no sé si Michael estará de humor.

—Entiendo. Habla con él y me dices algo.

—Lo haré.

Cuando su amiga se marchó, volvió a cerrar y se sentó de nuevo en el sofá, miró el reloj y pensó en lo tarde que era ya, casi las nueve de la noche y él no había acudido a cenar.

Se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

Había decidido dejar de dormir en el centro para estar con Michael, dos chicas hacían el turno de noche pagadas por el gobierno. No estaba aún muy convencida de que fuera eso lo que quería, pero él ya lo había pasado mal con

esa mujer que le había negado la felicidad. Theresa quería que ahora fuera partícipe de las patadas que daba su hija dentro de su vientre y ser parte de todo.

Iba a volver a intentarlo con el móvil cuando Michael entró.

—Michael, te he llamado...

No pudo continuar al ver su rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ven —dijo Michael—. Déjame abrazarte.

La estrechó entre sus brazos tanto como su barriga lo permitió. En aquel momento, Noga decidió dar una de sus patadas y él lo notó.

—Creo que ella también te da la bienvenida.

Michael tocó su barriga y dibujó una sonrisa, se temía que la primera en muchas horas.

—Tengo algo que contarte.

Mientras cenaban él se abrió a ella, le explicó el contenido de la carta y como después la había quemado.

—Me dije que no podía seguir odiándola, pero esto, esto...

—No te deja perdonarla —terminó por él.

—No.

—Deja que pase el tiempo, cariño.

Él asintió.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, la verdad que es estoy llevando un embarazo de lujo. Sue, Mia y Eva tienen envidia, lo sé —dijo riéndose, sabiendo que el cambio de tema le vendría bien.

—Y el parto va a ser aún mejor.

—No, no, no. Michael no hables de eso, estoy muy asustada —dijo levantándose.

Michael la abrazó.

—Vaya, mi guerrera acaba de acojonarse.

—No te rías, que lo del parto lo llevo mal. En eso, estoy de acuerdo con Eva.

—No te compares con esa tarada, nena. Eva es muy exagerada, ya lo sabes. Es normal estar asustada no aterrada como lo está ella. No quisiera estar en el lugar de Brad llegado el momento.

Se rio.

—Estarás a mi lado, ¿verdad?

—No lo dudes —confirmó él.

La mano de Michael se entrelazó en su pelo y su mirada la buscó. Este hombre podía hacerla caer en el más profundo de los placeres con solo clavar sus ojos en ella. Su libido se disparaba y quería más.

Sus manos atraparon la tela de su vestido ancho y empezaron a subirlo hasta sacárselo por la cabeza, las de ella se deshicieron de la ropa que él llevaba hasta quedar los dos completamente desnudos en medio del salón.

La tumbó en el sofá nuevo y empezó a recorrer con la lengua sus pechos, se ayudaba de las manos para mantenerlos cerca de su boca. Gimió, los labios de su hombre hacían magia y ella la disfrutaba al máximo.

Dos dedos se colaron en su interior y él fue deslizándose hasta quedar delante de su sexo. Los movimientos de su lengua y el contoneo que ella misma hacía con las caderas la hicieron alcanzar el éxtasis. Su respiración se aceleró y Michael trepó sobre su cuerpo sin dejar ir su peso sobre ella y la penetró cerrando los ojos. Los jadeos inundaron sus oídos y eso la catapultó de nuevo al orgasmo, esta vez acompañada por él, sus gemidos eran cada vez más fuertes y cuando culminó, la besó con intensidad.

Como si no quisiera dejarla marchar, se sentó y la ayudó a enderezarse para seguir abrazándola. Sin palabras, solo con sentimientos.

Para Theresa fue suficiente, él la quería, lo sabía. Aunque Michael no dijera las palabras a menudo.

Epílogo

La taberna de Julio estaba llena de gente, aunque solo con los de la unidad y sus parejas ya se ocupaba más de la mitad.

Era sábado y cuando Theresa y Michael entraron cogidos de la mano, todos aplaudieron. Las chicas querían hacer una celebración por la próxima llegada del bebé tal como lo habían hecho con cada una de ellas. Pero Theresa propuso hacerlo con los hombres. Seguía pensando que las famosas fiestas *Baby Shower* eran una excusa para dejar al padre fuera y eso no iba a pasar con Michael.

Todas estuvieron de acuerdo.

—Enhorabuena.

—Vas a ser un padrazo.

—Prepárate para cambiar pañales.

Y varias frases más acompañaron a los abrazos que Michael recibió de todos sus compañeros. Estaba segura de que en esos abrazos estaba implícito el pésame por la pérdida del pequeño Zani. Pero ninguno quería entristecer la fiesta. Ya se conocían todos demasiado bien como para necesitar expresarlo con palabras.

Por su parte, también recibió abrazos y besos felicitándola.

—Espero que lo tengas tú antes —soltó Eva.

—Creo que si haces números me adelantas por un par de meses —contestó riéndose.

—Y ahora es cuando desearía tener el embarazo del elefante.

Los que estaban a su alrededor se carcajearon.

—Déjala, aún tiene que hacerse a la idea de que va a ser madre —intervino Sue.

—Le está costando lo suyo, ¿no? —replicó Killian.

—¡Oye, que estoy aquí! —exclamó Eva antes de sorber un zumo que tenía en una copa de cóctel.

—No tiene pinta de que le importe lo más mínimo, nena —dedujo Brad a su lado.

—Siempre he querido darle una paliza a ese hombre, ¿lo harías por mí?
Brad levantó una ceja.

—Cuando termine la fiesta, cielo.

Killian se estuvo riendo un buen rato.

—Voy a tocar algo, nena. —besó a Mia—. Dile a esa bruja que si no aplaude cuando termine, el que va a terminar con ella seré yo. —Miró a Brad—, no es nada personal.

—No hay problema.

—¡Brad! —exclamó Eva alterada.

—Nena, lo vuestro es un espectáculo y todos lo sabemos.

Eva fue a sentarse a su lado.

—Theresa, ¿puedes quedarte con mis hijas en el centro hasta los dieciocho?

Esta mujer no tenía remedio.

—Creo que eso no va a ser posible.

Eva chasqueó la lengua.

—Bien, todos os habéis propuesto que malcríe a estas niñas.

Se arrellanó en el sofá y se apoyó en Brad que sonreía.

Killian ya había subido al pequeño escenario con su guitarra y Theresa pudo ver el orgullo en el rostro de Mia. Enseguida reconoció los primeros acordes, pero Killian no se arrancaba a cantar.

Sonrió y le guiñó un ojo, ¿a ella? ¿Qué estaría tramando? Michael apretó su mano y negó con la cabeza hacia el teniente.

—¡Vamos, Michael! No querrás que te llevemos a rastras —exclamó Dan.

—¿Vas a tocar la guitarra? —preguntó extrañada.

—No, Theresa. Tu hombre sabe cantar, aunque crea que nunca lo oímos —declaró Slade.

¿En serio?

—Entonces quiero oírte. Vamos, Michael —lo animó.

—¡Venga, hermano! —gritó Jacob y todos empezaron animarlo también.

Besó su nariz.

—Espero que no tengas pesadillas después de esto —advirtió antes de marcharse.

Ella lo siguió con la mirada, y un brazo se apoyó en sus hombros.

—¿Preparada para verle hacer el ridículo? —preguntó Pedro que también

estaba con ellos.

Le dio una palmada en la mano.

—No seas malo.

Tenía una relación especial con el chico. Sue y Slade habían llevado a Pedro muchas veces al centro y ella había ejercido de psicóloga para él. Se entendieron perfectamente. Amaba a ese crío, aunque ahora ya rondase los veinticinco.

—*Encontré un amor para mí...* —Empezó a entonar Michael al lado de Killian, que lo animaba haciendo gestos con la cabeza.

Todos arrancaron a aplaudir, pero enseguida lo dejaron continuar.

—*Encontré una chica preciosa y dulce...*

—Oh, Dios mío —exclamó emocionada.

—Tiene una voz maravillosa —dijo Paige sorprendida.

La canción *Perfect* de Ed Sheeran continuó en su voz y acompañada por la guitarra del teniente. Y ella no pudo evitar que se le escapara alguna lágrima. Michael ya había conquistado su corazón, pero ahora...

—*Nena, estoy bailando en la oscuridad, teniéndote entre mis brazos.*

Pedro se movía al ritmo de la música haciendo que ella también se balanceara. El resto bailaba a su alrededor, pero Theresa no podía quitarle los ojos de encima a Michael. Mia cogió su mano y la apretó.

—Me alegro por vosotros, cielo. Es así como tenía que ser.

—Gracias.

—*Estás perfecta esta noche...*

Cuando la canción terminó Michael bajó del escenario y pasó entre la gente para abrazarla y besarla.

—Gracias.

—Gracias a ti por salvarme, por conseguir encontrar el camino de vuelta. Por guiar mi destino. Te quiero, Theresa. —Puso la mano en un costado de su vientre—. Os quiero a las dos.

—Te quiero, Michael.

—Entonces cástate conmigo —soltó de pronto.

Hablaban tan pegados que no parecía que nadie pudiera escuchar lo que decían.

—¡Sí! —gritó Eva.

—Deja que conteste ella, cielo —dijo Sarah riéndose.

—Ah, eso.

Gracias a su grito todos estaban pendientes de ellos.

Theresa sonrió mirándolos a todos. Sus mejillas estaban encendidas. Esperaba que dijese que sí o iba a quedar como un idiota ante todos sus amigos.

—Lo haré, me casaré contigo Michael...

Los vítores inundaron toda la taberna y Julio sacó copas y las llenó de champán. Aunque tanto ella como Eva brindaron con sus zumos.

Se repitieron los abrazos y Michael se sintió arropado por aquellos hombres que tanto quería y respetaba.

Doc, Ian, Slade, Dan, Pam, Jacob, Mia, Wyatt, Killian, Matt, Aylan y Elijah formaron un círculo entorno a él.

—Volvemos a estar todos —dijo Slade—. Has estado fuera demasiado tiempo y te hemos echado de menos.

Miró a Mia.

—¿Vuelves?

—Vuelvo —dijo ella con una sonrisa.

Juntaron las manos en el centro y después las levantaron.

—¡Por el equipo Alfa! —gritaron todos al unísono.

Repartieron los regalos para el bebé y ellos, agradecidos, los abrieron todos. Michael supo en ese momento lo que era la felicidad, la verdadera felicidad. El rostro de Theresa resplandecía y sus ojos se llenaban de lágrimas de emoción cuando abría los paquetes.

La abrazó dando gracias al destino por haber cruzado sus caminos.

La noche continuó y todos estaban bailando al ritmo de la música cuando Eva lanzó un grito.

—Mierda —dijo mirando al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Brad preocupado.

—Ha roto aguas —anunció Doc—. Brad, deberíais marcharos al hospital cuanto antes.

Sue cogió su mano.

—Yo también iré.

Todos estaban ya abriendo paso a la pareja y a Sue, pero Eva no se movió.

—De eso nada, aún no tienen que nacer. Faltan dos meses. ¡No, no podéis salir, enanas! —gritó mirando su vientre y dejándolos perplejos.

El único que se acercó fue Jacob.

—Eva, acabas de romper aguas, no puedes quedarte, tus bebés piden paso. No querrás que nazcan en un bar.

—¡Eh! ¡¿Qué tiene eso de malo?! —gritó Julio.

—Eso, me quedo. —Le temblaba la voz.

—Cariño, sé que estás asustada, pero debemos irnos ya. —Brad intentaba mantenerse sereno.

—¡No estoy asustada! —gritó histérica.

—Sí, lo estás. Pero será corto, ya lo verás, ¿has empezado ya con las contracciones? —preguntó Doc.

—¡No! —pero Jacob sabía más que ella, aunque los partos no fueran su especialidad.

—Tienes dolores y estos irán a más —advirtió Doc suavizando la voz.

—Eva, tienes a Brad y me tienes a mí —la animó Sue.

—Está bien, vaya manera de terminar una fieceesta. —La última palabra la dijo entre gruñidos.

Todos salieron para ver cómo entraban en el coche de Brad. Sue se sentó con ella en la parte de atrás y Slade se puso al volante con un nervioso Brad a su lado.

—¿Necesita una matrona o un exorcista? —preguntó Dan frunciendo el ceño.

Se echaron a reír cuando Pam le dio un codazo que pretendía ser discreto.

—Yo estaba pensando en una camisa de fuerza —murmuró Elijah para sí mismo, pero en voz alta.

Cuando el coche arrancó, todos volvieron adentro entre carcajadas.

Ian caminaba a su lado cuando su teléfono empezó a sonar. Lo sacó, miró la pantalla y después a él. Michael levantó una ceja.

—Tengo que salir, aquí no oiré nada.

—Voy contigo.

Habían entrado los últimos, así que nadie más vio el nombre de Tavalas en la pantalla. Le hizo una señal a Theresa para decirle con gestos que enseguida volvía y salieron al *parking*.

—Adrian... ¿qué?... te oigo muy mal. ¿Cómo?... Está bien. En un par de días nos veremos.

Cuando colgó se pasó una mano por el pelo.

—¿Tenías su teléfono? ¿No decías que el número ya no existía?

—Me envió un mensaje hace unos días para que lo tuviera, pero cuando llamé no lo cogió.

—Entiendo.

—Tavalas tiene problemas, está en Colombia.

—¿Y vas a ir? ¿Solo?

—No espero que me acompañéis.

Michael soltó el aire con las manos en las caderas.

—Vamos a llamar a los otros...

—No.

—No vas a ir solo.

—Si se enteran, me lo impedirán —argumentó Ian.

—¿Y qué te hace pensar que yo no?

—Joder.

—Entra a buscarlos —ordenó Michael.

Ian ya sabía por qué le enviaba a él, pero no se hubiera marchado sin decir nada a Isabella, si era eso lo que Michael sospechaba.

Entró y pidió a sus amigos una reunión urgente fuera de la taberna.

—¿Qué hacemos? —preguntó Elijah, después de oír la explicación—. Ese tarado nos dejó plantados en Brasil.

—Pasar de él —dijo Dan.

—No lo veo... —soltó Pam.

—¿Qué es lo que no ves? —inquirió Doc.

—Él perteneció a esta unidad —explicó Pam.

—También la dejó —contradijo Aylan.

Mia se abrió paso y se puso al lado de Ian.

—Ayudó a Ian en Budapest y me ayudó durante mi secuestro. Yo, voy.

—Nena, no empecemos —advirtió Killian que se había enterado solo dos días antes de la incorporación de Mia.

—Teniente, tienen razón. —Wyatt se puso del lado de ellos.

—Joder, tenemos que hablar con Slade —declaró Killian.

—Sí —dijo Michael.

—Cierto —convino Jacob.

—Entonces volvamos a entrar y terminemos la noche como es debido, mañana en el complejo a las ocho.

Algunos gruñeron.

—Joder, teniente, que es domingo —se quejó Dan.

—¿No queréis salvarle el culo a Tavalas? Pues hay que convencer al jefe.

Dos horas más tarde, Theresa abrazó a Michael y miró sus iris claros.

—Gracias.

Él levantó una ceja.

—Hacerte el amor es un placer, no deberías agradecermelo.

Ella se echó a reír y golpeó su hombro con suavidad.

—No seas tonto, no lo digo por eso. Sé que esa misteriosa, y más que generosa, donación al centro ha sido cosa tuya.

Michael sonrió y besó su nariz.

—No tengo ni la más remota idea de lo que me estás hablando.

Theresa no volvió a insistir, pero se emocionó pegada a él. Ese dinero serviría para mejorar las instalaciones y ampliarlas. Pero dejó que ella tomara sus propias decisiones al respecto.

FIN

Agradecimientos

Esta es la parte más complicada de escribir. Sois tantas las que estáis a mi lado, que no tengo suficientes palabras para agradeceros lo que me hacéis sentir cuando me leéis.

Creo que un enorme GRACIAS aún no representa lo que me gustaría transmitir.

A mi grupo, Locas por los chicos de Slade, cada mañana me sorprendéis con vuestros maravillosos y brutales saludos, lo que nos llegamos a reír con los chistes y “maromos” hace que amanezca cada día con ganas de entrar en la red a saludar.

A mi familia, esa que sabe que existo porque de vez en cuando me dejo ver. Sois los que mejor entendéis mis horas de concentración.

A tod@s l@s que os habéis ido metiendo en la familia Security Ward y os habéis interesado en su progreso.

Solo queda un libro para terminar la saga, así que espero que la leáis hasta el final.

Si tienes un ratito, por favor, deja tu opinión en Amazon o Goodreads. De esta manera animáis a otros lectores/as y me ayudáis a mí.

Mil gracias.

Biografía

N.Q. Palm, escritora aficionada, con sus manuscritos guardados en un cajón y ahora decidida a mostrarse humildemente, es una gran devoradora de libros; le gustan todos los géneros, pero en especial la literatura romántica adulta, la paranormal y la histórica. Vive en Cataluña junto a su familia, cerca del mar y de la montaña. Gran aficionada a la música y una enamorada de la informática y la edición gráfica.